

RUMBO AL SUR

Ariel Dorfman

© **Ariel Dorfman**

México 2023

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

Descarga éste y más de 260 libros en formato PDF
gratis desde: **www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Ésta es una versión fragmentaria de una obra del narrador chileno Ariel Dorfman, que por razones de promoción tendrá una edición limitada de mil ejemplares para ser distribuida en la Feria Internacional del Libro en el Zócalo de la Ciudad de México (2023). La edición integral de *Rumbo al sur, deseando el norte. Un romance en dos lenguas* será editada por el Fondo de Cultura Económica al inicio de 2024.

Ariel, narrador de origen argentino (1942) nacionalizado chileno y actualmente residente en los Estados Unidos, fue un personaje clave en el gobierno socialista de Salvador Allende y superviviente de la posterior represión militar. A partir de su muy leído ensayo *Para leer al Pato Donald*, ha desarrollado una obra literaria repleta de éxitos y hallazgos. (Julio Cortázar diría: Sus libros son tan enriquecedores como provocativos). Sus obras incluyen *La última canción de Manuel Sendero*, *La nana y el iceberg*, *Más allá del miedo*, *el largo adiós de Pinochet*, *Americanos*, *Los pasos de Murrieta*, *Konfidenz*, *La muerte y la doncella* (triumfante también en el teatro y el cine), *Apariciones*, *Alegro* y en la colección Vientos del pueblo, *Chile, juventud rebelde*, estas tres últimas publicadas por el FCE.

A mitad de camino entre una biografía, una crónica política y un registro testimonial, Dorfman publicó por primera vez este texto en 1998.

Paco Ignacio Taibo II

Ciudad de México, septiembre de 2023

1

EN QUE SE DESCUBRE LA EXISTENCIA DE LA MUERTE A UNA TEMPRANA EDAD

Si estoy contando esta historia, si la puedo contar, es porque alguien, muchos años atrás en Santiago de Chile, murió en mi lugar.

Siempre pensé que es ahí donde este libro tendría que comenzar, ese día en mi pasado en el que estuve a punto de morir, cuando una fuerza histórica que yo no controlaba me transformó, contra mi voluntad, en este hombre que ahora se sienta a escribir estas palabras, este hombre que en Carolina del Norte traduce al castellano palabras originalmente imaginadas en inglés.

Siempre pensé que ése es el momento que me hace nacer, que me daba comienzo: aquella mañana en que las Fuerzas Armadas de mi país se alzan contra nuestro Presidente, ese 11 de septiembre de 1973 en que derrocan a Salvador Allende; y la muerte que temía desde la infancia viene a buscarme y no me lleva, me deja acá, de este lado de la realidad, condenado a recordar casi treinta años después lo que se terminó para siempre ese día en mi existencia y en el mundo, tratando todavía de entender por qué me salvé, por qué sigo hoy con vida.

Y, sin embargo, no puedo, no quiero, comenzar ahí, con ese día en 1973 en que no iba a morir.

Queda todavía una última noche de indulto, es entonces cuando necesito que esta historia se inicie: la noche del 10 de septiembre, la noche anterior al golpe. Mañana a esta hora Allende ya habrá muerto y yo estaré en la clandestinidad, mañana tendré que aceptar un futuro en que yo voy a estar vivo y otros chilenos van a morir, morir para que yo pueda vivir. Pero todavía no. Esta noche todavía me puedo calmar con la falacia de que no habrá un pronunciamiento militar, de que Chile es diferente de tantas otras repúblicas latinoamericanas, todos esos mitos reconfortantes acerca de nuestra eterna democracia y nuestra moderación ejemplar y nuestro legalismo tan británico.

Tal vez tenga razón. Tal vez no debería estar envenenando mis últimos momentos de paz. Desde la otra habitación, mi hijo de seis años, Rodrigo, me llama. Angélica ya lo tiene calentito en su cama y ahora él reclama vociferante su cuento infantil de cada noche. Tal vez tenga razón yo al sofocar la serpiente repentina que me salta desde muy adentro y que no quiero reconocer, no quiero decirme que ésta es la última vez que veré a mi hijo, la última historia que le voy a contar, no habrá otra. Tal vez tenga razón al cegarme a la realidad que me rodea y me acecha.

No es la primera vez que trato de engañar a la muerte, hacer de cuenta que no existe.

Miro hacia atrás y ahí está, la muerte, me veo despierto durante horas en mi cama pensando en ella, mis ojos abiertos en la oscuridad de ese departamento de Nueva York, un niño perdido en el primer exilio de su vida, lleno de terror, esperando convencer a la muerte de que lo perdone. Si hubiese sabido que muchos años más tarde la muerte de veras me iba a perdonar y que lo que yo hiciera o no hiciera, pensara o dejara de pensar, no iba a importar un carajo, influir un carajo en mi capacidad de sobrevivir... Pero en esa época, allá por 1947, ni siquiera había adivinado que los seres humanos, más que la muerte, debemos temer el morir. Por cierto que los monstruos existían ahí mismo, tan cerca, debajo de la cama, dentro de la luz suave que respiraba en el *hall*, goteando en el baño, escurriéndose justo en el momento en que yo daba vuelta la cabeza, apenas invisibles, mirándome sin que yo los pudiera ver, a punto de lanzarse al asalto estaban a un paso, a dos pasos; pero la verdad es que el terror que me producían era sólo momentáneo, porque lo que de veras temía era otra cosa. Tenía cinco años, quizá menos, y absurdamente presumía que sería pasajero, quién sabe si hasta compasivo, ese dolor con que los monstruos devorarían mi cuerpo. No, lo intolerable eran las secuelas de la muerte: que yo estuviera solo, deshabitado, sin compañía, durante toda la eternidad; lo que no podía tolerar era el abandono en que iba a quedar.

“But will you be there?”, le preguntaba a mi mamá en inglés, abrazándola, tratando de chantajearla con mi angustia para que no me dejara nunca; le preguntaba si estaría cerca cuando yo estuviera muerto. Y ella me respondía con algo que sólo era en parte mentira: sí, ella iba a estar allá, muy cerca. Y después, cuando las luces se amortiguaban y ella partía y yo no tenía más remedio que pensar en mi propia muerte y el pensamiento mismo me arrastraba hacia el profundo corazón de su terror, la muerte era precisamente aquel momento en que yo no estaría presente para pensarla, cuando yo iba a ser quien me abandonaba, cuando la única persona en quien podía confiar, la única persona que no apagaría las luces ni se alejaría por el corredor hacia otro dormitorio, cuando esa persona tampoco estaría presente. “Eso es lo que te voy a hacer”, me decía la muerte, “vas a estar tan solo que ni siquiera tú te vas a acompañar, y no hay nada que puedas hacer para evitarlo, nada”. Y justo cuando estaba a punto de caer en el vértigo de la insanía, las palabras de mi mamá me bañaban con su recuerdo: ella había prometido que me acompañaría, cercana, en medio de la nada, y si ella estaba ahí, otros también encontrarían el modo de hacerse presentes, y es así como yo podía comenzar el lento ascenso a la superficie de una cierta cordura, conjeturar a la muerte como un espacio vasto y vacío poblado por sarcófagos y cuerpos, sin que a nadie

se le permitiera tocar al otro pero sabiendo, sin embargo, que esos otros seres humanos silenciosos se encontraban en la proximidad; cada uno de nosotros con nuestras propias historias, nuestros comienzos, nuestros finales; una hermandad en la muerte que vencería mi aislamiento. La primera vez que concebí a la humanidad como algo milagroso, como algo que podía sanar mis penas, la primera vez que tuve la intuición de que si una comunidad no puede salvarnos de la muerte, puede, por lo menos, consolarnos contra su ultraje. Y en vista de que mis padres me habían dicho que Dios no existe, le recé yo a esa humanidad cada noche infantil, pidiéndole que me concediera despertar cada cien años para echar una miradita, *a quick look around*: la vida después de la muerte presenciada por un ojo callado; la eternidad como un film tras otro, un film por cada siglo que pasaba; los muertos como los *voyeurs* intermitentes de los que quedaban con vida allá en la Tierra.

Fue así como logré suavizarme hacia el sueño, en los Estados Unidos, en esos días, antes de que descubriera que otro lenguaje nos puede hacer compañía como si fuera un gemelo. Más tarde, de adulto —es decir, ahora mismo— descubrí una manera más ingeniosa de ir drenando de mi persona el fango de esa obsesión por mi propia mortalidad. Ahora, si no puedo dormirme de noche, destierro el hervidero del idioma —pongamos el inglés—, que me mantiene despierto e

inquieto, y cambio como si nada a mi otro idioma, el castellano, y miro la desaparición como por encanto de ese otro Ariel, me dedico a presenciar perezosamente cómo se borran los residuos de mi miedo anterior como si estuvieran escritos en un pizarrón lejano. Pero eso fue después, eso es ahora. Mis primeros encuentros con el insomnio le sucedieron a un niño que se había autocondenado a ser monolingüe en inglés, que había repudiado el castellano al que había nacido, ese niño que yo fui y que no podía recurrir a otra lengua aunque la necesitara para salvar su alma. Mi único remedio para burlar y entretener a la muerte a esa edad tan temprana en la ciudad de Nueva York era inventar cuentos a lo largo de la noche, colonizar esa carencia en el mundo con multiplicaciones de mí mismo, con la esperanza de que alguien por ahí me escuchara, me acompañara, me diera vida después de muerto. Lo que ese chiquito no podía anticipar, por cierto, era que, en efecto, su encarnación adulta sobreviviría varias veces a su propia muerte; que un cuarto de siglo hacia el futuro me estaba aguardando este día de septiembre del año 1973, y que el idioma en que trataría de dar sentido a la serie de milagros interconectados que me perdonarían la vida iba a ser el castellano y no el inglés. Ya entonces, cuando había cumplido los treinta y tres años, yo había renunciado al inglés de mi lejana infancia en los Estados Unidos, lo denunciaba por imperial y norteño, ajeno a mi ser y al

de mi pueblo. En forma pública y feroz había rever-
tido a mi castellano nativo y original, proclamando
que lo hablaría para siempre jamás. Y que, por cierto
también para siempre jamás, yo viviría en Chile. Para
siempre jamás. Palabras que en esa época ingenua-
mente lancé a los vientos, palabras que este errante
enamorado de lo transitorio ahora sabe que debe
pronunciar con cuidado. Todavía no había aprendido
que cuando seres más poderosos controlan las corrien-
tes de tu existencia, es poco lo que permanece para
siempre jamás.

Es la lección que tendré que aprender mañana,
11 de septiembre de 1973, cuando la muerte por fin me
dé alcance y me lleve a comprender que la imaginación
con la que hasta ahora la he engañado ya no podrá nun-
ca más proteger mi vida, proteger a mi país. ‘

Es un momento que ahora, la noche antes del
golpe, voy a postergar por una última vez, cruzando
hasta la pieza de Rodrigo para ofrecerle, para ofre-
cerme a mí mismo, una delusión final de nuestra in-
mortalidad. Pero antes de que reconforte a mi hijo
con un cuento, tal como di consuelo a mi propio
desamparo cuando era niño hace tantos años, haré
una llamada. Esa llamada de teléfono. Si hubiese en-
tendido su verdadera significación, si hubiera perci-
bido cómo me estaba advirtiendo acerca de los peligros
del futuro, lo que me iba a acaecer a mí, a todos los
demás. Aunque tampoco la hubiera atendido, esa ad-

vertencia, ni siquiera supe que alguien o algo me la estaba mandando.

Es una llamada a La Moneda, la Casa de los Presidentes de Chile, donde he estado trabajando durante los últimos dos meses como asesor cultural y de medios de comunicación de Fernando Flores, el Secretario General de Gobierno de Allende. Hoy, a tantos años de distancia, parece meridianamente claro que aceptar un puesto de escasa utilidad en un gobierno que se venía abajo era un acto de locura. No fue, en todo caso, lo que sentí en ese momento. En ese momento, pensé que era simplemente mi deber. De niño, había imaginado una comunidad ficticia como la mejor respuesta a la muerte y la soledad, y fue el ansia persistente de una comunidad real la que ahora me había llevado a este lugar, a esta revolución, a este momento en la historia. Necesitaba probar mi lealtad con el país que había elegido y hacia una causa que había adoptado como propia y que sólo iba a poder materializarse, hacerse materia, si todos los que creían en ella, incluyéndome a mí, estaban dispuestos a dar su vida en el intento. Y a propósito, por ende, con temeridad e imprudencia y alegría, yo había buscado el sitio más peligroso del país para pasar los días postreros de la Revolución Chilena, el sitio al que ahora llamo neuróticamente en este mismo instante, aun en esta noche en que no me toca trabajar, para saber si mis servicios se requieren. Por el mo-

mento, nadie me necesita. Me lo avisa Claudio Gimeno, un amigo desde mi primer año de Universidad. Está de buen humor, puedo evocar su tímida sonrisa que muestra los dientes de conejo, sus ojos oscuros y anchos, su cara angular.

En los años que han de venir, será su imagen la que nunca logrará apagarse. En esa visión, cada vez que imagino mi muerte, invariablemente me veo en una silla, las manos atadas detrás de la espalda. Tengo los ojos vendados, pero sin embargo, en aquella alucinación, estoy imposiblemente mirándome a mí mismo; y un hombre de uniforme se acerca y tiene algo, un palo, un par de electrodos, una aguja larga, algo borroso y penetrante en su mano derecha. En esa visión que todavía me asedia inesperadamente en cualquier momento, en cualquier lugar, el cuerpo a punto de ser dañado sin reparación es el cuerpo de Claudio Gimeno. En esa silla el cuerpo desnudo es de Claudio, pero es mi cara la que lleva. Mi cara, porque a mí me tocaba ese turno, era yo el que debía haber estado en La Moneda haciendo guardia esa noche del 10 de septiembre, yo era la persona que debió haber recibido la noticia de que la Armada acababa de desembarcar en Valparaíso, debió haber sido mi mano la que cuelga el receptor y con el corazón afligido disca al Presidente y le informa que el golpe ha comenzado. Es Claudio el que va a recibir esa información en las próximas horas, tan solo por que la semana anterior yo le había

mencionado la posibilidad, así de paso, “Oye, Claudio, ¿qué te parece si cambiamos turnos?, a mí me toca venir a La Moneda el lunes 10 de septiembre, pero me gustaría hacer guardia el 9, ¿te parece?” Y sin pensarlo dos veces, Claudio había accedido.

De manera que yo estoy acá en mi hogar y él está en La Moneda y hablamos por teléfono. Ni una premonición de cómo el azar juega con nosotros y perturba el intercambio de palabras. Por el contrario: Claudio me cuenta que las cosas van mejor, quizás haya una salida de la crisis que fractura al país y lo paraliza, un modo democrático y soberano de evitar la inminente guerra civil. Allende va a anunciar mañana en la Universidad Técnica que someterá sus diferencias con la oposición a un plebiscito, y que renunciará si el pueblo rechaza sus planteamientos. Me siento tan aliviado como Claudio. Ninguno de los dos reconoce esta resolución pacífica al atolladero político como lo que de veras es: un espejismo, un desenlace que los enemigos de Allende, a punto de liquidarlo jamás van a tolerar.

Y, sin embargo, hay pocos en este país que podrían entender mejor que nosotros dos el hecho de que, en cierto sentido, el golpe militar ya ha ocurrido.

Hace más o menos una semana, Claudio y yo, junto con otro asesor presidencial, fuimos invitados por Fernando Flores a entrar a una pieza pequeña del Palacio Presidencial, cuyo extraño olor a

encierro y humedad aún recuerdo. El Ministro deseaba que escucháramos el relato de una vieja mapuche que había venido a Santiago desde el sur del país para denunciar la tortura y muerte de su esposo. Bajo la consigna de “La Tierra para El que la Trabaja” el gobierno de la Unidad Popular había expropiado los latifundios, transformando a centenares de miles de campesinos en propietarios: por primera vez en su vida esa mujer y su familia tenían unas hectáreas que podían llamar suyas. Un grupo de oficiales de la Fuerza Aérea había invadido el predio comunal en busca de armas y, al no encontrar ni una, habían procedido a atar al marido de la mujer a las aspas de un helicóptero. Mientras el viejo daba vueltas durante horas y lentas horas, los uniformados fumaban, riéndose de él. Y habían sugerido sardónicamente que le pidiera ayuda a su Presidente ya. Mientras el viejo se iba muriendo ellos lo habían obligado a implorar a sus putos dioses paganos, a ver si esas divinidades mapuches venían en su auxilio ahora.

Ella había viajado para que el Presidente supiera lo que estaba sucediendo. Pero el Presidente nada podía hacer. Y menos nosotros, escuchándola en esa pieza encerrada. Era como si el poder ya hubiera sido transferido a los militares.

La vieja indígena me miró, me penetró con su mirada.

—A lo largo de mi vida —me dijo—, tantos años, los *huincas* nos han hecho de todo, pero nunca antes

algo como esto. Le decían a mi hombre que ahora nos iban a quitar la tierra. —Dejó de hablar por un instante. Agregó: —Me hicieron mirar lo que le estaban haciendo.

Yo había desviado mis ojos. No podía soportar lo que ella estaba viendo, el futuro que ella era capaz de anticipar porque su pasado ya le había enseñado qué esperar. Yo había deseado con tanto ardor ser chileno, pertenecer a la gran familia de la chilenidad; y lo que eso significaba, finalmente, era que aquellos vejámenes que se habían perpetrado contra ella y su pueblo durante siglos ahora me los podían hacer a mí. Tal vez, de un relampagazo, yo me había entrevisto en ella, había imaginado mi cuerpo reducido a la vulnerabilidad de esa mujer anciana, me era intolerable su apremiante presagio de la violencia que estaba a punto de invadir el país y convertirme a mí en un extranjero, como ella ya lo era, en mi propia tierra. Así que cuando Claudio, una semana más tarde, me informa que todo anda viento en popa, yo estoy más que listo para creer en un milagro.

No es que tengamos tanto de qué conversar esta noche del 10 de septiembre. A Claudio le espera trabajo y a mí me llama un hijo alborotador que exige su cuento. Cuando nos despedimos, nada nos susurra que es la última vez que nos hemos de hablar.

Cuelgo.

Yo parto a consolar a Rodrigo en la otra habitación, dispuesto a asegurarle a mi hijo que la muerte

no existe, que claro que yo estaré ahí, cerca, los dos, uno al lado del otro, distraendo a la soledad por una única última vez.

Yo no le hago saber, por cierto, que nos esperan verdaderos monstruos en la vecindad y que son capaces de hacer con nuestro cuerpo algo peor que la muerte. Que es el morir que debemos temer, el dolor antes y no el vacío después. Que el exilio nos mira de frente, que pronto él y yo y su madre vamos a abandonar este lugar donde le dimos nacimiento y que no retornaremos hasta que muchos años, demasiados años, hayan pasado. No le hago saber que la muerte y el miedo a la muerte inevitablemente conducen al exilio.

Habrá tiempo, mañana y pasado mañana y en todas las mañanas que seguirán, para descubrir esto juntos.

Por ahora, nada le digo de todo esto. Ni una palabra.

¿Qué otra alternativa me queda?

Apago las luces y, despacio, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, le voy contando a mi hijo un cuento de hadas.

3

EN QUE SE DESCUBRE LA MUERTE TEMPRANO POR LA MAÑANA DEL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973 EN SANTIAGO DE CHILE

Si no hubiera sido por Susana la Semilla, un personaje que inventé para un dibujo animado, habría sido imposible que yo sobreviviera al golpe contra Salvador Allende.

Ésa es, por lo menos, la historia que me gusta contar. En parte porque es insólitamente cierta, pero sobre todo, se me ocurre, porque esta versión menos solemne de mi supervivencia me dice que yo mismo fui creando las condiciones que frustraron a la muerte, que de alguna manera yo tuve algo que ver en ese desenlace afortunado y que puedo, desde esta orilla violenta de la realidad, hallar una razón para explicarme lo que es, después de todo, inexplicable. ¿Por qué yo? ¿Por qué se me perdonó la vida? Preguntas que asedian y queman la vida de todo ser que sobrevive mientras buscamos en los escombros del pasado algo que hicimos o dejamos de hacer. —¡Helo aquí! ¡Esto fue! ¡Por eso me salvé!— y que nos da la ilusión de que hay un sentido secreto en esa absurda cadena de circunstancias que nos libró de la muerte.

Durante muchos años la respuesta, para mí y para quien me la demandara, fue Susana la Semilla, el sonriente personaje que había concebido como mi máxima contribución para impedir el golpe militar, mi arma secreta contra la CIA.

Admito que era un arma escuálida frente a la gigantesca conspiración financiada por Nixon, Kissinger y la ITT para “desestabilizar” al gobierno que el pueblo chileno había elegido democráticamente en 1970. Esa intervención terminaría por ser investigada en 1975 por la Comisión Church del Senado norteamericano, pero ya en 1973 esa operación putativamente clandestina se discutía en forma abierta en los periódicos chilenos y quienes se beneficiaban con ella hasta hacían alarde de su participación.

Yo mismo fui testigo de tal ostentación cuando, unos diez días antes del golpe, subí a la precordillera de los Andes. Ahí, no lejos de Santiago, con un pequeño grupo de militantes de mi partido, nos encaminamos hacia un cerrito solitario que el encargado del ejercicio dijo haber explorado y consideraba suficientemente remoto para que pudiéramos recibir nuestra primera lección en el manejo de armas, parte de un programa torpe que se improvisó a última hora con el fin de aprontarnos para lo que, ilusos, pensábamos sería una inminente guerra civil.

Doblemente ilusos. Sólo contábamos con una triste arma para los siete. Y ya era demasiado tarde para aprender a usarla en forma eficiente.

En retrospectiva, me doy cuenta de que nuestros adversarios siempre se nos adelantaron en la práctica de la violencia. En el mismo momento en que los allendistas suscribíamos alegremente a la idea de una revolución pacífica y democrática, sin sangre, y bailábamos por las avenidas, ellos ya estaban especializándose en las artes marciales. Recuerdo mi sorpresa cuando en 1971, un año después de la asunción de Allende como Presidente, con ocasión de la visita de Fidel Castro, hicieron su aparición en las calles de Santiago brigadas de matones de la extrema derecha, formados militarmente, blandiendo cadenas y *lunchacos*, como si hubiesen emergido de alguna páfida película de Bruce Lee. Tardamos en responder. Como un año más tarde, cuando decidimos tomar lecciones de karate con un grupo de amigos —a las seis de la mañana nos juntábamos para sudar y gritar y lanzar al aire golpes mortales con las manos y los pies, en los estudios del Canal 9 de Televisión, perteneciente a la Universidad de Chile—, nuestros enemigos habían avanzado hacia ejercicios más serios: nos disparaban con armas de fuego, mientras los más aventurados volaban torres de alta tensión y sabotaban los transmisores de la cadena de televisión nacional, llegando incluso uno de los comandos a cometer asesinatos, como el del capitán Araya, edecán naval del Presidente. Y ahora que nosotros, por primera vez en la vida teníamos un arma de verdad en la mano, ellos ya ha-

bían puesto a su servicio a las Fuerzas Armadas: poco después entrarían en acción los tanques y los aviones y los batallones.

Esto último, por cierto, no lo sabíamos en ese instante y aun si lo hubiéramos sabido, no nos habría quedado otra alternativa que “entrenar” y también rezar para que algún dios misericorde nos otorgara el tiempo que necesitábamos para adiestrarnos. Posamos una lata precaria encima de una roca y le apuntamos con nuestro instrumento solitario e ineficaz y le dimos a la roca más veces que a la lata y al poco tiempo habíamos agotado las exiguas municiones que uno de nosotros había logrado comprar en el mercado negro y los siete nos quedamos ahí con un revólver sin balas y una roca malherida y una tarde asoleada bajo las montañas que saludaban (así lo pensé yo, por lo menos, siempre dispuesto a mitificar a la naturaleza) la valentía de nuestro esfuerzo inútil. Y con tiempo de sobra. Así fue como nos pusimos a explorar el área, descendimos hacia el otro lado del cerro, más como niños en vacaciones que futuros guerrilleros, y descubrimos que la ladera adonde habíamos llevado a cabo nuestra práctica no estaba tan aislada como el líder del grupo había irresponsablemente sugerido.

En un claro cercano, debajo de unos árboles macilentos, unos quince o veinte camioneros estaban preparando un asado en torno de una gran fogata, tomando vino, riéndose a carcajadas, mientras no lejos

unas mujeres sazaban una ensalada prodigiosa. Más abajo, una decena de camiones bloqueaban el camino: estos hombres, junto a miles de otros choferes y dueños de camiones, estaban participando en un paro de transportistas que había logrado, durante las últimas semanas, cortar las carreteras más importantes del país, paralizándolo la economía de la república y creando una situación de caos y confusión que los militares miraban con creciente alarma, preguntándose ya públicamente cuándo les tocaría imponer un orden que los civiles eran incapaces de negociar.

Los camioneros nos reconocieron enseguida. Es probable que hubieran escuchado los disparos. Aunque en todo caso debió haber sido suficiente vernos aparecer repentinamente desde los cerros, como siete mediocres réplicas del Che Guevara, para percatarse de inmediato de que éramos sus enemigos, de que nada nos hubiera gustado más que quemar sus camiones y mandarlos a los quintos infiernos. Ellos, en cambio, no tenían ganas de mandarnos ni al quinto infierno ni a ningún otro infierno imaginable: ellos iban a ganar, ya nos estaban madrugando, eran los dueños de un futuro que podían vislumbrar con la misma claridad que a nosotros nos faltaba, y tal vez por ello, como suele suceder con quienes están a punto de declarar su victoria, estos camioneros se sentían caritativos y afables y sumamente tranquilos. Tal vez fue por eso que su líder, sin pararse, sin hablar una

palabra, nos invitó con un gesto para que nos uniéramos al banquete. Era insólito ver tanta comida: a esas alturas el sabotaje económico, el bloqueo financiero por parte de Washington y una considerable incompetencia gubernamental, había creado una escasez generalizada de aprovisionamiento.

No teníamos ningún interés en aceptar su convite. Creo que fue por superstición: nunca hay que comer con alguien a quien después posiblemente tengas que matar. Ahí nos quedamos, parados, mirándonos masticar y beber y celebrar, hipnotizados por su mera presencia. Y entonces el jefe del grupo metió una mano gruesa en un bolsillo y extrajo un manojo de billetes —dólares norteamericanos—, como si fuera un gángster en un film y los agitó para nuestro entretenimiento y los contó y luego hizo una señal y los otros camioneros también sacaron sus propios billetes verdes. Entendí que nosotros éramos el público que ellos necesitaban para confirmar ante las mujeres su triunfo, que precisamente se trataba de que nosotros reconociéramos lo jodidos que estábamos, cuál era la verdadera correlación de fuerzas en el país; nos estaban mostrando, ahí mismo, un día que no estaba lejos, cuando a nosotros nos estuvieran buscando para matarnos y ellos volvieran a sus vidas normales, conduciendo sus vehículos por los caminos de Chile. Chile: un país en el que nosotros, que defendíamos un gobierno legítimo elegido por sufragio universal, te-

níamos que esconder nuestro entrenamiento, mientras que esos hombres, a los que una potencia extranjera pagaba para derrocar a ese gobierno, no tenían necesidad de ocultar su financiamiento. Y el incidente tenía, además, un dejo irónico personal que no sospechaban ni los camioneros ni sus mujeres ni menos mis compañeros de combate, puesto que yo me había esforzado por disimularlo: de todos los presentes, yo era lo más cercano a un gringo. Si se me hubieran aparecido los operativos de la CIA, podría haberles conversado de igual a igual en su idioma, podría haber entendido sus chistes y sus alusiones a situaciones que yo había compartido de niño con ellos en su país.

Pero yo había renunciado a mi identidad estadounidense, no estaba dispuesto a reconocer ningún lazo con el país de mi infancia. Chile era mi patria, me pertenecía, pensaba, más que a esos camioneros que recibían dinero del extranjero, aunque ellos probablemente pensaban que lo hacían para sacar a los malos rusos y cubanos de Chile, y que nosotros también estábamos vendidos al oro de Moscú. Un oro inexistente. Y en cuanto a ellos, que mostraran sus dólares, a mí qué me importaba: en poco tiempo yo iba a estar paseando por todo Chile, en cada hogar, mi propia arma contra su sedición, mi dibujo animado, mi Susana la Semilla.

De hecho, la había concebido como una respuesta al paro de los transportistas o, para ser más preciso, como una manera de enfrentar uno de los

efectos más destructivos de esa huelga: al bloquear con camiones las carreteras principales de Chile, habían quedado miles de toneladas de fertilizantes a punto de pudrirse en los puertos, lo que amenazaba la cosecha del año siguiente. Debido a mi puesto en La Moneda, Jaime Tohá, el ministro de Agricultura, me había pedido que diseñara una campaña fresca y audaz que movilizara a la opinión pública contra nuestros adversarios antipatriotas.

Lo que le propuse fue más que algo fresco y audaz: una historia de amor, una epopeya, toda una saga. Conjuré la figura locuaz, deliciosa, sexy, de Susana, una semilla que se moría de soledad en alguna apartada localidad rural, con unas ganas locas de brotar y fructificar y ser madre. Sus aspiraciones a multiplicarse en una cosecha fenomenal se veían frustradas por la lejanía de su amante, Federico el Fertilizante, al que se lo tenía cautivo en algún puerto, impedido de viajar.

Y había escrito la historia de cómo Federico escapaba de sus captores y se echaba a andar por los caminos de Chile como si hubiera salido de la película *Easy Rider* y eludía a los saboteadores y finalmente lograba unirse a Susana y la hacía germinar. Había terminado ya el guion de veinticuatro breves episodios de un minuto cada uno, con la esperanza de que se transmitieran por televisión semana a semana, empezando ese septiembre de 1973 y culminando con un desenlace orgásmico donde los dos amantes hacían

el amor bajo las estrellas de marzo de 1974. Me doy cuenta ahora de que este melodramón socialista venía a ser mi versión utópica de un futuro donde el pueblo derrotaba el hambre, la resplandeciente anticipación de una victoria del amor sobre el terror que estaba a punto de ser negada rotundamente por la historia real de Chile. Claro que para que Susana pudiera nacer, para que mi cosecha de visiones estéticas se trasladaran de mi página privada a las pantallas de millones de televidentes, tenía que persuadir a un hombre en particular para que me patrocinara: Augusto Olivares, el afable director de Televisión Nacional, que me iba a escuchar la propuesta... “Digamos el martes, 11 de septiembre, qué te parece”, me había sugerido sin darle mayor importancia a la fecha, a la hora, cuando yo le había insistido a principios de septiembre que era urgente que nos juntáramos. Me había sonreído desde muy adentro de su enorme bigote, con algo de morsa en la manera de mover la cabeza, pensando quizá que mis planes eran los de un lunático, pero, mal que mal, él no era mucho más cuerdo, presto a discutir semillas y fertilizantes y dibujos animados cuando la nave se estaba hundiendo frente a nuestros ojos. “Tengo un hueco a eso de las 10:30 de la mañana. Pero que no sea en La Moneda. En mi oficina en el canal. ¿De acuerdo?”

Plenamente de acuerdo. Eso me permitía almorzar después con Óscar Castro, del teatro *El Aleph*, con quien estaba planificando una serie de *happe-*

nings de teatro callejero para crear conciencia de que la culpa del desabastecimiento la tenía la derecha.

Cómo iba a saber que, de todos los días que pudo haber escogido Olivares, él decidió citarme en la fecha exacta en que se levantarían las Fuerzas Armadas contra Allende, y de todas las horas posibles eligió, de nuevo sin tener el menor presentimiento, el único momento en todo el día que me impidió ir a La Moneda temprano por la mañana, como era mi costumbre. Aquella cita me permitió recuperar esa noche el sueño que me faltaba desde hacía meses, las palabras casuales de Olivares me llevaron a despertar tarde en la mañana del 11 de septiembre, alertado por el repentino zumbido de aviones militares volando bajo sobre nuestro barrio.

Fue sólo entonces cuando vine a saber que el golpe se había lanzado. Cuando puse la radio y la estación tocaba una marcha militar y cambié de sintonía y otra marcha y seguí buscando y buscando y de pronto escuché la primera proclamación de la Junta Militar que se había hecho cargo de Chile y al final de ese pronunciamiento estaba el nombre del general Augusto Pinochet Ugarte, el mismo que supuestamente debía estar encabezando las fuerzas leales al gobierno democrático, entonces supe que la revolución había fracasado, ése fue el momento preciso cuando tuve plena conciencia de que habíamos perdido, el momento en que la muerte que tanto había temido durante mi ni-

ñez me alcanzó, entró salvajemente en mi vida real. Y unos minutos más tarde, con la mano de Angélica que temblaba en mi mano, escuché las *últimas palabras* de Salvador Allende desde el Palacio Presidencial por una radio leal que todavía seguía transmitiendo, su despedida en que le aseguró al pueblo que no renunciaría, que moriría defendiendo la democracia, moriría él para que otros pudieran vivir. Durante años, en el exilio, en la clandestinidad, leeríamos esas palabras sobre las anchas alamedas por donde pasaría el hombre buscando su libertad, pero en ese momento lo que creo que más nos impactó fue la serenidad con que Allende anunciaba su propia muerte, nos exhortaba a sobrevivir, sí, pero con dignidad.

A su lado, cuando se dirigió al mundo por última vez, estaba su amigo del alma, Augusto Olivares, aprestándose para morir junto a su Presidente. Augusto nunca supo que Susana la Semilla tenía la intención de salvarle la vida, nunca supo cómo en mi delirio yo pensé que ella salvaría simbólicamente a la nación. Augusto nunca iba a tener la ocasión de saber que la única vida que ese personaje imaginario iba a salvar sería, increíblemente, la de su creador.

¿Es verdad? He contado esta historia tantas veces que es probable que haya terminado creyéndola yo mismo, consolándome con la idea de que de cierta manera yo evadí la muerte por medio de mi propia inventiva, que una ficción que arranqué

de la nada me rescató de ese mismo abismo, de volverme definitivamente ficticio. Es una historia simétrica y regocijante y me encanta, además, contarla. ¿Pero es verdad?

Hasta cierto punto sí, no cabe duda: hubiera sido suficiente que Claudio Gimeno me dijera que no, que Olivares me citara para otro día, que Susana no me hubiera dicho ni sembrado nada, que se mantuviera silenciosa y no me inspirara; una pequeña variación y habría muerto, habría llegado a La Moneda la noche del golpe o ese amanecer del golpe o temprano en la mañana del golpe.

Y sin embargo, por esenciales que hayan sido esas coincidencias afortunadas, ninguna de ellas aseguró mi supervivencia. Decenas de otros militantes cercanos a Allende o que trabajaban en el Palacio Presidencial no estuvieron de guardia la noche del 10 de septiembre y muchos también habían arreglado, como yo, citas en otros sitios de Santiago, y eso no los libró de caer asesinados ese día en La Moneda. Llegaron a ese lugar de la muerte porque alguien los llamó durante la noche: hay una emergencia, una voz urgente les anunció, empezó el golpe, les dijeron, les pidieron que acudieran de inmediato. Sus nombres estaban en una lista, yo había manejado esa misma lista durante las noches en que dormía en La Moneda, había leído mi propio nombre y teléfono en esa lista dos noches atrás, yo era uno de los que debía ser llamado en caso de una emergencia.

Pero nadie me llamó.

¿Por qué no? ¿Una insana coincidencia adicional? ¿Otro incidente caótico en un día caótico, un malentendido que, una vez más, me había favorecido, a mí sí, a mi amigo no? ¿Eso lo explica? ¿Eso es todo? ¿Eso y nada más? ¿Sólo una serie de intercesiones arbitrarias me perdonaron la vida? ¿Es posible que la diferencia entre vivir y morir realmente termine siendo esto: el destino o la fatalidad o simplemente la suerte idiota e imcomprensible o alguna fuerza demente e impenetrable sin nombre? ¿Y la vida es un accidente en un universo accidental?

¿O existe una explicación? ¿Hay un significado en todo esto, un mensaje que se nos está mandando, una enseñanza que yo debía aprender? Agnóstico como era entonces, agnóstico como sigo siendo, cómo entender ese indulto repentino: yo me había colocado deliberadamente en el camino de la violencia, casi pidiéndole que viniera por mí, que me devastara, y cuando esa violencia finalmente estalló con toda su furia, a mí personalmente me había ignorado. Cómo evitar la posibilidad de pensar con humildad, quizá con terror, que pudiera haber un designio, un sentido milagroso más profundo en esa conmutación de mi muerte. Cómo evitar la tentación de interpretar esa evasión místicamente, que algún tipo de poder se empeñaba en rescatarme, redimir mi persona, prohibiéndole a la muerte que se acercara, avisándole a ese

hombre imprudente: “No, no te lo consiento; se te necesita. Toda tu hora no ha llegado”.

Esta lectura religiosa de mi salvación me fascina y a la vez me repugna. ¿Qué alegría puedo extraer de imaginar un Dios que condena a tantos inocentes a la muerte y me perdona a mí? ¿Qué consuelo hay en asignarle la responsabilidad por nuestra existencia a una entidad más alta, precaria y moralmente ambigua? ¿No es preferible el azar, menos cruel que una conciencia supuestamente superior que juega con nuestra vida en forma fortuita? Y, sin embargo, debo confesar que durante muchos años no pude sacarme de encima la sospecha de que alguna deidad benevolente había intervenido en mi favor.

Resultó que sí existía esa deidad benevolente, esa mano secreta, ese mensaje; pero afortunadamente para mis tercas convicciones ateas, no se trataba de la mano de Dios sino de un ser humano de carne y hueso. Y cuando, después de que pasaron muchos años, él finalmente me entregó el mensaje, yo ya lo había deducido por mi cuenta, en mi confrontación con la soledad de la supervivencia había logrado balbucir una respuesta a por qué el dedo insano y azaroso del universo me había dado su bendición.

El hombre al que le debía la vida era Fernando Flores, el mismo ministro que me había otorgado originalmente ese trabajo en La Moneda. Fue él quien, en las horas justo antes del amanecer de ese 11 de sep-

tiembre, había decidido cruzar mi nombre de la lista de las personas a llamar. Cuando se confirmaron las noticias de la insurrección, su guardaespalda llevó la mano al teléfono, comenzó a discar los números y Flores lo había interrumpido, le había pedido la lista y entonces la leyó con parsimonia, tomándose el tiempo. Cuando llegó a mi nombre, sacó su lapicera y cuidadosamente lo eliminó de esa lista.

Iba a escuchar esa historia mucho tiempo después, cuando los dos nos encontramos en el exilio, cuando lo visité en California, probablemente a principios de 1978. Durante los años previos, él había estado encarcelado. Los militares lo habían detenido a media mañana del día del golpe, cuando dejó el Palacio Presidencial para negociar, según las instrucciones de Allende, una tregua con las tropas sediciosas. El mando militar, alevosamente, ignoró su bandera blanca y lo despacharon a la Academia Militar donde pasó un par de días brutales antes de que lo mandaran junto con otros ministros del gobierno derrocado, a un campo de prisioneros en la isla Dawson, en Tierra del Fuego, uno de los sitios más desolados y áridos del planeta. Sólo después de pasar varios años adicionales detenido en una multitud de otros campos de concentración, esperando un proceso que nunca llegó, sólo cuando lo deportaron sin haberle formulado jamás ningún cargo, fue posible que él me contara cómo había intervenido para salvarme la vida.

¿Por qué?, le pregunté. ¿Por qué lo había hecho?

Vaciló por un instante, miró hacia su interior como si quisiera consultar a la persona que él alguna vez había sido, meditó por unos momentos y luego me dijo, con la misma manera desenvuelta con que probablemente había borrado mi nombre de esa lista: “Bueno, algunos tenían que vivir para contar la historia”.

Durante los años de Allende, de 1970 a 1973, yo había construido mi identidad como primariamente política, fusionándome con Chile y su causa y su pueblo a través de una revolución que creímos iba a poder liberar el país. Y fue así como, al aproximarse el fin, había aceptado trabajar con Flores en La Moneda porque era el lugar donde sentía que debía estar si la revolución fracasaba, porque no podía imaginarme sobreviviendo a ese fracaso, porque era una manera prístina de confirmar quién era y quién deseaba ser. Flores, en esa alba desolada de septiembre cuando se le hizo claro que habíamos perdido, veía las cosas de otra manera. Tal vez él ya sabía que las tareas de la derrota no son las de la victoria. Tal vez sabía que algunos íbamos a morir, que algunos terminaríamos en prisión, que algunos nos convertiríamos en traidores; y si eso había de ocurrir, harían falta testigos que escaparan de la conflagración y contaran al mundo lo que había pasado. Él pensó que yo era una de esas personas y en el último momento posible había usa-

do su poder sobre la vida y la muerte para corregir lo que él consideró había sido su error al ofrecerme el trabajo, lo que consideró fue mi error al aceptarlo. Es una idea reconfortante: que se me libró de la muerte porque yo iba a ser uno de los que escribiera nuestra historia. No explica, sin embargo, por qué un amigo cambió de lugar conmigo, por qué un ejecutivo de la televisión me citó a la única hora que me alejaría de La Moneda, por qué Susana la Semilla me visitó como en un sueño infantil para insistir en que sí existe la redención. No explica, de hecho, ninguna de las fortuitas coincidencias que me arrancaron de vuelta a la vida en el preciso momento en que me precipitaba hacia la autodestrucción. No explica por qué tantos hermanas y hermanos míos, con tanto y más talento que el mío, con una idéntica sed de vida, tuvieron que morir. No satisface el misterio que todavía reptaba como una araña en el centro de mi existencia, no vence enteramente el temor de que la vida sea ciega y azarosa y de que caminamos a tientas en la tierna oscuridad tratando de convencernos de que hay una razón para toda esta insensatez.

Aunque lo que Flores decidió ese día, sin consultarme, meramente porque tenía que rectificar un error de la historia y no permitirle que siguiera su dura y sorda carrera —lo que decidió por mí ese día, eso sí tiene sentido. Principalmente por lo que pasó después. Tiene sentido por lo que forjé de la vida que

se me otorgó, se me prestó, que la providencia o el azar o lo que se le quiera llamar escogió por mí ese día en que debí haber muerto.

Si no es verdad que ésa fue la razón por la que me salvé, he tratado de que así lo sea.

En cada historia que cuento.

Habitado por la certeza de que estoy cumpliendo una promesa que les hice, sin saberlo siquiera, a los muertos.

5

EN QUE SE DESCUBRE LA MUERTE TARDE POR LA MAÑANA DEL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973 EN SANTIAGO DE CHILE

Durante muchos años, negué obstinadamente la posibilidad de que Salvador Allende se hubiese suicidado. Apenas la Junta encabezada por el general Pinochet anunció la misma noche del golpe que el Presidente se había quitado la vida en La Moneda, supe que era una mentira. Mi única evidencia era que habían traicionado al Presidente que los nombró en sus cargos y la Constitución que habían prometido defender, y que, habiendo mentido durante los meses anteriores al pronunciamiento, mentían ahora al jurar que no perseguirían a los allendistas a los que estaban asesinando y mentían también al anunciar que iban a proteger la democracia que estaban clausurando. Más tarde, durante mi exilio, la certeza de que trataban de escabullir su responsabilidad por el homicidio de Allende no pudo ser examinada: era la pieza clave, primordial, de la historia sobre el bien y el mal que repetíamos una y otra vez en nuestra campaña mundial de solidaridad con Chile. Puesto que la muerte de Allende venía a ser la primera muerte de la dictadura, la muerte

preeminente con que el terror se había inaugurado, necesitábamos que fuera una muerte arquetípica, una muerte de la que todas las otras muertes fluirían como ríos; hacía falta que viviéramos un canto épico, trágico tan solo en su simplicidad: el buen rey asesinado por los generales que le habían jurado lealtad. Y en esta epopeya, nosotros nos representábamos como los hijos metafóricos de Allende, que saldríamos de las sombras para vengarlo, con la determinación de resurreccionar a nuestro líder ultimado. Es una historia que todavía encuentro adonde vaya, como un eco que me devuelven tantos seres humanos que no están dispuestos —como no lo estuve yo durante mis años de exilio— a enfrentar la ambigüedad enmarañada de un héroe que se mata a sí mismo; prefieren entregarme la versión que mi propia boca reiteró constantemente, aun cuando ya comenzaba a sospechar que podía ser falsa. Es más fácil matar a los seres humanos que a los nietos que los sobreviven.

Pero no fue tan solo la eficacia política que nutrió durante tantos años la leyenda de un Allende que peleó hasta el final, las armas en la mano, alevosamente ultimado. En mi caso, por lo menos, la presunción automática de que lo habían asesinado permitía darle un sentido, quizás una perspectiva, a su muerte; me ayudó a sanar el dolor de nuestra pérdida, entender mi propia supervivencia.

El moría para que nosotros pudiéramos vivir.

Lo supe cuando escuché las últimas palabras del Presidente por la radio esa mañana del golpe, cuando lo oí aceptar la derrota y nos pidió que no nos dejáramos humillar, cuando predijo un tiempo futuro en que, más tarde que temprano, seríamos de nuevo un pueblo libre. Miré a Angélica. Eran las palabras de un hombre cuyas horas estaban contadas, que se estaba despidiendo. Temblando, comencé a vestirme.

—¿A dónde vas?

Angélica me lo preguntó aunque mis ojos, el irremediable desconsuelo de mis ojos, encerraban ya la respuesta. Tenía yo que llegar a La Moneda. Era una locura y Angélica lo sabía, pero en vez de disuadirme, mi mujer, que era entonces y sigue siendo el ser más pragmático y terrenal de cuantos conozco en este mundo, me sorprendió y decidió ayudarme en mi expedición insana: “Te llevo en auto al centro”.

Llegamos hasta donde pudimos, hasta que nos encontramos con una barrera policial en la plaza Italia, sobre el perímetro del centro de Santiago, a catorce cortas cuadras de donde La Moneda me esperaba.

Salí de nuestra Renaulta, resuelto a palabrearle al policía que estaba de guardia para que me dejara pasar. Y fue entonces cuando, parado ahí mismo, tuve mi primera vacilación. Hasta ese momento me había salvado una serie de circunstancias fortuitas enteramente fuera de mi control. Pero ahora mi vida ya no estaba en las manos de otra persona, en las

manos de la fortuna, en las manos de alguna divinidad desconocida que decide borrar mi nombre de una lista, un amigo que decide tomar mi turno de trabajo. Esta vez, en este momento, durante este momento que va a durar para siempre, soy yo el único que puedo decidir si vivo o si voy a morir.

Y lo que hago es darme vuelta, después del péndulo de otro instante transcurrido, me alejo con repentina energía de los policías y sus caras cerradas, son tres pasos los que me separan del auto, abro la puerta, entro, miro a Angélica, dejo que ella eche marcha atrás, dejo que ella me distancie de ese lugar.

Es un momento definitorio, ese instante en que vacilé. No me daré cuenta hasta más tarde, mucho más tarde, tal vez recién en 1998 que exploro ese incidente para entender su significado, es posible que sólo ahora me dé cuenta de que frente a esa barrera policial, confronté los dos dilemas básicos de la resistencia, dos preguntas que no tienen una respuesta fácil, que resolví apresuradamente en ese entonces, las mismas preguntas que en ese mismo instante están desafiando a cada hombre y mujer que en Chile ha creído en la revolución. Están entretnejidas la una en la otra, estas dos preguntas, pero no son idénticas. Tienen la edad de la injusticia, la edad de la lucha contra la injusticia, esas dos preguntas esenciales que no puede evitar aquel que decide resistir la violencia, que decide dejar de ser víctima.

La primera es la menos interesante: ¿Tengo yo el coraje para hacer lo que mi conciencia me dicta? Es la que menos interesa porque hay veces que gana el miedo y en otras oportunidades el miedo desaparece y no hay mucho más que decir sobre el asunto. O quizá yo la encuentro menos atractiva porque todavía no tengo claro si acaso allá, frente a la barrera que erigió la policía el día del golpe, no se estaba poniendo a prueba mi valor y que de alguna manera fundamental no pasé el examen, todavía me pregunto si podría haber hecho algo más para llegar hasta La Moneda, me pregunto si la verdadera razón por la que estoy vivo es, para decirlo con toda simpleza, porque tuve miedo, porque me acobardé.

Con los años, sin embargo, es el segundo dilema, y no el enigma del coraje, el que ha terminado llenando mi existencia, una segunda pregunta que parece encarnar el misterio básico de la resistencia, que registra y sondea lo que de veras examinó mi mente el día del golpe, el comienzo de un complejo proceso de aprendizaje que todo sobreviviente, en Chile o en otra parte, tendrá que enfrentar, esa pregunta: ¿Dispongo de la madurez como para distinguir una muerte que no puedo evitar de una muerte que debo aceptar? O para ponerlo de otra manera: Dado que en determinados períodos de la historia, es tristemente ineludible que cada pequeña conquista de la libertad y dignidad humanas debe pagarse con enorme sufrimiento y

hasta con la muerte, y en vista de que la vida es también sagrada, ¿cómo asegurarse que escogemos la muerte que debemos, la muerte que nos toca para ser fieles a nuestras convicciones? Una pregunta que tendré que responder, ahí, ese día, y que habrá que volver a responder, una y otra vez, hasta que la dictadura se acabe.

Si me decido por la vida en ese momento cuando por primera vez le miro la cara a esa pregunta, no se trata tan solo de que es indudablemente una locura hacer el intento de engañar a la policía, cruzar el centro de la ciudad donde los francotiradores y los soldados siembran de balas las calles, todo para convencer a las tropas que asaltan La Moneda de que me dejen ingresar, convencerlas de que no me fusilen en el acto, por idiota además de allendista; no es sólo esa temeridad lunática la que estoy venciendo, sino, a la vez, esa compañera de la muerte, la desesperación.

Ése es el peligro verdadero que me confronta en la barrera policial, en ese momento y en los años que han de venir.

Cuando han derrotado todo en lo que crees, cuando la esperanza de un cambio profundo que toda revolución auténtica celebra ha sufrido una derrota irreversible, ésa es la hora en que te atrae la muerte. Podía sentirlo llamándome, muy adentro de mi ser, ese deseo de autodestrucción; tuve que contemplar su existencia mientras miraba la ruina a la que nos había conducido nuestro sueño de una democracia socialis-

ta sin derramar una gota de sangre. Y ahora la sangre era nuestra, nuestra revolución pacífica terminaba en otra masacre más, todavía otra masacre en una América latina arrebatada de cadáveres. Y era difícil rechazar la tentación de convertir mi muerte en la última manera, la única manera, de hablar en medio del fracaso, la única isla de realidad que todavía podía controlar, mi propio cuerpo sin vida como la única prueba que podía ahora ofrecer de mi sinceridad, mi creencia en un futuro de liberación que ahora parecía clausurado para siempre. Ésa era la trampa verdadera de la muerte: al cerrarse las compuertas de toda otra forma de expresión, acoger el martirio, celebrarlo como un modo perverso de subvertir a la muerte misma, quizá como un modo de socavar su reinado, forzar al futuro a escuchar los sueños del pasado, persistir como una leyenda.

Si en esa barrera policial finalmente no tomé ese camino, pudo haber sido porque tuve claro que otra persona lo estaba tomando por mí, por todos nosotros. Salvador Allende estaba cargando con la responsabilidad de la derrota, expiando con su vida sus errores y los nuestros, un sacrificio ritual que nos impidió a mí y a tantos otros tirar nuestras vidas a las arenas.

Aunque no es sólo protección lo que Salvador Allende me ofrece ahí, ese día en que no continuó hacia La Moneda. Su muerte también demandará arduas obligaciones en los años por venir, caerá como

una sombra sobre la vida de quienes lo sobrevivieron. Hay entre nosotros quienes no podrán sobrellevar la sagrada carga que nos impone la inmolación de Allende, hay quienes lo seguirán hacia la muerte.

Una de esas personas es su propia hija Beatriz. Taty, como le decimos sus amigos, es la constante compañera y consejera de su padre. En el mismo instante en que instintivamente elijo la vida y no la muerte en esa barrera policial, a Taty se la está evacuando de La Moneda junto con las otras mujeres que se encontraban presentes ahí ese día. Es por orden del Presidente, cuando se da cuenta de que él va a morir, cuando recibe el ultimátum de las Fuerzas Armadas de que se rinda o la Fuerza Aérea mandará sus Hawker Hunters y sus bombas para desalojarlo, cuando Allende anuncia que jamás subirá al avión que han dispuesto para que vuele al exilio.

Al principio, Taty se obstina en permanecer al lado de su padre. Cómo él la convenció, con qué palabras, es algo que no averigüé, Taty nunca me contó su versión de los hechos cuando, muchos meses más tarde, en marzo de 1974, nos encontramos en Cuba, en aquel pequeño salón de desayunos del entresuelo del hotel Habana Libre.

Me encontraba camino a mi exilio europeo. Los cubanos habían logrado sacarme de la Argentina, habían pagado mi boleto de avión y el de Angélica y Rodrigo: justo a tiempo. Dos días después de partir de

Buenos Aires, tres hombres de la cana argentina habían venido a buscarme al departamento de mi abuela. No le creyeron cuando ella les informó que su nieto se había ido del país. Interrogaron a mi abuela de noventa años durante una hora. Y cuando se fueron, le dejaron de regalo una última frase:

—Ya lo vamos a encontrar.

Mi Baba Pizzi debió haber pensado que el tiempo se había detenido, que el tiempo se volvía a repetir, acordándose de las palabras similares, en ruso, que había escuchado setenta años antes en boca de la policía del Zar cuando fueron a arrestar a su hermano revolucionario. “Vamos a encontrarlo, no importa dónde esté escondido”. Los argentinos no me encontraron, pero no tuvieron la misma suerte tantos otros, los que hoy son fotos en las manos de madres y abuelas, los que hoy sabemos que fueron arrojados desde helicópteros en alta mar.

Son extraños los senderos de la sobrevivencia, especiales los lazos que se forjan entre quienes han emergido de una catástrofe. Yo le había hablado a Taty por última vez la tarde del 10 de septiembre de 1973 en La Moneda, le había mencionado mi idea acerca de Susana la Semilla, regalándole la predicción estrafalaria de que si lográbamos llegar hasta el equinoccio de primavera, a escasos once días de distancia, bastaba con llegar hasta esa meta, le dije con fervor, para que la madre naturaleza se pusiera de nuestro

lado, la tierra misma floreciente de Chile no iba a dejar que perdiéramos. Ella había respondido con una risa, murmuró que yo era un loco lindo, incorregible, pero que no fuera a cambiar por nada del mundo. Me acordé de esa risa cuando supe que habían bombardeado La Moneda, seguro de que ella había muerto entre sus escombros. Y, no obstante, aquí estábamos, a los seis meses, de nuevo reunidos.

Le pregunté por su madre Tencha y su hermana Isabel, ella quiso saber cómo estaban Angélica y Rodrigo y mis padres. Tenía ganas de preguntarle acerca de las últimas horas de Allende, pero sentí que era un tema delicado y preferí no mencionarlo.

Taty no tuvo ese tipo de inhibiciones. De repente, dijo:

—Cuéntame de La Moneda.

No contesté de inmediato. Yo no tenía nada que contar.

—La Moneda —insistió—. ¿Cómo lograste escapar ese día? Debe haber leído la perplejidad en mi rostro.

—Después del bombardeo —dijo—. ¿Dónde te escondiste? ¿Cómo es que no te encontraron?

Tartamudeé que no sabía de qué me estaba hablando, que no había alcanzado a llegar a La Moneda aquella mañana.

—¿Cómo? —dijo Taty—. No tienes para qué hacerte el modesto conmigo. Todos sabemos que te portaste como un héroe. Hace meses que espero para

conversar contigo. Tienes que haber sido una de las últimas personas que vio a mi padre vivo.

Ella me había avistado, me aseguró con fervor que la última vez que miró a Allende yo estaba parado a su lado, aguardando el desenlace feroz de la misma manera desafiante que yo, por mi parte, lo había imaginado, exactamente de la manera que no me ocurrió. Y luego Taty volvió a preguntarme por los últimos momentos de Allende: quería ver el martirio de su padre a través de mis ojos ausentes.

Su alucinación se burlaba de mí en ese momento y me sigue rondando ahora más de veinte años más tarde, porque su visión de mi cuerpo allá, al lado de Salvador Allende, provino tanto de su imaginación como de la mía: era el fantasma de mi yo anterior el que me llamaba por su boca. Ella volvía a presentarme, una vez más, con el final que yo me había planeado, el modo en que hubiese querido ser recordado, el modo en que construí —durante los meses que precedieron al golpe— mi persona estridentemente revolucionaria; ella me colocaba audazmente frente al Ariel comprometido a todo vapor, frente a todas las palabras que había recitado acerca de mi determinación de morir por la humanidad, las palabras fáciles de liberación con que me había inventado a mí mismo, proyectándome públicamente como un animal inequívocamente político, el film épico rodado únicamente en mi cabeza. Era una mensajera de la muerte,

una mensajera de parte de su padre: recordándome que en una versión alternativa y paralela de mi existencia hubiera estado mi cara en un póster mientras otro compañero exiliado acompaña a la viuda cuando ella sube las gradas de algún Ministerio de Relaciones Exteriores, alguien como yo ayuda a mi Angélica a dar testimonio delante de alguna Comisión de Derechos Humanos en Ginebra o Washington o Roma; en la vida y la muerte que finalmente no escogí como destino, es mi hijo el que exige que le entreguen el cuerpo de su padre, es Rodrigo el que lleva mi foto prendida a su chaqueta como lo hacen todos los otros parientes de los desaparecidos en las calles abrumadas de gas lacrimógeno en las tardes de Santiago, es él quien trata de redimirme de la muerte y su derecho a darme sepultura. Taty me recuerda que no soy uno de los muchos Claudio Gimeno del mundo.

Eventualmente, logro convencer a mi amiga de que se ha equivocado, le explico la cadena de casualidades que me salvaron. Pero hay un incidente que no le cuento: ese momento de vacilación ante la barrera policial, ese momento en que decidí no juntarme con ella en La Moneda. No le digo que fue la muerte de su padre la que me rescató. No le digo que me tardó poco más que un instante llegar a la decisión de que prefería vivir que morir. Me acordaré de lo que le dije y de lo que callé algunos años más tarde, cuando me llega la noticia de que Beatriz Allende se ha sui-

cionado. Hasta su muerte, como tantos de nosotros en el exilio de esos primeros años, ella se exigió a fondo, sin piedad, trabajando por la libertad de Chile, tal vez menos como un tributo a los vivos que necesitaban nuestra ayuda que como una manera de aplacar a los que habían muerto. Pero a los muertos no se los aplaca así como así. Cuando su padre decretó, en La Moneda, que sólo los hombres podían morir junto a él ese día, cuando dio la orden de que su hija abandonara ese puesto de lucha solamente porque era mujer, no pudo adivinar que la estaba condenando a autodestruirse. Taty no se permitió olvidar que, si hubiera sido el hijo varón de Allende, se le hubiera autorizado y hasta esperado de ella, que muriera al lado de su padre. No se pudo perdonar que estuviera viva únicamente debido a su sexo. Era el lugar que le correspondía. De veras no podía imaginarse a sí misma en ningún otro sitio en el universo. La bala que, según ella, debió haberla encontrado tantos años antes en el edificio donde Allende murió es la bala que tardíamente ella se va a disparar.

¿Sabía ella, en el momento en que tomó esa arma en su mano, cuando se quitó la vida con esa arma, sabía acaso que Salvador Allende se había suicidado él mismo? ¿Fue ése el ritual más profundo de la muerte que estaba llevando a cabo? ¿Ya no pararse al lado de su padre sino ser su padre, seguir su ejemplo al matarse?

No tengo cómo averiguar lo que pasó por la cabeza de mi amiga. Morir es, por definición, ser incapaz de contar la historia de nuestra muerte. Lo que sí tengo claro es que terminamos interpretando la desaparición de Salvador Allende de maneras divergentes, que finalmente ella fue tragada por esa desaparición y que yo logré zafarme, la hija verdadera y el metafórico hijo del Presidente tomando caminos opuestos en un mundo donde su padre había dejado de existir, nuestro padre sólo podía hablarnos ambiguamente desde la muerte.

Es, en todo caso, lo que pienso. Y el hecho de que sobreviví y que ella murió me entrega, en forma irreparable, la última palabra. Aunque ella esté todavía hablándome desde la muerte, al lado de su padre, recordándome que yo pude haber escogido su camino.

Recordándome que tendré que llevarla a ella y a su padre y a todos los otros muertos de Chile como lo hace un huérfano, tendré que llevarlos adentro mío hasta el día que me muera.

Diciéndome en voz muy baja que quizá yo tomé el riesgo más grande al decidir no ser devorado por el golpe.

7

EN QUE SE DESCUBRE LA MUERTE EL 13 Y 14 DE SEPTIEMBRE DE 1973 EN SANTIAGO DE CHILE

Apenas muere Salvador Allende, a las pocas horas de su muerte, yo comienzo a huir.

¿Necesito huir? ¿Necesito esconderme? ¿No hay otra manera de salvar mi vida?

Mi nombre no se menciona en la lista de los más buscados. En las postrimerías de la tarde del 11 de septiembre, un poco antes de que se instale el toque de queda que va a durar dos días, escucho esos nombres en la radio, el Bando Número Cinco de dudosa fama, los hombres y mujeres que ayer eran ministros y senadores y presidentes de sindicatos y secretarios generales de los partidos gobernantes y que ahora son fugitivos y parias, que deben entregarse a las autoridades correspondientes o sufrir las consecuencias. Yo estoy en la casa de Manuel. Habíamos convenido, con los miembros de nuestra célula de partido, que éste sería el lugar para encontrarnos en caso de una emergencia. Y aquí llegué cuando me di cuenta de que el camino a La Moneda estaba cerrado. Somos, en total siete. Todos a la espera de instrucciones.

Cuando nos visita el contacto con la dirección superior, ahora clandestina, del Partido, tiene una sola palabra que le ha sido transmitida y retransmitida desde arriba: Replegarse.

—Y eso, ¿qué significa? —le preguntamos.

—Significa lo que significa —responde. Esperamos una aclaración—. Significa que nos jodieron —dice—. Significa que perdimos. Significa que no nos dejamos matar si hay una alternativa.

Revisa los canales por medio de los cuales nos vamos a comunicar con él y entre nosotros, los que hemos estado montando durante los dos últimos meses, y nos promete más información y análisis apenas los tenga.

—¿Algo más?

—Sí —agrega—, una orden adicional. El Partido dice que todos pueden irse para su casa excepto Ariel.

Hay una satisfacción perversa en haber sido aislado, colocado en categoría aparte. Un poco después, sin embargo, cuando los nombres de los nuevos enemigos públicos del Estado chileno son leídos por la radio, se hace claro que no soy tan notorio como lo presumía. Y junto con el alivio de saber que nadie me busca para matarme en este mismo instante, siento la aguda humillación de que se me niegue la enferma marca de una distinción que derivaría de ser incluido en los que la Junta Militar considera sumamente peligrosos. Años más tarde, cuando los primeros pri-

sioneros fueron liberados de los campos de concentración de Chile y comenzaron a arribar a las ciudades europeas, me contaron de similares episodios de masoquismo extraño: “Cuando leíamos una lista de los compañeros que estaban a punto de soltar —me dijeron— los que fuimos indultados sentíamos... bueno, vergüenza, un deshonor grotesco por el hecho de que no nos guardaban por más tiempo, de no ser más machos, de que los que se quedaban en el campo de alguna manera eran más legendarios e intrépidos. Queríamos ser los más odiados. Aunque eso significara que no te dieran la libertad”.

A estos hombres los habían tenido presos durante tres años sin que se los sometiera a juicio, los habían puesto frente a falsos pelotones de fusilamiento, los habían torturado, pero seguían necesitando pruebas adicionales de cuánto los fascistas los aborrecían. No era raro, entonces, que yo hubiese deseado que los nuevos mandamases de Chile me seleccionaran como particularmente indeseable y comprometido. Aunque en mi caso, no se trataba tan solo de que se me reconociera mi status revolucionario. Lo que Pinochet, en efecto, estaba rehusándome, a mí y a miles de miles de allendistas que tampoco se hallaban en la lista anunciada por la radio, era la información más codiciada, más esencial, que se puede tener bajo una dictadura, se nos rehusaba una clarificación exacta acerca del riesgo real en que nos encontrábamos, dar-

nos una respuesta a esa pregunta vital: ¿qué hacer? ¿Qué hacemos? ¿Debía yo volver a casa, pese a lo que había ordenado el Partido? ¿Proclamarles con solemne teatralidad a mis vecinos y colegas de derecha que Allende nos había traicionado, conduciéndonos a un desastre, y que yo, por mi parte, había aprendido la lección y ahora iba a trabajar por el bien de la gran patria redimida? ¿Alguien me creería tal sarta de mentiras? Sólo en el caso de que la junta escuchara los llamados de la Iglesia Católica y el Cardenal de la Democracia Cristiana, para que los vencedores mostraran compasión con sus adversarios caídos. ¿O por ahí sería mejor salir del país? Pero ¿para qué ceder al pánico? ¿Por qué hacerle a Pinochet más fácil su señorío, autoeliminándonos de nuestro país, quizá sin razón? Y esta área gris de incertidumbre en que nos debatíamos, ¿no era desde ya un signo de la victoria de nuestros enemigos, su habilidad para forzarnos a internalizar su poder, incorporando su presencia a nuestras mentes, casas y camas, queriendo saber a quién le toca ahora, a quién van a llevar preso mañana?

A menos que tu nombre se encuentre en la lista, no hay una respuesta clara.

Y por lo tanto me echo a andar, empieza mi huida. Más que del peligro verdadero, estoy escapando para tener el tiempo de entender si existe o no ese peligro, seguiré andando, corriendo de lugar en lugar, hasta que sepa que no corro peligro y puedo quedarme en el país.

Las primeras señales no son alentadoras.

La tarde del 13 de septiembre, apenas se levanta el toque de queda por un par de horas, dejo la casa de Manuel. Ya no parece seguro que siga en esa casa, los vecinos comienzan a sospechar, así que uno de nuestro grupo, un técnico de laboratorio al que llamaré Alberto, ha sugerido que pase la próxima semana en su pequeño departamento con su mujer, hijos y suegra, en un barrio donde la gente no se mete en los asuntos ajenos. Antes de que partamos, Manuel me lleva a una casa vecina, donde vive un amigo cuyos padres tienen teléfono. Por primera vez en dos días puedo hablar con Angélica. Había pasado el día anterior, el día de su cumpleaños, bajo el toque de queda, sola con Rodrigo y mis padres, sin poder dejar casa, haciendo el duelo por nuestro Presidente muerto, llena de temor por lo que podía haberme pasado a mí, los amigos. La ciudad, me cuenta, enloquece de rumores: han sido bombardeadas las fábricas, a los prisioneros los están ejecutando, las embajadas se están llenando de refugiados que buscan asilo. Una noticia buena: no han allanado nuestra casa, por ahí un signo de que no me están buscando ni sabrán seguir mi rastro hasta la residencia de mis padres. Pero la verdad es que no sabe, por una vez la divina de mi esposa, mi mujer que conoce el futuro y ve a través de los seres humanos como si fueran transparentes, parece no tener la menor idea de qué debemos hacer. Piensa que es pro-

bable que yo corra peligro, pero lo mejor es esperar y ver qué pasa.

No hay buses, así que Alberto y yo tenemos que caminar muchos kilómetros, de Ñuñoa a Recoleta, atravesar la ciudad entera, y por todas partes encontramos gente como nosotros, cabizbajos, evitando los ojos ajenos, apurando el tranco, atomizados. Lo que hace dos días era un colectivo enérgico y compacto ya comienza a dispersarse bajo la presión del miedo. Cerca se puede oír el tableteo de una ametralladora, un indicio de que la lucha sigue, alguien sigue resistiendo con las armas en la mano. Hacemos dedo, pedimos que nos lleven, pero ni un auto nos para. Es en ese momento cuando, sobre la misma vereda, veo venir hacia mí a un viejo amigo, un militante socialista al que no había vuelto a tratar desde que estuvimos juntos, en California, los dos becados por la Universidad. Lo he divisado un par de veces durante el gobierno de Allende, pero cada uno estaba demasiado ocupado como para intercambiar algo más que un par de frases. Supe que se estaba separando de su mujer. Ahora lo vislumbro, cerca, con una guagüita recién nacida entre los brazos y una mujer desconocida a su lado. Me pasa, turbado, y lo miro directamente, pero él no me ve: el abismo de la tristeza que se abre en su rostro es tan inmenso e intolerable que estoy forzado a dar vuelta mi propia cara, como si estuviera presenciando el alma de un hombre desintegrándose, de-

rritiéndose obscenamente a la vista de todos. No hay tiempo para ese hombre con el que he estudiado y jugado al fútbol y compartido muchos vasos de vino, no hay tiempo sino para atender a Alberto que me tira de la manga, Alberto que finalmente ha logrado parar un auto que está dispuesto a encaminarnos.

Cuando subimos, el chofer pone el motor en primera, nos echa una mirada, le veo los ojos grandes detrás de los anteojos, vuelve a mirar al frente, de repente se da vuelta y me clava los ojos.

—Oye —dice, con un aire bohemio que no logra disimular—, tú eres Ariel Dorfman, ¿no?

No le respondo, pero él insiste, está seguro de haberme identificado: me ha visto en la televisión, una foto en una revista.

—A ti sí que te tienen que estar buscando— agrega, con una alegría insana—. Te la deben tener jurada.

Yo miro de reojo a Alberto. Los dos habíamos esperado mayor anonimato.

—No creo que estén tan interesados en mí —contesto—. Yo sólo soy un escritor. No me meto en política.

—Por supuesto, claro que sí —dice el chofer—, ya nadie está metido en política. Pero anda tú a convencer a estos hijos de puta.

Recuerdo ahora, en ese auto, mi estúpida desazón por no haber logrado entrar en la lista prioritaria de la Junta. Ser distinguido por mi peligrosidad, reconocido por gente extraña; no es tan excitante

como me lo había imaginado. Siento a Alberto a mi lado ponerse un poco más rígido, pensando tal vez en su familia. Nos detenemos ante una señal de tránsito y es como si cada transeúnte nos estuviera mirando, amenazando. Un jeep lleno de soldados se para al lado del auto, escucho el rugido de ese motor cercano, uno de los reclutas me mira, se cruzan nuestros ojos, es como si él pudiera leer mis pensamientos. Se me ocurre que puede sacar el seguro de su metralleta y ponerse a disparar ahora mismo. Es como si me hubieran desnudado: si este hombre que nos está encaminando piensa que me andan buscando, si este hombre que representa de alguna manera la voz del ciudadano común y corriente piensa eso...

Mis temores se ven confirmados esa misma noche. Una cena tensa en casa de Alberto. Casi nadie dice nada en la mesa. Más tarde, me llevan a mi pieza: las hijas de Alberto me la han cedido para que la ocupe mientras tanto. Las paredes me dejan escuchar a Alberto y su mujer en su dormitorio, al lado, discutiendo mi situación. La esposa de Alberto ha estado enferma de preocupación. Con razón. Durante los últimos dos días no ha sabido si su marido está vivo o muerto, si lo han echado de la Universidad, si se ha quedado sin trabajo. Y ahora ha vuelto con un hombre que puede poner a la familia entera en peligro. Ayer, sólo ayer, y su voz sube en forma chillona, se llevaron a toda una familia, acá, en esta misma calle. Estaban escondiendo

a alguien. ¿Y Alberto en forma irresponsable ha traído a...? Alberto le pide que baje la voz, que por favor baje la voz. Ahora ya no los puedo oír, sólo susurros urgentes, el miedo de ella, el enojo de él.

Una hora más tarde, él me viene a visitar.

Antes de que me pueda decir ni una palabra, yo le digo:

—Es mejor que me vaya, mañana mismo.

—Te quedas. Le dije a mi mujer que te quedabas. Por el tiempo que quieras.

—Ella tiene razón —dije—. Yo también tendría miedo.

—Si todos los que tenemos miedo no hacemos nuestro deber, nos jodieron, ahí sí que nos jodieron, ahí sí que perdimos de verdad.

Al otro día, sin embargo, dejo el departamento.

La mujer de Alberto se queda en su habitación, no se despide. Las niñas me abrazan y me piden que me quede, cuándo vienes a vernos de nuevo, tío, nos encanta que nos visiten, promete que volverás, ¿ya? Les miento, les digo que pronto, que claro que voy a volver a verlos, mientras Alberto mira la escena, incómodo.

Y ahora, de nuevo, estoy en la calle, camino a un encuentro con un contacto del Partido que Alberto ha arreglado para ver quién me puede ayudar. Me siento como una valija. Alberto ha insistido en acompañarme.

Todavía escasea el transporte, así que tenemos que caminar. Pasamos por el centro de la ciudad y ambos nos dirigimos, casi automáticamente, sin explicitar por qué esta ruta y no otra, hacia La Moneda.

Allá, frente a las ruinas del Palacio Presidencial donde Allende ha muerto, la congoja por lo que nos ha pasado se convierte en rabia con una ferocidad tan súbita que no sé qué hacer con mis manos y mi cuerpo, temo que tanto odio me mate si no lo puedo exorcizar, tengo que purgarlo, tengo que estrangular lentamente, uno a uno, ahora mismo, a los hombres que han destruido nuestro país, nuestros sueños.

Es un ansia de venganza y de sangre que muy pronto, demasiado pronto, va a tener una oportunidad para cumplirse.

Continuamos por las calles desoladas de un Santiago que todavía sigue en pie de guerra y a unas cuatro cuadras de La Moneda, vemos un joven recluta echado en la calle, descansando su cabeza en una muralla derruida. Al principio, parece que estuviera muerto, un francotirador debe haberlo ultimado, pero no, el joven duerme, media cara en la sombra, la otra mitad al sol. Es probable que haya pasado la noche de guardia, dejó que su cabeza reposara contra la pared por unos instantes, se deslizó hacia el sueño, y helo aquí, apenas salido de la adolescencia, sus piernas inocentemente desparramadas sobre la vereda estrecha, la metralleta a sus pies.

Alberto y yo nos detenemos. Miramos al soldado, a su arma, intercambiamos una mirada.

No hay un alma en las cercanías. Ni un testigo. Un pensamiento me cruza la mente y, como en un espejo, puedo ver lo mismo que estoy pensando, reflejado en los ojos de Alberto. Sería fácil robar esa arma. Y si el hijo de puta del soldado despierta, muy simple: una bala y un asesino menos. ¿Querían guerra los huevones? Pues, se las vamos a dar.

Los dos vacilamos, nuestros ojos fascinados, fijos en ese soldado que duerme a menos de un metro de distancia, vacilamos por un par de segundos más como si nos encontráramos al borde de la eternidad.

Es lo que tardo en descartar aquella locura, es lo que tardo en contemplar cómo la idea desaparece simultáneamente de la cara de Alberto, como si estuviéramos sincronizados por algún reloj común, interno. Pasa otro instante y luego nos vamos, lo dejamos a él y a su arma, lo dejamos durmiendo en esa esquina. Esos breves segundos son importantes y proféticos en mi vida y en la vida del país, tal como lo fue ese igualmente breve momento cuando me volví de la barrera policial que impedía mi acceso a la muerte que me esperaba en La Moneda, la muerte que Taty me imaginó. Lo que tanto Alberto como yo hemos rechazado instintivamente es la lucha armada como método para hacer retornar la democracia a nuestro país. Al contemplar ese mínimo incidente en for-

ma retrospectiva, nuestra decisión puede entenderse como comprometiendo simbólicamente al resto de la nación, porque muchos otros chilenos tienen que haber estado interrogándose en ese mismo momento si había que responder a la violencia militar con nuestra propia violencia y lo que terminamos por hacer la gran mayoría fue establecer colectivamente la estrategia de resistencia pacífica a la dictadura que va a culminar, a los diecisiete años, con un retorno a la democracia.

En mi caso, aunque no me toma más que algunos segundos resolver ese dilema, es una estrategia arraigada en convicciones profundas acerca de mi identidad moral que llegué a descubrir trece años atrás, en marzo de 1960, cuando comencé mis estudios en el Pedagógico de la Universidad de Chile y me encontré en medio de una batalla campal con la policía por primera vez en mi vida. La sesión matutina de Literatura Comparada había enfocado peleas más abstrusas entre la autoridad y la represión, en cuanto diseccionábamos con excesivo celo académico una fábula de Kafka en que un cuervo picoteaba los pies de algún desafortunado narrador. La próxima clase se suspendió para que pudiéramos asistir a una ruidosa asamblea estudiantil donde se denunció el miserable estado de la educación pública y los bajos salarios percibidos por los profesores secundarios. El gobierno conservador, preocupado por controlar la inflación, había rehusado negociar con la FEDECH (La Federa-

ción de Educadores de Chile) y se estaba llamando a un paro laboral, creo que para la semana siguiente. Una moción de que nos solidarizáramos con esa lucha interrumpiendo de inmediato nuestras actividades en la Facultad fue seguida de otra que, por aclamación, aprobaba salir en ese mismo momento a protestar, una salida-relámpago a las calles circundantes para que el presidente Jorge Alessandri, sus ministros derechistas y sus asesores norteamericanos, supieran que los estudiantes, por lo menos, no íbamos a dejarlos en paz. Me uní a la multitud enfervorizada que marchaba y cantaba por la avenida Macul, imprecando a los árboles y entregando a los escasos transeúntes algunas hojas rápidamente improvisadas en que se detallaba la precaria situación del profesorado. Yo mismo sentí cierta desconfianza en expresar demasiada solidaridad con los maestros secundarios que hacía sólo un par de meses, en mi propio colegio, había considerado como mortales enemigos cuya principal tarea parecía ser aburrir a los alumnos más que educarlos, pero en poco tiempo mi escepticismo fue barrido por la alegría de los pacíficos manifestantes. Pacíficos, de hecho, hasta que llegó la policía y la orden de dispersión, y como mostramos poco interés en obedecer, arrestaron a un par de nuestros líderes y les dieron unos cuantos golpes aunque la verdad es que no fue una paliza excesivamente brutal, más bien como si los estuvieran empujando, aguijoneando. Ésa

fue la primera ocasión en que vi en acción a Freddy Taberna, un estudiante alto, flexible, con nariz aguileña, que se convertiría en uno de mis más queridos compinches; Freddy, al que elegiríamos Presidente del Pedagógico años más tarde con la consigna “Probado en la lucha callejera”; Freddy, cuyo cuerpo muerto nunca le fue devuelto a su esposa Jini cuando lo fusilaron en el Norte unos días después del golpe; Freddy, cuyo cuerpo estaba sumamente vivo entonces, frente a nosotros, gritándoles insultos a los *pacos*, casi bailando en torno a ellos. Vi a Freddy recibir un bastonazo en la espalda y era como si estuviera por caer y se mantuviera en pie y siguió desafiante y casi risueño y entonces un oficial dio la orden de lanzar gas lacrimógeno y todos nos replegamos por Macul, tosiendo y tratando de respirar, corrimos de vuelta hacia el santuario de la Universidad cuyo recinto, según nuestra costumbre latinoamericana de la autonomía, no podía ser violado por la fuerza policial. Nos paramos frente a sus augustas rejas de fierro, y ahí, envalentonados por la proximidad de ese recinto donde se preparaba la elite educacional de Chile decidimos volver a enfrentar a la policía; los vi arrastrar a una joven (en el recuerdo pienso que era Soledad Parada pero puede que eso haya sucedido en otra manifestación en otro enfrentamiento), la arrastraban por el pelo y yo sentí que afloraba una versión bastante más pálida de la rabia que me invadiría tantos años más tarde frente a las

murallas bombardeadas de La Moneda. A mi alrededor, los otros estudiantes buscaban piedras y dentro de poco el aire se llenó de proyectiles que, en su gran mayoría, no lograban su objetivo lejano. Por mi parte, me agaché y tomé en mis manos una piedra pequeña y redonda como una bola de béisbol y midiendo bien la distancia, la lancé, contemplando cómo viajó, chocando con un ruido seco y duro contra el escudo de un *paco* formidablemente grueso. A mi alrededor, todos dieron un grito celebratorio. La verdad es que, a diferencia de mis compañeros chilenos que eran magos futbolísticos para darle a la esférica que yo apenas controlaba torpemente, tenía yo, gracias a mi deporte yanqui del béisbol, un brazo entrenado para lanzar la pelota a gran distancia. Por cierto, era una contradicción cultural que yo es tuviese usando lo que aprendí durante mi infancia norteamericana para atacar a una fuerza policial entrenada y armada por los Estados Unidos de América, pero no era el momento para analizarla, ni tampoco para preguntarse cómo hubiese reaccionado el gran *catcher* norteamericano Yogi Berra, que se las daba también de filósofo, ante el hecho de que uno de sus fanáticos estuviese aplicando sus largamente estudiadas técnicas a la lucha callejera chilena.

Animado por mi inesperada popularidad, tiré al aire otra piedra y ésta le pasó rozando al mismo policía, a escasos centímetros de su cabeza. Otra serie

de vítores saludó mi proeza y tomé otra piedra entre mis manos y me preparé para que saliera en busca de su blanco y entonces... Entonces la dejé caer. Fueron las primeras dos piedras, y las últimas, que lancé en lo que iba a ser una larga carrera revolucionaria.

Intervino, entre la segunda piedra que había salido por los aires y la tercera que no quiso despedirse de mi mano, un temor, el temor de hacerle daño a otro ser humano en forma irreparable. En ese intervalo entre las dos acciones, algo en mí se había identificado con ese policía desconocido, me identifiqué no sólo con él sino con su mujer y sus hijos y su familia. Alguna certeza me murmuró que causándole dolor a él o a otra persona, cuando había una manera de evitarlo, me iba a transformar en un ser humano que me incomodaría, que no me gustaría ser. Creo que en esa mano que dejó caer la piedra algo muy visceralmente mío rechazó la violencia como un método, como una solución, como un modo de vida.

¿Quiere decir esto que en ese momento bautismal en la línea de fuego me vi repentinamente convertido al pacifismo, pronto a predicar la tolerancia a mis enardecidos compañeros universitarios? En absoluto. Como para casi todos los de mi generación, la revolución armada de Fidel Castro, la primera que en América latina había confrontado y derrotado militarmente a los gringos, fue durante muchos años nuestra piedra de toque, nuestra Meca, nuestra guía

para la hombría y virilidad que proclamábamos como una precondition automática e indispensable para la acción revolucionaria. Elogié los avances de Cuba en el campo de la educación, de la salud, de la igualdad racial, y también sus muchos excesos. Justifiqué su desastrosa exportación de la lucha armada al resto del continente. Admito hoy con un escalofrío que pensé que la forma en que Fidel ejecutó y exilió a sus opositores era absolutamente necesaria. O los matamos a ellos o ellos nos matan a nosotros, decía yo, como un eco de lo que había sido el argumento esgrimido desde la Revolución Francesa en adelante: es cosa de elegir, decía yo, diez millones de niños que se mueren de hambre o un par de burguesitos contrarrevolucionarios. No era la época para sutilezas. Ni tampoco, más tarde, dejé de apoyar a la guerrilla nicaragüense o salvadoreña o los luchadores de Eritrea o Sudáfrica.

Así que no estoy tratando de sugerir, treinta años después de la piedra que no se arrojó, que fui visitado por una epifanía a lo Gandhi en esa primera protesta callejera en 1960. Pero ese incidente sí señala mi preferencia más íntima y profunda por una revolución que tomará el poder sin matar a sus adversarios o a sus seguidores, para no ir más lejos.

Mi defensa de la violencia armada durante los años sesenta iba a ser entusiasta y vociferante, pero fue precisamente eso, una vociferación, una expresión oral, algo que mi boca evangelizaba sin que mi

cuerpo materializara en acción aquellas palabras. ¿Y qué pasaría si, para salvar al pueblo, salvar la revolución, terminar con el hambre de los niños, fuera necesario matar a un policía, a ese policía en particular? Ahí, ¿qué iba a pasar? Una pregunta que retornaría en discusiones de café y cábalas abrumadas de humo mientras comíamos y tomábamos a lo largo de los años sesenta, una pregunta que nunca tuve que contestar de veras, básicamente porque, por un mero accidente de la historia y de la geografía, mi padre había recalado finalmente en Chile cuando tuvo que huir de los Estados Unidos en la década anterior. Si los trabajadores chilenos, durante los cuarenta años previos no hubiesen estado elaborando la idea y la práctica de una revolución pacífica que Allende llegaría a encarnar, tal vez mi compromiso con la liberación de los pobres de América latina me hubiera llevado eventualmente, como tantos de mi generación en otros países del continente, a cerros y poblaciones callampas en donde, arma en mano, habría encontrado la muerte. Tuve la fortuna de toparme con uno de los escasos movimientos sociales masivos en el planeta que reconciliaba mi necesidad drástica de cambios estructurales extremos con mi deseo de que esos cambios se llevaran a cabo sin liquidar a los opositores.

Todas las revoluciones, hasta la victoria de la Unidad Popular en 1970, habían sido invariablemente violentas, concebidas con la premisa de que los cam-

bios drásticos en la sociedad y en la economía no podían verificarse sin primero derrotar la máquina militar a través de la cual la clase dominante aseguraba su monopolio de la riqueza y del poder, y tal derrota debía ser seguida, según la teoría, por una supremacía completa (algunos dirían total y totalitaria) de los órganos ejecutivo, legislativo y judicial del Estado, un imperio sobre los medios de comunicación y, eventualmente, todas las formas de propiedad. Ésta había sido la doctrina ortodoxa de la izquierda a partir de la Revolución Bolchevique, de hecho desde que la Comuna de París en 1870 —exactamente un siglo antes del triunfo en Chile— había sido ensalzada por Marx como un modelo exitoso de la coerción, la dictadura del proletariado a la que toda revolución que se preciaba de tal iba a tener que recurrir si quería conservar el poder. Sólo diez años antes de la elección de Allende la Revolución Cubana había probado que tales teorías podían verse realizadas, hechas realidad, en América latina. Allende creía, y con él la mayoría del pueblo chileno, que era posible, y en efecto deseable, que esos cambios se hicieran por medios democráticos, que uno no tenía para qué limitar las libertades fundamentales de los ciudadanos para terminar con las plagas del hambre, del desempleo, de los sin casa, de la explotación.

Los críticos de esta vía chilena al socialismo predijeron que tal estrategia estaba destinada al fra-

caso, que las clases dominantes jamás entregarían el poder en forma voluntaria, que todo terminaría en una masacre, mostrando la mismísima Comuna de París donde la contrarrevolución inauguró su restauración fusilando a miles de *communards*. La respuesta de Allende era que él no abrigaba ninguna ilusión respecto de las intenciones pacíficas de nuestros enemigos. Cuando vieran que la democracia que hasta ahora había defendido sus intereses ya no podía servirles, ellos conspirarían para destruir y vandalizar aquel proceso democrático, tratarían sin duda de subvertir a los militares. La teoría de la Unidad Popular estimaba que, al renunciar nosotros al terror como la partera de la historia, les quitaríamos a los derechistas la justificación de llevar a cabo su propio terror, aislándolos y, eventualmente, neutralizando su acción. Nuestra estrategia ponía el acento en la persuasión moral, postulando que era posible escapar de la espiral de la violencia y la contraviolencia que se habían alimentado mutuamente con voracidad durante todo el siglo veinte. Estábamos tratando de conservar no sólo nuestras propias manos limpias de sangre, sino también las de nuestros enemigos.

Digo nosotros, pero la verdad es que al comenzar el período allendista, yo mismo estaba lleno de dudas acerca de la factibilidad de una revolución a la chilena, con vino tinto y empanadas, como lo decía nuestro Presidente. Al final de esos tres años, ya me

había transformado en un devoto de esa transición al socialismo, en gran medida por haber presenciado cómo nuestro movimiento fue saboteado por una pequeña pero alborotadora minoría de la izquierda chilena, atiborrada de teorías librecas y dogmáticas que eran incapaces de entender la riqueza inédita de la realidad que estábamos viviendo. Sabiendo que Allende no los reprimiría, irresponsablemente aceleraron cambios sociales para forzar una resolución armada al conflicto. Su incesante movilización de los sectores más postergados de la sociedad, su indiscriminada “toma” de terrenos, industrias, campos, su presión constante para radicalizar el proceso revolucionario, todo esto, más una retórica chillona, terminó por alienar a las clases medias, esenciales para que triunfáramos, para que las Fuerzas Armadas siguieran de nuestro lado.

¿Pero acaso no había tenido razón la ultraizquierda?

Ahora que alguien como ese policía que le había dado un par de bastonazos a Freddy Taberna en 1960, bajaba la escalera que conducía a un sótano en 1973 para torturar a alguien como Freddy, ahora que los hombres armados a los que no había querido lastimar en los años sesenta nos estaban disparando, ahora que nos infligían la violencia que nosotros nos habíamos negado a infligirles a ellos, ¿seguía pensando yo que era cosa de poner la otra mejilla? ¿Seguía pensan-

do que no se justificaba lanzarles siquiera una piedra? ¿Iba a dejar el arma en las manos de ese recluta que, al despertar, apretaría el gatillo sin pensarlo dos veces? ¿Todavía creía yo que la violencia no era una solución?

Esa creencia se puso a prueba aquel día frente al soldado que dormía.

Por un instante, yo había dejado de ser la víctima. Tal como algún poder que yo desconocía me había perdonado la vida, ahora me tocaba a mí ejercer ese dominio transitorio sobre la muerte, que me visitaba ahora bajo un disfraz enteramente diferente, mucho más salvaje y tentador. La fortuna me estaba brindando, ese 14 de septiembre de 1973, la posibilidad de ser el cazador en vez de la presa. Es cierto que fue un momento breve, brevísimo, pero es también cierto que la vida se acaba en un soplo, en un momento breve, es cierto que los dioses deciden si alguien vive o si alguien muere mientras duerme.

Ahí lo dejamos, Alberto y yo, mitad en el sol, mitad en la sombra, lo dejamos respirante y con vida, y seguimos nuestro camino.

Jamás supe su nombre.

9

EN QUE SE DESCUBRE LA MUERTE DURANTE EL MES DE SEPTIEMBRE DE 1973 EN SANTIAGO DE CHILE

Es tarde por la mañana del 14 de septiembre y por primera vez desde el golpe, estoy solo.

Me he despedido de Alberto, recibí la información por parte de nuestro contacto partidario de que Angélica me espera en un café de la plaza Ñuñoa, y es así como me hallo caminando por la avenida Eleodoro Yáñez hacia la cordillera, solo por primera vez con esta desolación, sin otro ser humano que me ayude a fingir que vamos a salir adelante, sin que tenga que ponerme una máscara de fortaleza revolucionaria. Me encuentro solo con esta violencia maligna que se le está imponiendo al país, y mientras camino puedo sentir que mi esperanza se va extinguiendo, drenando como una hemorragia, desangrándome. Y como si toda la furia y la rabia de Chile fuera llenando ese vacío que deja la esperanza que se va yendo y no hay nada, ni adentro ni afuera, que pueda responder a esa desesperación por nuestro Presidente muerto, nuestro país que también se muere, ni siquiera las lágrimas. Es como si mi corazón se hubiera secado:

soy un hombre hueco, a la deriva, alguien que no sabe quién es ni qué hacer con su vida.

En este momento, cuando estoy más perdido, en la mitad del camino de mi vida, a los treinta y un años de edad, es que veo a ese hombre.

De hecho, él me ve antes.

Me ve cuando cruzo la calle, él me lee la cara en ese momento en que cruzo la calle, entiende todo lo que siento en ese momento, y cuando doy vuelta la cara hacia él, en aquel instante fugaz que ninguna cámara podría capturar, ningún espía podría registrar, cuando su cuerpo pasa al lado de mi cuerpo, ese hombre, un trabajador chileno, bronceado, de estatura baja, musculoso, determinado, digno, a quien nunca he visto antes y a quien no reconocería hoy, ese hombre me cierra el ojo izquierdo, y entonces ya no lo veo más, no lo sigo con mi mirada, desaparece como si nunca hubiera existido.

Me cerró el ojo. Nada más que eso. Pero ese guiño me lo dijo todo. Me dijo: “No es para tanto, compañero. Las cosas no son nunca tan terribles, compañero”. Me decía: “Vamos a salir adelante”. Me decía, creí que me decía: “No está tan solo como piensa”.

Y algo más leo en ese gesto, algo más interpretado de su fugaz presencia: que podíamos comunicarnos aunque los soldados patrullaran las calles. Lo que él hacía con ese abrir y cerrar de ojo era la predicción de cómo comenzaríamos a reconstruir el país

que se nos estaba robando, una guiñada y otra más, de a poco, bajo la vigilancia de sus botas y de sus armas. Pero lo que ese mensaje me decía, sobre todo, era que él me reconocía, que yo le pertenecía, a él y al país y al movimiento, que hablábamos el mismo lenguaje y ese lenguaje no era el castellano y por cierto que no era el inglés, sino que era el lenguaje silencioso de la solidaridad, el gesto de un hombre que no había perdido la esperanza hacia otro que estaba a punto de perderla. Era una bienvenida, pensé, un ademán de complicidad que me aseguraba que había dejado yo de ser un forastero y que era, por fin, un *compañero*.

Cuando yo escribía estas memorias en inglés, me di cuenta de que no existe en ese idioma ninguna palabra equivalente. Busqué todas las posibilidades, *soul mate*, *buddy*, *friend*, *comrade*, y ninguna servía. No se trata tan solo de que estas palabras en inglés —e incluso *companion*, que viene de la misma raíz— no contienen el escondido matiz de pan, un compañero es alguien que comparte el pan contigo, que se hace hermano al partir ese pan. Pienso que los pueblos hispanohablantes se apropiaron de esa palabra, la diferenciaron de la más partidaria y restringida *camarada*, sintieron la necesidad de una forma más democrática de dirigirse a otro ser humano que señalara su igualdad, el modo en que dentro del pan que comparten se agita un acto de compartir mucho más, de marchar juntos hacia una sociedad donde todo se comparte, de

aceptar que hay riesgos en esa marcha. Esa resonancia cultural e histórica falta en el idioma inglés.

Si ese hombre pudo mandarme un mensaje de esperanza con un gesto como ése, fue porque habíamos acordado, en forma invisible y sin que jamás nos hubiéramos visto antes, un pacto entre los dos en que participaban también miles y quizá millones de otros *compañeros*, todos buscando justicia y libertad. Ése es el pacto que ahora los militares intentan destruir.

Ese pacto va a ser puesto a prueba por la represión y también por el exilio. Habrá momentos en el futuro cuando recuerde ese ojo que se cierra y luego se abre, cuando construya la fantasía de que quizás ese obrero ya sabía que yo me estaba yendo, de que en vez de darme la bienvenida, me estaba despidiendo, de que su gesto minúsculo estaba destinado a darme ánimo cuando la desesperanza que me asoló en esa calle de Santiago el 14 de septiembre de 1973 parezca insignificante comparada con el abismo de distancia y culpa y horror que el destierro traerá consigo al ver desde lejos a hombres como este remoto compañero mío, humillados día tras día. Será en esos momentos cuando mitificaré aún más esa guiñada de ojo, diciéndome que ese hombre anónimo contaba con que yo le fuera leal tal como yo había contado con él ese día en que la desazón me ganó la cara, cuando él me dijo tan calladamente que yo era parte de la historia y del lenguaje compartido de Chile y me reafirmó

la decisión que yo ya había tomado de no abandonar nunca esta tierra mía.

Es una decisión con la que nadie está de acuerdo. Angélica me advierte que mi madre ha recibido dos amenazas por teléfono, una voz masculina al otro lado de la línea gozando con su miedo: “despídase de ese hijo de puta concha de su madre marxista, porque ahora sí que a ese judío de mierda lo vamos a cagar”. Así que no parece una idea brillante volver al hogar paterno. Ni menos a nuestra propia casa, donde Angélica ha comenzado a quemar papeles de todo tipo, desde posters del Che Guevara hasta notas de reuniones de partido y un sinnúmero de documentos políticos, a mí que me gusta conservar cada pedacito de cada cuaderno en que hay algo escrito, a mí que eso me ha parecido una manera de burlar el paso del tiempo y el olvido anticipado de la historia, todo se está haciendo humo, reuniéndose con la densa y gris humareda que comienza a cubrir el cielo de Santiago en forma sospechosa. En esta primavera calurosa funcionan miles de mínimas fogatas en miles de chimeneas, tantos hombres y mujeres orgullosos haciendo cenizas las palabras de la Revolución de Allende. Una manera de juntarnos en el aire, juntar en el aire lo que la tierra nos niega, esa reunión.

De esa conflagración, Angélica ha podido rescatar mis manuscritos y no le pregunto por qué, no quiero que ella me tenga que decir que éste es un paso

necesario si vamos a abandonar el país, un paso hacia la admisión de que nunca más vamos a dormir en nuestro bungalow ni ver florecer la buganvilia bajo la ventana ni escuchar los mismos pájaros buscando agua bajo los mismos árboles, que nunca más voy a sentarme a escribir en mi estudio.

Le pregunto otra cosa. ¿Adónde voy ahora?

Angélica ha tratado de armar un encuentro suyo con Abel, mi superior en la estructura del Partido. Él debe de tener alguna decisión respecto de mi situación. Mientras tanto, ella ha hecho arreglos para que me quede por unas pocas noches en casa de una amiga —llamémosla Catalina—, cuyos padres son de derecha y que se ha vuelto una simpatizante allendista solamente en estos últimos meses. Nadie pensaría que un fugitivo encontraría refugio en su departamento.

—¿Hay alguna noticia buena? —pregunto.

—Sí —dice Angélica, casi sorprendida—. Bueno, quién sabe si es buena o... Mira qué locura, recibiste una llamada del Instituto Cultural de Ñuñoa, recordándote que habías aceptado ser jurado para los premios literarios de 1973 y si pudieras mandarles una lista de tus candidatos, para que la semana que viene ustedes se puedan reunir y votar.

La vida, por ende, sigue. Como un demente que se ahoga, me agarro de esta brizna trivial. Los organizadores de ese premio literario no piensan

que yo pueda ser peligroso, me están llamando como si nada hubiese ocurrido, ni golpe, ni persecución, ni nada. Tal vez sea el signo que estaba esperando, por ahí me dejan tranquilo. No le armo esta teoría a Angélica. Ella sólo me contestaría que puede que se trate de una celada, es posible que al otro lado de la línea telefónica un detective sonría, pensando que he caído en la trampa. Prefiero evitar este tipo de especulaciones con Angélica. Prefiero preguntarle:

—¿Qué les dijiste?

Y Angélica:

—Les dije que estabas en la playa, escribiendo una nueva novela y que ya les contestarías. —Se pone pensativa—. Es lo que le dije a Rodrigo.

—Y te creyó.

—Me parece que no. Él piensa que estás muerto.

—¿Él piensa que estoy muerto?

—No me lo ha dicho, pero es lo que piensa.

—Lo voy a llamar.

—Mejor que no, por ahora. El contacto del Partido sugirió que no llames a casa, que yo le diga a quien llame que no tengo la menor idea de dónde te encuentras, que hemos... que nos hemos... separado. Una desavenencia matrimonial, ¿no es cierto?

Esa noche, en el departamento de nuestra amiga Catalina, ponemos la televisión y uno de los agradables reportajes trata de la quema de libros

en el centro de Santiago. Cuarenta años después de Hitler, cuarenta años después de que sus seguidores nazis construyeran fogatas para consumir los textos degenerados que corrompían a la juventud alemana, los soldados chilenos vuelven a prender llamas y a alimentar ese fuego con libros. De pronto la cámara hace un zoom y ahí está, entre tantos otros textos mi propio libro, odiado por todos los derechistas de Chile, *Para leer al Pato Donald*. ¡Helo ahí, siendo devorado por las llamaradas inquisitoriales en vivo y en directo! Miro a Catalina y ella me evita los ojos y los dos debemos de estar pensando lo mismo: si hacen esto con el libro, qué no harían con las manos que escribieron ese libro y qué estarán haciendo en este mismo instante en todo Chile a quienes leyeron este libro y qué podrían hacerle al cuerpo de Catalina si encuentran mi cuerpo prófugo acá, en su hogar.

Dos días más tarde, Angélica viene a buscarme y nos encaminamos a la casa de un diplomático, un abogado paraguayo que es también escritor y que trabaja para la ONU. Nos detenemos a ver a otro amigo, Ángel Parra, hijo de la entrañable Violeta, gran cantante él también. Yo mismo había llamado a Ángel unos días atrás para instarlo a que buscara asilo en una embajada. Había salido, pero contestó Marta, su mujer, avisándome que Ángel rehusaba terminantemente irse de Chile. Ahora es ella la que nos recibe en la puerta, conmovida.

—Por Dios —susurra, en una voz ronca, baja—. Ándate, Ariel, ándate, ándate. Vinieron a buscarlo, se llevaron al Angelito, hace media hora. Los soldados se lo llevaron. Tengo que encontrar a alguien que lo salve, que pueda interceder para que no le... antes que le... —no quiso terminar la frase—. Ariel, te tienes que ir. Te tienes que asilar antes de que las embajadas se llenen.

El mismo consejo que yo quería darle a su marido, que él no había querido escuchar, que ahora mismo yo no quiero escuchar mientras huyo. Y dos días más tarde, en casa de nuestro amigo diplomático, tengo una conversación con corresponsales extranjeros que él ha reunido para que alguien que sepa inglés les informe sobre la situación y cuáles son los planes de la resistencia, y yo analizo la coyuntura política con una confianza que es más bien ilusoria (“Ellos creen que esto es Indonesia, una masacre como se perpetró en Djakarta; pero se van a encontrar con Vietnam”, es una de mis frases poco proféticas), y consigo más información de ellos que ellos de mí, confirmaron la muerte de Víctor Jara, otro amigo, en el Estadio Chile, y me dicen que ese recinto de seis mil personas se les hace chico a los militares y están abriendo uno más grande, el Nacional, donde caben muchos miles de prisioneros más. Y no obstante ignoro las señales, comienzo a sentirme invulnerable, como si la combinación insólita de fortuna y designio que me ha salvado la vida —un colega que se le ocurre cambiar de turno,

mi nombre que se borra de una lista, un personaje de dibujo animado que no me permitió llegar a esa cita con la muerte— fuera a repetirse para siempre. Sigo huyendo y la próxima vez que la veo, Angélica me avisa que, por absurdo que parezca, ella ha podido cobrar mi salario de la Universidad, y me sonrío y exhibo esta circunstancia como una prueba de que voy a poder retornar pronto a trabajar, pero ella también me avisa que en unas horas se encontrará con Abel y él me tendrá una decisión del Partido aunque ella intuye que no van a ser buenas las noticias.

Al día siguiente tengo que abandonar la casa del abogado paraguayo: la noche anterior, violando la inmunidad diplomática, un grupo de soldados allanó la residencia de otro funcionario de las Naciones Unidas.

Así que a huir de nuevo, como un fugitivo en un film de mala muerte, huyendo porque no quiero aceptar lo que me está sucediendo a mí o a mi país irreconocible huyendo hasta que finalmente tengo que absorber la información que Angélica me trae, ahí en el café Las Lanzas en la plaza Ñuñoa, las tazas de café chasqueando en mesa cercana, el mozo que grita que el maestro le prepare *un lomito palta sin mayo*, nuestros ojos lagrimeando, el humo de infinitos cigarrillos, dándome vuelta de pronto hacia la puerta para ver si entra alguien que me pueda identificar, huyendo de las palabras que ahora Angélica me entrega a su pesar: Abel se ha reunido con ella, la resistencia ha decidido que yo

debo dejar cuanto antes país, buscar refugio en una embajada. Mis *compañeros* han decidido que yo me vaya al exilio.

—No me voy a ir.

—No seas tonto. Está decidido. Ya escuchaste.

—Dile a Abel que yo lo quiero ver. Dile que quiero una segunda opinión.

Una segunda opinión. Como si uno estuviera enfermo, como si un doctor diferente pudiera llegar a un diagnóstico diferente, como si la Junta me hubiera contaminado con su lenguaje seudomédico, su pronóstico del país como un paciente que necesita una operación, al que hay que separar de su cáncer para que viva, cortar un miembro para que el cuerpo se salve, como si la segunda opinión de quien fuera podría decidir que no, que no eres un cáncer, no hay para qué extirparte, no necesitas dejar Chile.

Angélica asiente. Es riesgoso para ella, un riesgo aún mayor para Abel, una locura en mi caso, pero consiente en llevar mi mensaje. Sabe que estoy fingiendo que puedo elegir, ella sabe que no puedo sobrevivir mucho tiempo más cambiándome de casa en casa, ella sabe que eventualmente voy a aceptar mi destino; pero también sabe que en los años que vienen necesitaré decirme —y decirles a otros, tal como ahora se lo escribo a mis lectores— que a mí me forzaron a irme de Chile, convencerme de que no soy un cobarde.

Angélica hace un último intento:

—No eres inmortal, sabes —dice.

No hay nada que pueda contestarle.

Dos días después, no obstante, descubro cuán verdaderamente mortal soy. Me encuentro en un auto en el que una mujer que jamás he visto me conduce a mi próximo refugio. Ella es parte de una red informal de solidaridad que ha aparecido como por generación espontánea en todo el país, gente que está dispuesta a perder la vida para proteger a los perseguidos por la Junta. No me dice su nombre verdadero —hay cosas que es mejor no saber—, pero muchos años más tarde, cuando escriba *La Muerte y la Doncella*, haré que Paulina, mi protagonista, lleve a cabo esta actividad solidaria en los meses que siguen al golpe. Es un pequeño homenaje a la mujer anónima que me salvó, aunque también espero que ella nunca haya tenido que pasar por la experiencia de violación y tortura que vivió Paulina.

La mujer cuyo nombre no quiero averiguar me informa que su hijo, que estudia en la Universidad Católica, tiene un compañero de estudios, llamémoslo Esteban, que cursa primer año de psicología. Esteban es el perfecto colaborador para la resistencia, un allendista decidido del que no sospecharán las autoridades universitarias ni comunales, puesto que una enfermedad fulminante lo ha debilitado durante los últimos meses y lo empujó a retirarse de la política. El padre de Esteban —creo que era un trabajador tex-

til— ha ofrecido su hogar para los días que tardará en armar el encuentro con Abel donde se discutirá mi negativa a partir.

—Así que no vamos a tener problemas, ¿no?

—Probablemente no—viene su respuesta.

Empiezo a sentir una tensión que monta por mi estómago a medida que nos adentramos en la zona industrial de Santiago y esa tensión se me hace un nudo cuando nuestro auto deja el camino principal que lleva a Maipú se pone a andar por calles menos importantes, atravesando un típico barrio popular donde se alternan humildes bloques de departamentos con casitas con pequeños antejardines. Me siento agudamente consciente de mi cuerpo. Mis ojos verdes, mis anteojos a lo Woody Allen, mi metro ochenta y tantos, mi nariz judía, mi pelo rubio-castaño mi piel blanca, mis gestos, todo me hace conspicuo en este lugar. El auto se detiene frente a una residencia de un solo piso, modesta y compacta. Cuando salgo de mi asiento, puedo sentir que un par de ojos me miran, que alguien me mira. Unos niños están jugando al fútbol calle abajo. Uno de ellos dispara la pelota de trapo con fuerza y me cae cerca. La miro, me acerco a ella, la pateo con vigor y casi de inmediato me doy una patada de otro tipo, mental, preguntándome si acaso este acto no ha concentrado en mi persona la atención del vecindario. Claro que ignorar la pelota hubiera resultado una conducta aún más desconcertante.

Una vieja se materializa en el umbral de su casa, me mira a mí, al auto, a la mujer vestida a la última moda. La vieja no dice una palabra, se queda ahí como una maliciosa estatua de piedra contemplando a Esteban que ha salido a darnos una bienvenida calurosa, contemplando sin decir una palabra cómo Esteban le da un beso de despedida en la mejilla a la mujer que me ha conducido hasta acá, contemplando, esa anciana, mi figura que entra a la casa de Esteban. En este barrio, no hay secretos.

Al poco rato, el sentido del humor de la familia me aquieta los temores, su coraje tan simple, como si desastres como este golpe les sucedieran todos los días. Comemos una cena rápida y bien sazonada, y cuando oscurece, Esteban me lleva a un patio trasero ocupado, en su mayor parte, por un pequeño jardín de hortalizas y una cabinita de madera. Cuando se convirtió en el primer miembro de su familia en llegar a la universidad, el padre de Esteban le construyó este espacio privado para que pudiera estudiar. Hay una cama estrecha, una mesa que sirve de escritorio y libros que llenan dos paredes. Una ventana con cortinas gruesas mira hacia el patio.

Esteban me pasa una linterna, me pide que por favor, dentro de lo posible, no prenda las luces durante la noche. Y que me quede muy callado durante las horas del día.

—Si vienen los milicos —me dice— van a venir más que seguro de noche. Tendrías que escaparte por esta muralla.

Comienza a hacer un mapa. La casa, la calle, la calle de atrás, una estación de nafta que queda cerca, una iglesia, puedo confiar en el cura, hay que tener cuidado con un fascista que vive en esta calle. La estación tiene un teléfono público pero si hay toque de queda...

—De todos modos —repite— le puedes tener confianza al cura. Y si nos dejan tranquilos acá, siempre puedes volver. Me pregunta si he comprendido y yo le digo mecánicamente que sí y sale de la cabinita, dejándome solo.

La verdad es que no comprendo nada de lo que me dijo. Miro el mapa como si fuera un jeroglífico. Es un diagrama que, para mí, no tiene pies ni cabeza. Mientras hablaba y dibujaba flechas y apuntaba en una dirección y en otra y qué calles usar y qué calles evitar, lo único que sí me vino a la cabeza, implacablemente, era que estaba jodido.

Cada noche desde el golpe que he dormido fuera de mi propio hogar, siempre se me ha ocurrido alguna justificación, por disparatada que sea, podría inventar alguna razón si me llegaran a preguntar. ¿Pero aquí? ¿Qué hacía yo aquí? En la casa de un trabajador textil, perdido en un barrio marginal de Santiago al que nunca hubiera ido en circunstancias normales.

En esa cabinita, finalmente, el miedo que me ha eludido durante los últimos diez días se me vuelca, se me derrama como una mancha, acá adentro, un miedo que nunca he sentido en mi vida. Un miedo de verdad, de esos que te revuelven el estómago y me grita que tengo que irme de acá antes de que sea demasiado tarde. Me van a hacer lo que le hicieron ya a Claudio Gimeno, lo que le están haciendo a tantos compañeros, un oficial se me va a aproximar y no lo va a hacer en mi imaginación, va a suceder frente a mí, le va a suceder a la realidad de mi propio cuerpo.

Al caer el toque de queda, me siento como un naufrago en esta noche, en este lugar. Soy más vulnerable que mis anfitriones. Si a un comandante militar se le ocurriera allanar la población esta precisa noche, si mi extraordinaria suerte desapareciera, las mismas condiciones que me ayudarían a sobrevivir en mi propio ambiente —mi apariencia física y racial, mis contactos, mi lenguaje mismo serían los que me condenaran en este sitio. Se me castigaría justamente por haberme salido de las fronteras y de los privilegios de clase que se han creado en torno a una vida como la mía, justamente porque yo los ignoré y transgredí.

Y puede ser que por eso, al lado del miedo, quizá dentro de ese miedo, sin que logre disolverlo ni enmascararlo, siento que se ha cumplido exitosamente el plan de mi vida: es la manera en que la gente común de este país que ahora llamo mío ha vivido

siempre, cada día, cada noche, lo que la gran mayoría del planeta confronta como su experiencia cotidiana. Sin un padre al que recurrir, sin conexiones internacionales, sin un segundo idioma para darles amparo, sin una piel blanca que advierta a sus enemigos que vayan con cuidado. Sin palabras grandilocuentes o elegantes para detener a la muerte. La violencia de la miseria, la violencia de la malnutrición, la violencia de la ignorancia, y si osaran rebelarse, la violencia de la policía y el Ejército, es algo que esos seres humanos no pueden evitar, ésta es su vida.

¿No es esto precisamente lo que he buscado y deseado desde los lejanos días de los años sesenta cuando por primera vez vislumbré la posibilidad de una revolución? ¿No he estado tratando de alcanzar esto durante la última década? ¿Fundirme, aunque fuera de manera breve, con la clase obrera de Chile, entrar con tanta profundidad en mi existencia que terminara compartiendo su destino?

La distancia que me ha corroído la vida, aquella soledad, ha desaparecido. Mi relación con los pobres y los humillados ya no era reversible, ya no dependía, por lo menos por el momento, de que la eligiera o dejara de elegir. Mi vida es una lotería, y ahora hay un extraño consuelo en el hecho de que es imposible escapar o seguir huyendo, un extraño alivio, este conocimiento de que finalmente mi cuerpo había sido leal a mi sueño de un mundo en el que se aboliera el su-

frimiento, de que estaba dispuesto a arriesgar las consecuencias de haberme rebelado contra la injusticia. La revolución me ha traído a este barrio, a este posible desenlace, y aquí, solo con mi propia muerte, me siento íntegro y completo y real como nunca me sentí antes y como nunca me sentiré después.

Estoy en el lugar que me corresponde.

No tengo pesadillas esa noche. Me duermo y despierto de cuando en cuando y escucho los remotos ladridos de los perros y a lo lejos un tiroteo esporádico, y me pregunto si el ruido de un vehículo, un camión, va a perturbar el silencio, si los gritos de la soldadesca habrán de quebrar la tranquilidad del amanecer, si acaso tardará mucho en llegar la luz del día. Pero el miedo ya amainó. Estoy listo para enfrentar el día que viene y lo que traiga y la conversación en la que le diga a Abel, mi contacto partidario, que nada puede hacerme dejar este país que ahora sí que puedo llamar mío.

No es así, sin embargo, como las cosas se van a dar. Una revelación diferente me espera a la mañana siguiente.

Con la luz del día empiezo a explorar la biblioteca de Esteban y descubro, junto con mi propio ensayo sobre el Pato Donald, centenares de otros volúmenes, especialmente los libros accesibles y baratos que publicamos en Quimantú, la Casa Editorial del Estado, que han sido adquiridos por millones de chilenos, rebasando las librerías de elite y vendiéndose en los

quioscos de diarios. En dos años y medio, se han producido y distribuido más libros que en todos los ciento sesenta años previos de historia independiente chilena. Me ha tocado jugar un pequeño papel en esta extraordinaria cruzada cultural. Dos veces por semana, en reuniones de la editorial, junto a otros consultores, ayudábamos a seleccionar los textos literarios, filosóficos y políticos que han llegado masivamente a las manos de un público ávido de lectura. Sabía yo, por cierto, que los libros se estaban vendiendo bien. Bastaban las estadísticas para probarlo. Y había encontrado en muchas ocasiones durante los mil días de Allende, a obreros, estudiantes, amas de casa, que tenían ejemplares de nuestra colección, Dostoievski y Cortázar y Esquilo y cuentos latinoamericanos y Bolívar y Balzac.

Hallar estos libros acá, sin embargo, en esta cabina, y junto a ellos, el mío, encontrármelos justo ahora, en medio de la derrota, cobraba un significado diferente. Yo había echado mis palabras a la realidad como quien lanza botellas en un mar desconocido, y si era verdad que esas palabras o que los libros no podían protegerme de la muerte y de la tortura, tampoco podía negarse que esos libros existían, se los estaba leyendo, y mañana seguirían en éste y otros lugares; era innegable que lo que se había leído y pensado y nutrido adentro no iba a ser borrado tan ligeramente. Angélica me había contado, en nuestra últi-

ma reunión, que un día Rodrigo había comenzado a cantar, cuando caminaban a tomar el bus, el himno de la Unidad Popular, “Venceremos, venceremos”, cantó, “la miseria sabremos vencer”. Ella le había dicho que no cantara más, que nunca volviera a cantar esa canción, y él se había rehusado: “Esas canciones me gustan”. Entonces ella se agachó a su lado, y le tomó los hombros y le subió el mentón de manera que él tuviera que mirarla, directamente, los ojos de ella y los ojos de él, y había procedido a contarle a nuestro hijo de seis años que si cantaba esa canción o cualquier otra canción que habíamos cantado por las calles, los soldados iban a venir y matarían a su papá. ¿Entendía? Durante un largo rato, Rodrigo no respondió. Angélica no tenía apuro. Entonces Rodrigo dijo: “Pero si las canto en mi cabeza, nadie lo puede saber”. Estaba anticipando él, frente a su madre afligida, lo que yo descubriría unos días más tarde en esa cabina atestada de libros. Era así como la resistencia crecería, éste era el modo en que el pasado persistiría: las palabras y las proezas con que habíamos alimentado el mundo ayer no iban a ser eliminadas así como así de la Tierra.

Y si esos libros me revelaban el significado de una vida que no tenía en mi propio yo limitado ni su comienzo ni su fin sino que iba más allá, resonando hacia una vasta comunidad, los mismos libros me recordaban que no era posible esconder lo que yo era de verdad: un intelectual, un hombre que escribe, al-

guien que vive para brindar palabras y cuentos a sus semejantes. Los libros me estaban diciendo que no podía encubrir la existencia de ese pasado, aparentar otra identidad. Mis libros —los que escribía y los que ayudé a publicar— tenían su lugar natural en esa cabina, en ese barrio. En cambio, si yo me quedaba en la casa, terminaría haciendo peligrar a la generosa familia que me había ofrecido asilo.

Es un signo de que, después de todo, tal vez sea necesario que yo deje el país.

De manera que, al otro día, estoy confundido, lleno de deseos contradictorios y señales que no sé cómo interpretar, no sé qué hacer cuando toco a la casa del departamento donde Abel debe encontrarme, no sé qué va a pasar ahora que Abel ha abierto la puerta, ahora que yo paso el umbral.

Es un departamento de clase media, sin nada que lo distinga de tantas otras residencias parecidas, salvo que los postigos están cerrados. Abel parece sentirse a sus anchas acá. ¿Quién se lo habrá prestado? ¿Parientes? ¿Amigos? ¿Simpatizantes? Es mejor no saberlo. Mejor no observar ni un detalle. Olvidar todo lo que ves, tal como ya he olvidado, espero que lo haya hecho, dónde está localizado el departamento. Lo que no sabes nadie te lo puede extraer, ni te puede hacer confesar. La dictadura ya nos está convirtiendo en amnésicos instantáneos, nos fuerza a deslizarnos por la existencia como si nos hubieran cubierto

los ojos, mientras que nos pide, imposiblemente, que observemos y registremos con atención todo lo que nos sucede, la única manera de sobrevivir es mirar y entender todo, cada detalle es esencial para esquivar la muerte. Al sentarme en el sillón que Abel me ofrece, no puedo dejar de fijarme en el retrato de un oficial naval que nos contempla severamente desde la muralla. Soy como uno de esos adolescentes que va a hacer el amor por primera vez y la mujer madura y adulta que se está desnudando le pide que aparte los ojos, me siento atraído por lo que se prohíbe, no puedo evitar mi silenciosa pregunta insistente, ¿acaso esto significa que la resistencia tiene gente infiltrada en la Armada, podría ser ésta la casa de un almirante?, y antes de que siga buscando signos que confirmen o refuten mi conjetura, yo mismo detengo mis pensamientos, trato de concentrarme en Abel, en este encuentro con Abel que tanto he temido.

—Espero que te des cuenta —Abel comienza de una manera poco propicia— de que esta reunión es peligrosa para los dos.

—Me doy cuenta. Lo siento, pero no podía aceptar la orden del Partido de asilarme. Por eso pedí una segunda opinión.

—Bueno, la segunda opinión es que salgas del país cuanto antes, antes de que sea demasiado tarde. Y la tercera opinión va a ser la misma y la cuarta y todas las opiniones del universo. Mírate. Por Dios, mírate en el

espejo. ¿Dónde te esconderíamos? ¿Y para qué nos servirías clandestino? ¿De veras crees que haces falta acá?

—Sí —le digo.

—No —responde Abel—. Tú eres el que necesitas quedarte. Tú eres el que quiere quedarse para escribir la gran novela de la Revolución Chilena. Es por eso que te quieres quedar, ¿no?

¿Cómo explicarle a Abel en diez minutos la historia de mis ancestros errantes que han escapado durante dos mil años, cómo decirle que es hora de detener ese movimiento perpetuo, basta ya de mudar de países y de idiomas, cómo contarle que repudié el castellano y la América latina en un hospital de Manhattan cuando la mayoría de los niños estaba aprendiendo a balbucear los nombres de las frutas y las flores, que la historia me forzó a trasladarme a este continente que me ha seducido, que un hombre me cerró el ojo en una calle, que mis libros están en esa cabina, que he vagado por la tierra y que ahora no puedo partir? Cómo decírselo cuando a pocos metros el país está siendo asolado, cuando el Presidente ha muerto, cuando Abel mira su reloj y los dos notamos que quedan tres horas para el toque de queda, tres horas hasta que el sol se ponga sobre Santiago de Chile y entonces la ciudad les pertenecerá a los soldados con sus jeeps y sus perros y sus ametralladoras, el resto de la población atrapado en sus casas, escuchando los tiros

lejanos, escuchando a las patrullas que se acercan, esperando el sonido de frenos y botas y órdenes a todo grito, rezando para que ese sonido pase y no se detenga, esta vez no, esta vez nos salvamos, en esta ciudad hay alguien igual a mí que oye cómo allanan a su vecino, escucha su llanto, escucha su corazón aliviado, el horror de ese alivio, el horror de saber que uno siente alivio porque a otro se lo están llevando, cómo hacer que Abel sienta como suya mi tragedia si él es quien va a quedarse y yo soy el que parto, si tiene razón al decir que quiero permanecer acá —entre tantas otras razones— porque no tolero la idea de ser excluido de este país, de no ser el que presencie y transmita su historia por medio de mis palabras, de que me perturba estar perdiendo la oportunidad de hacerme definitiva y totalmente chileno, chileno para siempre, perdiendo la oportunidad de escribirme país adentro, inscribir al país en mi interior para que seamos una unidad.

Abel tiene la ventaja y no me la cede.

—Es ahí donde haces falta —prosigue—, allá, afuera. Piensa en lo que necesitamos nosotros, no en tus necesidades.

Claro que tiene razón. No hay cómo discutir la fría lógica de sus palabras. Si es cierto que pertenezco al pueblo chileno, voy a tener que probarlo poniéndome al servicio de su causa y no compartiendo su muerte.

Abel debe ver el dolor que me invade la mirada ahora que la decisión está tomada. Debe ver algo golpeado y anciano en mis ojos, porque ahora me habla como si pudiera leerme los pensamientos, como si conociera la historia de esta vida mía que nunca le he contado a él, que nunca le he contado a nadie.

Me abraza, se despide, me susurra en el oído:

—Vive por todos nosotros.

Y entonces, sin soltarme, su voz baja aún más, se suaviza y calla hasta el punto de que no sé si es él quien dice esas palabras o si yo las imagino:

—Si de veras quieres a Chile.. .

Si de veras yo quiero a Chile... voy a ser capaz de sobrevivir el exilio, voy a ser capaz de seguir identificándome más profundamente con este país aunque mi viaje hacia su centro haya sido interrumpido, aunque las fuentes que me han nutrido estén lejos y lejos el lenguaje y los conciudadanos y la lucha y las uvas y el mar, todo lejos, lejano, intocable, como si esto mismo que estoy viviendo en este momento fuera ya irreal. La sonrisa sabia de Abel y sus cejas y su abrazo y este departamento con el incongruente retrato de un almirante, ya todo comienza a retroceder hacia mi memoria, todo esto ya es un paisaje de sueño, palabras que mi mente va a recordar cuando las cosas se vuelvan duras y distantes, meras memorias que no voy a poder tener entre mis manos o escuchar, susurradas

suaves en mis oídos, las palabras sagaces y solidarias de Abel que no me pueden salvar, porque nada me puede salvar de lo que está a punto de sucederme ahora que debo enfrentar un temor más profundo que la muerte, el temor de que nunca regresaré a este país que he llegado a amar.

11

EN QUE SE DESCUBRE LA MUERTE EN LAS AFUERAS DE UNA EMBAJADA EN SANTIAGO DE CHILE EN EL AÑO 1973

Es tarde en septiembre.

Te has despedido de mí, mi amor, y ahora bajas las escaleras. Pronto se escuchará el portón de la embajada que se cierra, tu figura pequeña va a pasar la reja y luego cruzarás la calle. Es ahí donde se acercan los dos hombres para hablarte. La conversación apenas dura lo que tarda en prenderse un cigarrillo en la mano del más bajo. El otro te mira a los ojos, que deben de estar sorprendidos y distantes. Luego te invitan a subir al auto. Uno de ellos te toma el brazo, pero lo hace con gentileza y discreción. El motor está andando con un lento ronroneo satisfecho, pero no partirán. Ahora se suben, en la parte de atrás, tú y el hombre más bajo con su chaqueta a cuadros, y adelante el de hombros decisivos, que contrastan con su bigote modesto de profesor primario, sus labios chupados. No se te podrá observar. Sólo, de repente, tu mano que acepta un cigarrillo y que después vuelve a encopar la fugaz luz del encendedor. Sólo en una ocasión la otra mano tuya que se pasea por el respaldo del asiento

delantero, el brillo del anillo matrimonial, una ligera duda en los dedos. El hombre sentado adelante, junto al puesto vacío del chofer, es el que más preguntas hará. A él sí se lo puede observar, porque el auto está parqueado de cara a la embajada. Ahora, con la mano izquierda detiene el motor del auto y se guarda las llaves. Eso significa que no está en sus planes partir inmediatamente. Estará semirrecostado contra la puerta, la pierna alzada, el zapato encima de los cojines, los dedos entrelazados a la altura de la rodilla.

De vez en cuando se rasca sin mayor pasión el sector de la piel que queda comprimido debajo del calcetín. No tendrán apuro. Pasarán niños en bicicleta llamándose por los nombres que su papá y su mamá eligieron hace muchos años, atravesarán ese espacio de primavera tan calurosa que parece estío, el cartero trayendo noticias y avisos y tal vez cartas de amores perdidos, madres que aprovechan el frescor matutino para enseñar a sus hijitos a sostenerse en dos patas, a caminar en vez de hincarse o gatear. Ahora un pájaro se posa en el tibio techo del auto y, sin cantar, se echa a volar enflechecido. Quizás, dentro del vehículo, tú hayas reparado en esa leve presencia y ausencia, como una hoja que cae de un árbol un poco tardíamente, a destiempo, hayas intuido las alas que se desplegaban. Transitará por ahí un viejo matrimonio con carrito para hacer las compras, y una hora más tarde volverán atiborrados de mercaderías. Ustedes seguirán ahí. El

hombre extrae una libreta del bolsillo de su chaqueta, y un lápiz. Te los pasa. Durante una breve ola de tiempo se observa tu mano recibiendo el lápiz, la libreta.

Enseguida, como si no estuvieras de verdad en la parte trasera del auto, desaparece esa extensión de tu cuerpo y no se ve nada más. El hombre tira el llavero al aire y lo captura sin problemas. Se sonríe. Te apunta con una llave y te hace lo que debe ser una pregunta. No se puede saber qué has respondido. Ningún transeúnte vacila cuando sus zapatos pasan cerca del auto, nadie mira hacia adentro. Una mendiga husmea por ahí, con su manada de chiquillos descosidos y andrajosos, se acercará a solicitar una limosna, y luego se alejará, comprendiendo a medias o sin querer comprender.

Ahora se abre la ventanilla y aparece la cabeza morena del hombre más bajo, el que está a tu lado. Ha dormido poco y mal: está ojeroso y sus rasgos algo alicaídos, casi paspados. Pestañea con la luz tan implacable. Luego dirige su mirada hacia la embajada durante un tiempo, revisando las ventanas para ver si hay alguien que esté registrando la escena, alguien que desde atrás de las cortinas semicerradas tratará de grabarse cada movimiento, cada gesto. Se está así un buen rato, fijo, como si pudiera adivinar lo que sucede más allá de los muros de la embajada. Extrae un pañuelo y se lo estruja por la frente, se limpia el sudor de la cara. Necesita afeitarse, necesita llegar a su hogar para afeitarse. Quizá toda la noche mientras

esperaba ha pensado en un buen baño de inmersión. Los motes de luz bailan frente a sus párpados pesados. La brisa ya se está durmiendo lentamente en el calor. Cuando se baja del auto, el sol se le derrama por el cuerpo. Volverá a subirse de inmediato en el asiento delantero. Estirará la mano para que el otro entregue las llaves. El sonido de la puerta que se abrió y se cerró atrás, que se abrió y se cerró adelante, no rompe la quietud. Parece casi un metal dulce, armonioso. Arranca el motor. Pero no te llevarán.

El auto acelera frente a la casa, frente a las ventanas encortinadas de la casa, por un eterno instante blanco se te ve la carita, el soplo de los hombros, ese vestido que se te aprieta como una segunda piel de enamorado. Pasa como un interminable relámpago de cuerpo, como un nacimiento que nunca acaba, pasarás sin mirar hacia la casa, pasará tu perfil hundido en el brusco horizonte de la calle que conecta con otras calles. Ahora el auto frena más allá, refugiado en la sombra generosa del árbol que tanto conoces, que has escuchado lamentándose y danzando sus ramas bajo el viento anoche, frena media cuadra más allá. Sólo se puede percibir la parte trasera del auto, y en un hueco que admite el juego de las hojas del árbol con los rayos de esta primavera feroz, algún color borroso que podría ser tu pelo o la nuca que tiembla bajo tu pelo. Si no fuera por el moroso e inmovible avance del minuterero en tu reloj pulsera, allá donde la lenta sangre de tu brazo se encuentra y fluye con la

misteriosa sangre de tu mano, si no fuera por la rotación imperceptible de este planeta, se podría pensar que el tiempo se ha estancado, que no hay movimiento, que el silencio es definitivo, y que ahí se quedarán para siempre, tú, ellos, el auto, la calle. No pasará ninguna mendiga, no volverán a salir los viejitos de compras.

Los niños deberán guardar las bicicletas por último para entrar a almorzar. Cuando el sol comience de nuevo a invadir el capot del vehículo, cuando el mediodía se haya clausurado y se inaugure la tarde, cuando otra vez el calor insoportable haga necesario buscar otro lugar para guarecerse de las radiaciones, ni el zumbido de ciertas abejas ni la alegría amarilla de algunas flores podrán impedir que finalmente el motor sea nuevamente accionado, que el auto se vaya apartando de la vereda, y que esta vez no busque detenerse en la sombra o en el sol, que esta vez no haya una última atalaya de tu rostro o tu cuerpo, que esta vez el auto siga, y siga, y siga, hasta perderse a lo lejos por la calle que conecta con otras calles, rumbo al sitio de donde nunca volverás.

Este incidente, que parece ficticio, fue algo que efectivamente sucedió. Nos sucedió a Angélica y a mí, tal como se ha escrito acá, exactamente como lo escribí en forma de cuento muchos años más tarde. Salvo el desenlace. No se la llevaron, ni por un día, ni por un mes, ni por la eternidad. Pero lo demás es cierto. Hacia el fin de septiembre, me había refugiado en forma transitoria en la residencia de una de las amigas de mi

madre, la esposa del embajador israelí, con la esperanza de poder, la semana entrante, ingresar en una de las legaciones latinoamericanas que, a esas alturas, ya estaban repletas y fuertemente custodiadas. Era la única manera de salir del país: recibir un salvoconducto del gobierno militar, cruzar de ese modo la frontera. Y cuando Angélica me había venido a visitar, a pasar la noche conmigo, fue detenida a la mañana siguiente por dos agentes de investigaciones que habían estado vigilando la casa bajo la impresión de que el senador Carlos Altamirano, el exaltado secretario general del Partido Socialista —que era, como yo, flaco y anteojudo— se encontraba escondido en ese recinto. Lo que era a todas luces absurdo, dadas sus declaraciones en favor de los palestinos. Pero Angélica había logrado burlarse de los tiras sin discutir con ellos asuntos internacionales, escapando de esa manera del destino que el personaje femenino del cuento no pudo evitar.

Cuando en el exilio quise transcribir esa experiencia, le di un final trágico y diferente, en parte porque es así como la mayoría de los episodios como éste terminan en efecto; pero principalmente, se me ocurre, porque era el único modo de comunicarme a mí mismo y a otros el horror de lo que pasó por mi mente durante la hora en que la mujer que amaba se encontró en manos de hombres que podían hacer con ella lo que les viniera en gana, y yo no tenía cómo pararlos. Ese final no tuvo lugar en la realidad, pero se repitió una y otra vez en mi imaginación mientras mi-

raba por la ventana, rezando por que no tuviera que volver a mirarla en mi memoria en los días y los años por venir, rezando por que no tuviera que imaginar un mundo sin Angélica.

Descubriendo, después de haberme obsesionado durante los últimos días por la distancia creciente que se establecía con el país, que prefería perder a Chile antes que perder a Angélica, que podía yo vivir sin Chile pero no sin Angélica, empezando a comprender que el hogar privado que había construido con ella era más importante y duraría mucho más que el hogar público que había deseado construir con Chile y su pueblo.

Fue entonces, creo, cuando por primera vez en mi vida, separé claramente a mi mujer del país en que ella había nacido.

Desde que la conocí, Angélica se me había confundido con Chile. Todas las lecturas y todos los viajes y todas las protestas y toda la nieve sobre todas las montañas, hicieron menos para atarme a ese país que un ser humano pequeño y frágil.

Ahí me encontraba, en los primeros meses de 1961, un extranjero en una tierra que había habitado durante siete años sin ser capaz de adentrarme por los múltiples pasajes que el país me ofrecía, sin conocer realmente su gente o sus costumbres, y de pronto, se me cruzó por el camino, un día, Angélica. Para ser franco, lo que me atrajo en ella al comienzo fue su belleza chispeante y su espíritu fogoso y su alegría de vida, la

caliente conjetura sexual de ese cuerpecito moreno y grácil debajo de su vestido, esa sonrisa encantadora que los dioses de la publicidad para dentífricos habrían matado por tener a su alcance. Es posible que ella hubiera venido a llenar un deseo que yo había ido acumulando durante los años anteriores, el deseo secreto y transgresivo de un Chile exótico, una América latina exótica, pero quién sabe si esta interpretación es cierta. En todo caso, experimenté el amor por medio de las metáforas que usaban los varones latinoamericanos (y los varones de otros lugares también) para asediar lo femenino, sin adivinar de qué manera me parecerían sospechosamente machistas treinta años más tarde: la mujer como la tierra, la diosa de la tierra que debía ser excavada, explorada, sembrada, eran las imágenes que me surgían cuando hacíamos el amor, sin poder nunca enteramente sacarme la noción de que de algún modo estaba poseyendo, haciendo mío, algo más que una mujer individual, que le estaba haciendo el amor a una comunidad que yacía dentro de ella, que a través de su cuerpo y de su vida, yo me estaba amarrando a un territorio permanente en este planeta.

Ahora que escribo esto, que lo traduzco, he terminado por entender que finalmente no era Chile lo que deseaba en ella. Lo que me atraía más de la mujer que sería mi esposa trascendía orígenes nacionales, eran las virtudes que habría admirado en ella si hubiese sido lituana o marciana. Su lealtad casi animal, su increíble capacidad de ver a la gente más allá de sus máscaras,

su tendencia testaruda (y a menudo exasperante) de decir con excesiva honestidad lo que pensaba, su audacia. Ninguna de estas cualidades eran necesaria o típicamente chilenas y algunas de ellas, como su impredecible franqueza o su rechazo de todo compromiso moderado, podían ser consideradas incluso como extremadamente antichilenos.

Y, sin embargo, si no fue Chile lo que al fin de cuentas nos unió, si no hubiera existido Chile, ese Chile que yo había imaginado en su interior, es probable que nuestro amor no hubiera durado. Angélica es una maravilla pero no era en esa época ni lo es tampoco ahora, a pesar de su nombre, un ángel. Sin entrar en detalles (ella es, después de todo, la primera y agudísima lectora de mis obras y no quiero que me objete este libro), bastará con decir que era, digamos, difícil. No es que yo fuera fácil tampoco. Lo que nos cautivaba del otro era precisamente lo opuestos que éramos, y si la vida con ella nunca fue aburrida ni jamás lo será, estuvo siempre llena de conflictos. Dadas esas circunstancias y nuestra inmadurez, es más que posible que no hubiéramos sobrevivido como pareja sostenidos tan solo por la pálida intuición de que cada uno de nosotros había hallado la perdida mitad de su alma antigua. Hacía falta algo adicional para que nuestro amor llegara a superar esas desavenencias y rupturas que sobrevienen a todos los jóvenes que se aman, y ese algo fue, para mí, el vasto Chile que sentía que Angélica contenía más adentro de sus ojos. Podía

escuchar al país urgiéndome que volviera a ella, atado a ella por la identidad que ella me iba forjando, Chile secretamente creando el cimiento de nuestra relación. La perversa lógica del amor decretó que para ella el reverso fuera cierto: le atraía en mí justamente, según me ha confesado, el hecho de que yo proviniera de otro sitio, su intuición de que yo no la trataría como los hombres chilenos suelen tratar y subordinar a las mujeres, que yo era totalmente confiable, un ser transparente, un ingenuo; es decir, que yo era un gringo. Un gringo que buscaba desesperadamente un país que respondiera a su soledad.

Angélica poseía a ese país simplemente por haber nacido en él, porque sus antepasados habían hecho el amor bajo el amparo de esas montañas, entremezclando sus muchas razas, lo ibérico y lo mediterráneo y lo indígena y una pizca de otros continentes —y lo habían hecho en una época en que mis bisabuelos y tatarabuelos no soñaban siquiera con emigrar del Viejo Mundo—. Ella poseía el país en las rondas y canciones de cuna que habían poblado su infancia mientras yo recitaba *Old Mother Hubbard* en la isla de Manhattan; ella lo poseía en los proverbios campesinos que había absorbido en la plaza polvorienta del pueblito de Santa María en el Valle del Aconcagua donde se había criado; lo poseía en cada sabor chileno, cada fruta, cada leche nevada. Eso era Chile, eso y mucho más. Era como una represa que se había ido llenando gota a gota, una experiencia tras otra, casi

imperceptiblemente. Temprano en nuestra relación tentativa y expectante, yo intuí esa represa en su interior, supe que podría beber de esas aguas, bebí el agua de Chile en ella.

Cuán vastas eran esas aguas y cuán insaciable mi sed lo comencé a comprender nuestra primera noche como *pololos*, esa palabra chilena tan perfecta para jóvenes enamorados que no están listos para ser novios todavía, probando la dulzura de estos labios y los de más allá, como los insectos que vuelan de flor en flor mareándose con el polen. Pese a que Angélica no tenía aún mayoría de edad, habíamos logrado entrar a una discoteca y en la penumbra llena de humo empezamos a explorarnos tímidamente, como se hace cuando se tiene menos de veinte años de edad y el universo tiene todo para enseñarte y una orquesta toca remotamente *Bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez*. Angélica distrajo su boca de la mía y se puso a cantar las palabras de ese bolero de amor latinoamericano que apenas yo lo oía en la radio, cambiaba de estación por una en que se escuchara a Frankie Avalon, y al bolero le siguió un tango que ella también se sabía de memoria y dentro de las circunvoluciones del cerebro, detrás de sus pecas, estaba el repertorio entero de la América latina popular que yo tanto había desdeñado y del que yo ahora quería saturarme en la búsqueda de mi nueva identidad en castellano. Pudo haber sido esa misma noche cuando le pregunté si sabía bailar la cueca, si había aprendi-

do alguna vez el baile nacional de Chile, y ella sonrió con travesura y robó una servilleta de la mesa y la agitó en el aire y la usó para esconder su cara y sugirió la posibilidad de enseñarme los pasos, era cosa de imaginar a un gallo cortejando a una gallina. Yo tenía que acorralarla, llevarla a un rincón del que ella trataría de escapar. Era como un juego, algo así como la escondida, pero a plena luz, y mirándose los ojos. Como si ella fuera un tesoro y yo tuviera que encontrarla.

Tal vez fue unos días después cuando, al bajar al centro de Santiago juntos, me di cuenta del tesoro que Angélica tenía dentro de su existencia sin que ella lo supiera, un tesoro que yo había estado buscando desde hacía muchos años y que ella no tenía para qué esconder. Su presencia a mi lado, mientras deambulábamos por el centro de la ciudad en la que yo había vivido durante siete años, de pronto me transformó en un turista que arribaba a un país extranjero. Yo había pasado, por ejemplo, por este café o aquel bar, y no contenían para mí nada de particular, pero para Angélica eran los sitios donde, en los años cuarenta, su padre periodista, Humberto, después de cerrar la edición, se encontraría con Elba y otros amigos del Frente Popular para tomar y discutir cómo iban a arreglar el mundo hasta altas horas de la madrugada. Angélica me estaba contando la historia de la noche en que su padre había amanecido esperando en el diario la noticia del desembarco aliado en Normandía, cuando fuimos interrumpidos por una mujer joven,

que le dio un besito en forma muy familiar a Angélica. Era la hija de la “Mami Lolo”, la nana de Angélica, que la había criado en el campo cuando era niña. Las dos parlotearon un rato acerca de gente que yo no conocía y lugares que jamás había visitado. Cuando la joven se despidió y seguimos nuestro camino, Angélica me esbozó rápidamente la historia de esa nana tan especial que, siendo apenas adolescente, había sido traída al hogar para ayudar en la casa y después para cuidar a los nietos. Sólo después averiguó Angélica que su Mami Lolo era, de hecho, la hija ilegítima del abuelo de Angélica. Angélica había sido criada, por lo tanto, por su propia tía, a la que Elba y Humberto, por cierto, consideraban un miembro de la familia.

—Tienes que venir conmigo a Santa María —me dijo Angélica, arreglándome el cuello de la camisa—, tienes que conocer a mi Mami Lolo.

Y a la media cuadra, de nuevo tuvimos que pararnos para hablar con otra persona y así siguió nuestra mañana. Tantos seres humanos y tantas conversaciones y tantos cuentos. Tal vez fue entonces cuando tomé conciencia de que Angélica era una red de cuentos, un linaje de cuentos, una fuente que fluía con cuentos e historias y la gente que esos relatos contenían. Fui tomando conciencia, en ese momento o tal vez después, pero al poco tiempo de comenzar nuestra relación, fui comprendiendo que la conexión de Angélica con Chile era la opuesta a la mía, que no dependía de su voluntad, que ella no podía descartarla

como yo estaba haciendo con los Estados Unidos, que su país era tan íntimamente ella como su piel o sus piernas.

En los meses y los años futuros, mientras me dejó entrar a su vida y a su cuerpo, también se ofreció de guía por los misterios de un continente que debería haberme pertenecido por el mero hecho de mi nacimiento, me entregó un país que durante años no había considerado sino como una transitoria parada de bus en el camino hacia otro lugar.

Y cuando tuve que enfrentar la pérdida de ese país después del golpe y cuando finalmente le dije a Abel que sí, que buscaría asilo en una embajada, lo que hacía tolerable finalmente esa decisión, como una secreta silueta que me ocupaba la existencia, era la promesa de Angélica, la certeza de que podía vagar para siempre por el planeta si la mujer que me había enseñado Chile se encontraba a mi lado.

Ahora ella estaba en ese auto con los dos hombres y yo me hallé de cara con la posibilidad de que ella no me acompañara en mi errancia, que no estuviera cerca. Me dije que tal vez ésta era la razón cruel y oculta detrás de mi supervivencia milagrosa: la muerte me había perdonado porque iba a llevarse a Angélica en mi lugar. La muerte iba a castigarme por haber despreciado su regalo, por no haber partido de inmediato, por no mandar a mi familia al extranjero. Este desenlace era el que merecía cualquiera que se creyese inmortal e inviolable.

Pero de nuevo se me dio un indulto.

Cuando los dos hombres la soltaron y ella volvió a la residencia y temblamos el uno contra el otro, cuando de nuevo pude tener en mis brazos a mi amor, mi mejor amiga, mi compañera de la vida, en estos brazos que habían perdido la esperanza de volver a tocarla, mi mano explorando su cabellera una y otra vez, mis ojos que se cerraban y se volvían a abrir para asegurarse de que era cierto, de que ella todavía estaba ahí, viva, real, cuando comprobé su existencia, finalmente fui también capaz de comprender la lección que la muerte me había mandado una vez más. Fue en ese momento cuando el golpe por fin me alcanzó, cuando descendió sobre mi persona como había descendido sobre La Moneda, explotando silenciosamente en mi interior como una bomba más, forzándome a entender, por la primera vez desde el derrocamiento de Allende, la realidad plena e irreversible del mal que nos afligía y que no iba a desaparecer jamás de nuestras vidas. En esa cabina de un barrio obrero, en el momento de ese miedo desquiciante cuando había anticipado mi propia muerte, pensé que había descubierto el infierno: un lugar donde sufres para siempre, del cual no hay escapatoria. Entonces supe que estaba equivocado: el infierno es ese lugar, único en el mundo, donde la persona que más amas sufre por una eternidad mientras tú tienes que mirar, sin poder intervenir, responsable de que ella haya terminado en ese sitio endemoniado.

El país que durante años soñé y proclamé
como el paraíso, se había convertido en el infierno.
Y mientras antes lo dejara, mejor.

13

EN QUE SE DESCUBRE LA MUERTE DENTRO DE UNA EMBAJADA EN OCTUBRE DE 1973 EN SANTIAGO DE CHILE

Y bien, aquí estoy, después de haber jurado tantas veces que jamás me iba a asilar, heme aquí en este edificio al que no han venido a buscar refugio aquellos campesinos obreros cuya liberación yo he proclamado como mi prioridad en la vida, aquí estoy, retornado a este pedazo de tierra que se considera legalmente territorio argentino, retornado a la protección de este país donde nací, atrapado en el círculo vicioso y salvador de mi propio origen, aquí estoy, sin otro lugar al que volver que Buenos Aires.

Sé que mi fuga se justifica, sé que no había alternativa, pero me siento degradado acá adentro, hacinándome con los innumerables otros refugiados que han huido hasta esta embajada; el miedo me ha desnudado igualándome a ellos, humillado, a plena vista de todo el mundo, repentinamente sin hogar; mi compromiso con la revolución menos importante que mi amor a la vida.

Es aquí donde me encuentro por primera vez en mi existencia con víctimas de tortura. Durante las

últimas semanas, los rumores han ido filtrándose hasta mis oídos, dicen que sabes lo que están haciendo en el estadio, escuchaste lo que le pasó a... pero eran murmuraciones y hablillas sin un cuerpo real para confirmar lo que se susurraba. Ahora, unas horas después de que me han introducido mediante un engaño en la embajada, ahí están, esos hombres a los que alguien amarró a un catre, a los que alguien ha desnudado, no en forma metafórica, como ha sido mi caso, sino en la fría realidad de un sótano que huele a vómito y sudor y meadas, y sus genitales han sido conectados a unas pinzas y una mano ha movido una manivela, y tienen suerte de haber podido escapar de ese sótano y poder hallarse aquí, temblando bajo el dulce sol de octubre de Chile, temblando debajo de una frazada, contemplando el vacío, sus labios crispándose, tratando de devolverme una sonrisa cuando me acerco, cuando cualquiera se acerca, encogiéndose de pronto, llorando en sus noches mientras todos intentamos dormir en el aire denso con el aliento y pedos y suspiros de los casi seres humanos que ocupan el piso de este gran salón de la embajada, donde hace sólo un mes varones de smokin se inclinaban hacia mujeres en largos vestidos nocturnos donde uno de los fugitivos mismos, el tesorero del gobierno de Allende, saboreaba un cocktail junto a este mismo piano debajo del cual ahora él se agita, esperando el alivio del sueño.

No tengo una frazada. Cuando llegué, ya era tarde: habían sido repartidas todas a los más de

novecientos perseguidos políticos que arribaron antes que yo, y el encargado de Negocios, un sádico llamado Neumann, al que sospechamos de tener simpatías por los nazis, nos ha informado que no hay un ítem en el presupuesto para comprar mantas adicionales. Así que un amigo, el “Gitano” Rodríguez, comparte la suya conmigo. Es un cantante y durante los dos últimos años, nuestras fiestas se han endulzado con su canción más conocida. *Ha llegado aquel famoso tiempo de vivir*, y ahora que esa frase parece menos una profecía que el deseo de un futuro que no llegó, él me da abrigo en la noche con la mitad de su frazada, nos damos calor el uno al otro en medio de la derrota.

Me gusta no poseer una frazada. Le informa a todo el mundo que no me vine corriendo a esta embajada, sugiere a los que llegaron antes que durante un par de semanas yo traté, en forma estúpida y hasta quizá valiente, de hacerme matar.

Mi existencia indefensa y sin ropa es una manera de despojarme de la culpa que siento por haber sobrevivido, una manera de enfrentar la decisión que tomé de irme al exilio que va a rondarme durante muchos, demasiados años, que sólo va a desaparecer de verdad el día en que, catorce años más tarde, en julio de 1987, nos detienen a mi hijo Joaquín, de ocho años, y a mí en el aeropuerto de Santiago y nos deportan, cuando esa violencia que me infligen me permite, con finalidad masoquista, pagar mis deudas

con los muertos. Pero aquí, en esta embajada, es una manera de hacerme daño a mí mismo, porque la Junta no me ha dañado en forma suficiente, no me ha dañado como lo está haciendo con quienes viven fuera de la embajada sin buscar refugio.

No voy a tener la ambigua distinción de carecer de una frazada durante mucho tiempo. Unos días después de mi llegada, estoy caminando en el inmenso jardín, gozando del sol de la tarde. Se nos ha dicho que debemos mantenernos alejados del alto muro que rodea la embajada, pero por mi parte, no puedo evitar aproximarme cada vez que se da la ocasión. Me fascina la vecindad de un Chile que está justo afuera, el bullicio de la ciudad que sólo puedo escuchar desde acá, la repentina conversación cantada de un niño y su madre, el motor de una micro cambiando de primera a segunda, un ambulante que ofrece afilar cuchillos con una cantilena que sube y baja.

De repente, cae un bulto a mis pies. Por un momento, no entiendo de dónde pudo haber venido, pero ahora veo dos manos agarradas de la muralla—sólo dedos, emblanquecidos con el esfuerzo—. ¡Alguien está tratando de saltar a la embajada! Pero ahora suenan dos tiros secos y —ni un alarido, ni un grito, ni siquiera un gruñido— sólo una especie de chasquido sordo al otro lado de la muralla. La policía acaba de matar a un hombre. ¿Por qué imaginé que era un hombre, por qué nunca me hice la idea de que era una mujer? ¿Por qué estuve seguro de que lo habían matado en

vez de pensar que lo habrían herido o simplemente dispararon al aire para que detuviera su intento de evasión? Estoy cortado de ese mundo que vibra allá afuera, a la merced de mi imaginación.

En el bulto encuentro una frazada y una bolsa de dormir. Ni pasaporte, ni papeles de identidad, nada que me pueda indicar quién es el que me brinda estos regalos. Porque de eso se trata: regalos. La tragedia de esta víctima significará noches más tibias para mí, y días menos solitarios, puesto que la frazada me va a acompañar por donde vaya. Cada vez que me recuerdo vagando por esos salones donde los diplomáticos argentinos recibían fastuosamente a sus ilustres huéspedes, automáticamente veo en mis hombros esa reconfortante frazada con que soñaba abrigarse aquel fracasado buscador de asilo.

La verdadera manta que nos protege es, por cierto, la embajada misma. La distancia entre seguridad y muerte no es, para nosotros, más que un par de metros, la distancia trivial entre dedos que tratan de alcanzar desesperadamente una muralla y los ojos que ven esas manos arrancadas de la muralla sin poder ampararlas, manos que serán quebradas o enterradas, ojos que tienen que jurar que no olvidarán lo que vieron. Dentro de poco otro tipo de distancia, otro tipo de desamparo, va a verificar si ese juramento es cierto: cuando estos ojos míos viajen lejos, al resguardo remoto de tierras extranjeras, la manta última, la inmunidad, que esta embajada anuncia.

Ya estoy empezando a aprender las reglas que gobiernan la vida de alguien que ha perdido su patria. Ya estoy empezando a darme cuenta de que mi existencia será como la de todos los exiliados que sobreviven a una catástrofe, como esta multitud de latinoamericanos que me rodean en esta embajada, desterrados de sus propias revoluciones frustradas y que ya han vivido el futuro que nos espera a los chilenos, todos definidos sin piedad por los que han quedado en el país original; nuestra existencia siempre contrastada con la de aquellos que no pudieron o no quisieron huir, nuestra existencia justificada por el socorro que podamos mandar a aquellos que han muerto en nuestro lugar ayer o que arriesgan esa muerte en nuestro lugar mañana. A los exiliados los persiguen unos dedos aferrados a una muralla, tratando de agarrar y superar una distancia que cada día se vuelve más inmensa, más insuperable.

Es esa distancia la que me permitió ser testigo del ultraje que se lleva a cabo en el país; y más que permitir, me exigió que cumpliera con esa tarea de hablarle al mundo. Sin embargo, desde el momento de la partida, ese acto de atestiguar sería inevitablemente indirecto. Aún antes de esa partida, esta muralla de embajada me ha aislado de la persona que trataba de fugarse. No puedo saber quién era, cuál fue su destino, cómo fue que lanzó ese bulto por encima de la muralla. Después, al crecer el espacio, en cuanto las millas y el tiempo me separen del Chile donde hay

hombres que alcanzan una muralla y mueren antes de que la puedan saltar, voy a conectarme tan solo a través de los artículos de periódico, cartas, cassettes, una foto fugaz, una voz que se guarda de cometer un desliz por teléfono, historias murmuradas por los refugiados más recientes o prisioneros a los que acaban de soltar o, eventualmente, amigos que vienen de visita, todo vivido y contado por otra persona. Ésta es una de las paradojas más insólitas del exilio: el refugio que he hallado, el mismo refugio que garantiza que una voz sobreviva, en forma simultánea le corta a esa voz todo acceso a la tierra que debe narrar, que debe mantener viva en el recuerdo y en la denuncia, la tierra que exige ser transmitida a otros seres humanos.

Pero hacemos lo que podemos.

Y ahora, más de veinte años más tarde, yo cuento esa historia de la frazada que alguien que nunca vi me mandó como si viniera del cielo. Yo cuento su historia aunque nunca voy a saber qué le sucedió. Cuento su historia porque es la única manera de agradecerle que me diera confort, mandarle esta manta de palabras que no lo pueden salvar de lo que nos ocurrió, lo que ya nos ocurrió a él y a mí hace tanto tiempo.

15

EN QUE SE DESCUBRE LA MUERTE DENTRO Y FUERA DE UNA EMBAJADA EN SANTIAGO DE CHILE EN LOS PRIMEROS DÍAS DE NOVIEMBRE DE 1973

La mujer que representa a las Naciones Unidas carraspea y casi no me mira. Yo estoy sentado frente a ella, al otro lado de un resplandeciente escritorio del siglo pasado, acá en la embajada argentina. La mujer se pone a leerme un párrafo de un documento de la ONU que data de 1951. Un refugiado, dice en un tono aburrido, es una persona que “debido a un temor legítimo de persecución por su raza, su nacionalidad, sus ideas políticas o su calidad de miembro de algún grupo, se encuentra fuera del país de su nacionalidad y no puede o, debido a tal temor, no quiere servirse de la protección de ese país”.

Levanta los ojos por un instante.

—¿Se entiende? —me pregunta.

Indico que sí con la cabeza, sin decir nada. No parece muy difícil de entender.

—Lo que le estoy preguntando —y ella enuncia cada palabra como si estuviera explicándole algo a un bebé; hoy mismo ella ha tenido que leerle el párrafo a

muchos otros en esta embajada, se ha hecho una carrera de la repetición de esas palabras—, lo que necesito saber es si usted piensa servirse del status de refugiado.

De nuevo, un instante breve para tomar una decisión. No quién soy yo, sino en quién me voy a convertir. Sin duda yo era esa persona, yo tenía ese temor, el país que no quiere otorgarme ni pasaporte ni salvoconducto es Chile. La mujer de la ONU va delineando en forma seca y precisa las ventajas de ser refugiado: cursos educativos, ayuda para hallar un trabajo, aprendizaje gratuito del idioma del país de asilo, vivienda y atención médica garantizadas, pensiones, la seguridad de no tener que aprobar visa o residencia cada año con las autoridades inmigratorias locales. ¿Qué me parece?

Me oigo a mí mismo decir que no, veo la sorpresa de la mujer, veo cómo ella sacude la cabeza con perplejidad, quizá con impaciencia, y por primera vez, ella me mira como si yo fuera alguien diferente, alguien real.

Tal vez fuera por eso que yo he rechazado mi clasificación como refugiado: para que gente como ella, gente el mundo exterior, me reconozca como un individuo y no como parte de esa masa indefensa que inunda los noticieros de cine y las pantallas de televisión y las fotos de tantos libros y periódicos, barrida por fuerzas que no controla. Dentro de mí, agitándose en mi interior, contemplo a los judíos durante

Hitler y después de Hitler, los palestinos que esos judíos desplazaron, las filas infinitas de miserables cuerpos de Pakistán y Biafra y del Sudeste asiático cruzando las fronteras y los ríos y el tiempo, aferrados a su sufrimiento como si fuera su identidad, su única arma en el mundo. Cuando la mujer de la ONU pronuncia esa palabra, *refugiado*, eso fue lo que me saltó a la mente: los campos donde la gente sin un país se estanca entre la mugre y las moscas.

Sabía, claro que lo sabía, que a los refugiados chilenos no los iban a mandar a uno de esos campos. Pero el mero hecho de imaginarme un lugar en la historia como víctima me molesta, tal vez porque, al buscar asilo en esta embajada, acabo de rechazar un lugar en la historia como héroe, y ahora que ha desaparecido el peligro físico de la muerte, es necesario mirarle la cara más permanente de la derrota, aceptar que nuestro destino sea decidido en adelante por otros seres humanos. La humillación de esas largas semanas en la embajada me habían marcado: no les teníamos confianza a esos funcionarios que nos gobernaban y sin embargo dependíamos de ellos para nuestra comida, nuestro resguardo, nuestro contacto con el mundo exterior. Podían revender nuestros alimentos, podían postergar nuestra partida, podían bloquear nuestra comunicación con aquellos familiares que no estaban asilados; y nosotros no nos atrevíamos a protestar. Yo vivía enteramente desvalido en esa embajada, como si hubiera cruzado una frontera para escapar de una hambruna.

Sí, esa definición podía caberme a la perfección; pero yo no me sentía cómodo en ella, yo no cabía bien en la imagen y la persona que contenía, lo que sugería para el mañana. Es verdad que mi existencia había sido alcanzada por una catástrofe histórica que difería sólo mínimamente de aquellas que en tantos continentes habían desarraigado y dislocarían todavía a millones de otros seres humanos en este siglo desdichado; sí, pero yo creí tener, quise tener, los medios para controlar —¿o era la ilusión de un control? —esa existencia, esa imagen de mí mismo.

—No soy un refugiado—le dije a la mujer, consciente de los centenares de compañeros que esperaban en las piezas contiguas, esperando escuchar esas mismas palabras que definían el status de refugiado, esperando ser aceptados por Holanda o Irlanda o la Unión Soviética o... tantos países—. Soy un exiliado—dije abruptamente, casi como si hubiera escupido las palabras.

Ese término no tenía existencia legal alguna, ningún significado técnico ni internacional, ninguna garantía, ninguna protección.

Lo escogí automáticamente porque quise colocar mi emigración adentro de otra tradición, tal vez una más literaria. Ser exiliado era una condición que recordaba a Lord Byron, un poeta que sale a desafiar el mundo, algo tanto más romántico y prometeico que el destino encarnado en esa palabra de reciente reinvención, *refugiado*, que el siglo veinte había tenido

que resemantizar y volver oficial como el resultado de tanto genocidio y errancia colectiva. Yo era, por cierto, tan víctima como los demás, tan condenado como la constelación neblinosa de seres anónimos que me habían precedido, pero al rechazar esa denominación pasiva y optar por una más activa, sofisticada y elegante, estaba proyectando mi odisea como algo que se originaba en mi voluntad y no en las fuerzas históricas que se ensañaban conmigo.

En vez de formular mi futuro en función de lo que buscaba, refugio, preferí concebirme como exiliado, ex-pulsado, ex-cluido, como si tuviera absoluta libertad para elegir para mis viajes cualquiera de esos países en el mundo. Yo no iba a ser una partícula en el polvo insignificante de la historia, un dato estadístico en un anuario: estaba a punto de partir hacia tierras incógnitas como un ángel solitario y rebelde y perseguido. Ya podía intuir lo que traerían los años por venir: rogar por un permiso de trabajo, empleos ofrecidos por conmiseración, aduaneros vaciando el contenido de mi maleta como si yo fuera un criminal. Estaba anticipando esa embajada que la lista de amigos torturados en Santiago crecería mientras el espacio para defenderlos iría disminuyendo en los diarios, ya me daba cuenta de las muchas mediocres derrotas nuevas que me aguardaban, y decidí salvaguardar la única cosa que me garantizara un pasaje claro por el desierto que iba a tener que atravesar: que yo pudiera armar mi propia existencia, que yo imaginara la posibi-

lidad de emerger solo sin la ayuda de nadie para sobrevivir. Tanta energía que había gastado en demoler y denunciar el mito del individualismo en libros y ensayos y artículos periodísticos y heme aquí, agarrándome de ese único elemento de estabilidad en un mundo que se desintegraba. No se me ocurrió en ese momento que, habiéndome enorgullecido tanto de mi proximidad con los pobres, habiendo hallado esa paz sublime en el instante en que podía haber muerto en esa cabina en medio de un barrio obrero, a la primera oportunidad yo había puesto de lado mis convicciones igualitarias, rehusando ser clasificado con mis hermanas y hermanos despatriados y desparramados por el mundo. Instintivamente había elegido usar a fondo aquello en que yo difería, me había posesionado de los primeros restos náufragos que subían desde mi personalidad, traté de apartarme en forma mental de las multitudes con las que había jurado fundirme para siempre jamás.

La muerte que me había aproximado tanto a ellos, ya comenzaba a abrir una cuña entre sus vidas y la mía, susurrándome que, para evadir esa muerte tendría que comenzar a alejarme. No es algo de lo que tuviera conciencia en ese momento. Por el contrario. En la embajada, todos los días, yo renuevo mi juramento de servir al Chile de los trabajadores que está siendo asaltado por fuerzas considerablemente más peligrosas que mis dudas y ambigüedades. No me refiero a la represión tan obvia de los militares, sino a

una amenaza más perversa de la que comienzo a percatarme en esos días. Al final de mi entrevista con la representante de la ONU, cuando estoy a punto de levantarme de mi silla, se me acerca otra funcionaria de las Naciones Unidas que en forma subrepticia me pasa una nota. Viene de Angélica, es la primera comunicación directa que he tenido con ella en muchas semanas. Ella escribe que, antes de dejar Chile con Rodrigo y mis padres —se van a Argentina, donde se supone que nos hemos de encontrar dentro de poco—, tratará de pasar frente a la embajada a modo de despedida. Despedirse hasta por ahí no más.

Quienes estamos confinados en esta embajada hemos descubierto que podemos avistar a los seres amados si se pasean por la vereda de la avenida Vicuña Mackenna, enfrente mismo del edificio que nos da amparo. Estas observaciones y vistazos constituyen una de las maneras favoritas de pasar los días ociosos e interminables; decenas de asilados pegados como abejorros a los vidrios mirando durante horas para ver si capturamos el vislumbre lejano de un amigo, un miembro de la familia, hasta algún ser que hemos conocido de paso en quién sabe qué ocasión. Uso el plural, digo nosotros, pero no es una práctica en la que me gusta participar: es demasiado deprimente escudriñar el país que has perdido.

Ahora me junto a los otros refugiados, con la esperanza de divisar a Angélica y finalmente recibo el galardón de su breve presencia, llevando a Rodrigo de

la mano. Él no mira hacia la ventana. Yo le pido al Santo de los Asilados que intervenga y lo haga dar vuelta la cara, pero su madre no le ha advertido al niño que su padre se encuentra detrás de esas murallas guardadas por la policía y los espías de Pinochet: no hay que dejar traslucir la mínima señal de que aquellos que caminan por ahí en supuesta inocencia pudieran estar conectados con la basura humana que los contempla desde acá. Los parientes y amigos jamás se detienen, nunca admiten por un gesto o una mirada su verdadera identidad; sólo un leve movimiento de las caderas de Angélica, una sonrisa que ilumina el aire, y ella se ha ido, ya no está. Unos minutos más tarde, vuelve, remolcando a Rodrigo, que se queja por algo, probablemente no vea el sentido de subir y bajar por esta avenida infectada de autos; y ahora ya no los puedo ver y espero un poquito más, pero ya está claro que no van a volver, que acabo de decirle adiós, una especie de adiós, a mi familia, quién sabe cuándo la volveré a ver, a menos que no pueda partir pronto y en ese caso... Cedo mi sitio al lado de los enormes ventanales, las cortinas de brocado, a otro mirón, uno que ha hecho de esta actividad una vocación cotidiana, casi un deporte.

Trato de no mirar de nuevo por esas ventanas.

Durante los días en que estoy parado ahí esperando el breve tránsito de Angélica, soy visitado por una visión de un Chile que es demasiado doloroso contemplar. Cientos de personas caminan frente

a la embajada a todas las horas. Es imposible saber quiénes son parte de la ceremonia en que secretamente se nos contacta y quién simplemente deja transcurrir su vida en forma ordinaria y simple. Pero justamente, ahí está el asunto: la vida ahí afuera en la ciudad fluye como si nada hubiese sucedido. Para sobrevivir, aquellos que se preocupan por nuestro infortunio y están de luto por nuestra nación violada deben imitar a los muchos a quienes les importa un carajo, que no se han puesto de luto ni han hecho ningún duelo o que ya se han lamentado por sus pérdidas y decidieron rehacer lo que les queda de sus vidas. Frente a esa ventana he tenido la visión de una tribu de zombies, seres sonámbulos paseando por la calle, una revelación seminal del Chile donde yo no puedo caminar pero donde, si yo tuviera la libertad de hacerlo, caminaría exactamente de esa manera indiferente e inhibida; he visto a Chile como una tierra de muertos en vida, donde te tienes que matar para que no te maten, dividirte en dos, sofocar la persona que fuiste, crear un caparazón de apatía e insensibilidad para reflejar todos los caparazones de los demás, para que nadie sepa de veras aquello que estás pensando. He visto a ese Chile, y no sé durante cuánto tiempo la gente puede vivir esa locura, la bifurcación de su ser cotidiano, antes de que la persona exterior que simulas ser colonice la interioridad, antes de que

la máscara se convierta en la cara, antes de que el país se corrompa y se pierda.

Va a ser breve este intervalo, me digo a mí mismo, me miento a mí mismo al abandonar esa ventana. Volveremos pronto y ellos permanecerán en un estado de pureza debajo de su existencia simulada. Abandono esa ventana y la visión persistente de mi hijo que no pudo siquiera decirle adiós con la mano a su padre, mi Angélica que sólo pudo regalarme una sonrisa distante para luego desaparecer, abandono esa visión de Chile porque no quiero reconocer que no sólo pueden morir los seres humanos, también los países, no quiero admitir que un país también se puede morir.

EPÍLOGO
UN ÚLTIMO CAPÍTULO EN QUE SE
DESCUBRE LA VIDA Y EL LENGUAJE
Y LA MUERTE UNA VEZ MÁS

El idioma inglés retornó a mi vida antes de que dejara Chile.

Todavía me encontraba en la embajada argentina cuando la lengua que había jurado no volver a usar se metió de contrabando en mi existencia, cuando la América del Norte que presuntamente había drenado de mi sistema me confrontó con el futuro y me susurró lo que significa quedar a merced de los poderosos en un mundo que ya no controlas.

Es mediodía.

Me estoy asoleando en el jardín de la embajada, mis ojos están cerrados, la frazada que heredé de los muertos se amontona debajo de mi cabeza a modo de almohada, cuando oigo una voz gringa cortando el aire primaveral de Santiago. Tiene que ser una ilusión. Aquí no hay norteamericanos, a esta embajada sólo han llegado representantes de cada una de las fracasadas revoluciones de América latina, a la que ahora se agrega la nuestra, un continente que se cierra: Uruguay hace un año, Bolivia hace un par de meses, Perón que vuelve al poder con una política de derecha

en Argentina, y dentro de poco no habrá un lugar en esta América nuestra adónde ir, dentro de poco los chilenos mismos vagaremos por tierras extranjeras viviendo en forma vicaria, revolucionarios sin un pueblo en que sumergirse y nadar, nos habremos convertido en estos exiliados que ahora contemplo. Todo esto pasa por mi mente al aguzar mis oídos para escuchar lo que está diciendo esa voz de mujer con su acento gringo atroz y su gramática española torcida, un eco de cómo yo debí de haber sonado cuando llegué a Chile diecinueve años antes. Esa voz —no tengo la menor idea de quién puede ser— le está dando órdenes a alguien, un jardinero, un contratista, avisándole cómo quiere arreglar todo, una vez que *esta gente* se haya ido.

Abro mis ojos, los resguardo del sol, me apunto con el codo.

Una mujer de mediana edad está parada, casi encima mío, escudriñando el jardín infestado de intrusos, como si ya hubiese barrido de su visión a esos refugiados, sin hacer caso de los chillidos de tres pequeños salvadoreños que juegan al pillarse, a los que hemos denominado *los termitas*, porque destruyen todo lo que tocan. Han mordido las piernas del gran piano en el salón de recepción de la embajada, han garabateado graffiti en todas las murallas, han inundado los baños; estamos seguros de que si alguna vez retornan a su patria van a liquidar pronto la dictadura derechista que aflige a El Salvador. Sus gritos agudos se acercan y yo me levanto, aferrándome a mi frazada,

no vayan a robármela, pero veo, con alivio, que se han desviado. Han atisbado a esa formidable mujer, bien vestida y de armas tomar, en el centro del jardín y algún instinto de sobreviviente los hace alejarse de ella, no quieren interrumpir las instrucciones que está dando. Ahora me doy cuenta de quién se trata. Hace un par de días ha llegado un nuevo embajador argentino y se rumoreaba que ya haría su aparición la esposa, y hela aquí, aunque ni uno de los sabelotodo había sugerido que ella pudiera ser norteamericana o que lo primero que iba a hacer era inspeccionar los jardines arruinados por nuestra presencia.

Ahora, desde un rincón remoto del terreno, no lejos de la muralla donde mi bolsa de dormir cayó milagrosamente del cielo, el sonsonete de una quena irrumpe con una melodía. Está desafinado el instrumento musical o quien lo toca hace tiempo que no practica; en todo caso, es un sonido desagradable. Su desarmonía interrumpe las órdenes de la señora del embajador. Da vuelta la cabeza con un gesto de disgusto, frunce la nariz, se murmura a sí misma en voz baja unas palabras en inglés: *"If music be the food of love..."*.

Son los famosos versos iniciales de *Noche de Reyes* de Shakespeare, "si la música es el alimento del amor..."

—*Play on* —digo yo repentinamente, completando el verso, "que la sigan tocando, que me la den en exceso"—. *Give me excess of it.*

La dama mira a su alrededor, sorprendida de que alguien esté recitando versos de *Twelfth Night*. Yo sigo, imperturbable, haciendo un juego de palabras con el resto de la estrofa, usando a Shakespeare para criticar la amarga ofrenda musical de la que-
na, sugiriendo que en este caso un exceso de música podía en efecto enfermar a quienes la escuchaban.

La mujer me mira con atención. Me veo como ella me debe ver, sin afeitado, prendido de mi frazada maloliente, mi pelo desgredado, flaco y hambriento y triste. Veo su sorpresa. Si el rey Lear en persona hubiera emergido desde los arbustos, no podría haberla dejado más asombrada.

Me paro y le doy la mano.

No puede rehusarse a darme un rápido apretón de manos, como si le hubiera ofrecido el puño de un mendigo.

—Ariel Dorfman —me presento.

—*But you're... You're American. What are you doing here?*

Me estaba preguntando qué hacía yo *here*, en este lugar, repleto de bárbaros comunistas, termitas humanas, basura latinoamericana. Me estaba diciendo que yo era *American*, con lo que, por cierto, se refería a los Estados Unidos de América.

Yo le contesté que yo era americano, era latinoamericano. Soy chileno, le dije finalmente en castellano, para que me creyera.

Conversamos un rato y siento que ahí, para usar otra referencia shakespeareana (*Ricardo III*), se derrite su descontento invernal, bajo el glorioso sol de mi conversación, ayudado por el tibio sol de Santiago; siento que mi cultura, mi cultivado idioma inglés, la hace olvidar mi facha de rufián. Parloteamos como si estuviésemos tomando cócteles en su jardín, el tipo de recepción con aceitunas y gin tonic que piensa organizar apenas haya partido la chusma. Yo había comenzado ese intercambio por un capricho, casi sarcásticamente, para minar su categorización tan tajante de lo que son los revolucionarios, pero al continuar nuestra conversación, la encuentro simpática, me gusta esta mujer. Es sofisticada y amable y parece genuinamente interesada en cómo podría ella ayudar a hacerles más placentera la vida a sus huéspedes indeseables. Está feliz de recibir información al respecto. ¿Cómo están los niños? (La respuesta es que están bien, son los únicos que conservan algún grado de sanidad.) ¿La comida es adecuada? (La respuesta es que no, alguien se está embolsillando una parte del presupuesto para nuestra alimentación; pero esto no lo menciono, prefiero no revelar este tipo de problema, prefiero decirle que podría mejorar la comida.) ¿Y acaso hay algo que necesito?

Es la pregunta que he estado esperando. Me muero por una ducha, mataría por una comida bien sazónada, me voy a volver loco si tengo que pasarme un día más encerrado sin poder salir a pasearme por

las calles de mi ciudad. Pero todo eso no es nada comparado con lo que de veras quiero con desesperación, lo que cada una de las personas asiladas en esta embajada tiene como su primera prioridad: un teléfono.

Tengo que cuidarme, sin embargo. Es ilegal para mí o para cualquiera de los refugiados contactar a alguien en forma directa desde la embajada. Si nos pillan, podría desbaratar las relaciones con los funcionarios. Uno de ellos, incluso, ha llegado a advertirnos que cualquier intento de conectarnos con el mundo exterior podría llevar a nuestra expulsión de la embajada, una amenaza que nos parece irrealizable. Aunque nunca se sabe...

No le menciono mi deseo de un teléfono de inmediato. Calculo que ésta es la primera de lo que han de ser otras reuniones y que es mejor tomarme el tiempo. Aun antes de partir de Chile, estoy recibiendo una lección rápida acerca de lo que significa el exilio: cuando eres un mendigo, quien se aproxima es juzgado por el sonido de las monedas en su bolsillo, qué tipo de caridad se vislumbra en sus ojos, qué pueden dar, cuánto pueden rendir, el mundo transformado en una lista de cosas por obtener.

Mi paciencia sale premiada.

Unos días más tarde, la esposa del embajador me conduce al ascensor prohibido que me lleva al prohibido tercer piso del edificio y me muestra generosamente el teléfono prohibido, dejándome discretamente solo, para que pueda hablar en forma privada.

Puedo hacer las llamadas que he soñado desde que llegué a la embajada, desde que me he encerrado acá. Hablar con Angélica y mis padres antes de que partan, y luego con mis amigos; todos ellos me devuelven la vida y la esperanza, me dan en forma oblicua información y consejos, me transmiten el país de la misma manera en que me será comunicado en los diecisiete años de destierro, de a pedacitos, como un rompecabezas de murmullos que debe ser armado en el país que llevo adentro de la cabeza. Y en las semanas que siguen voy a cumplir ese servicio para varios otros refugiados. Y mi anfitriona jamás interrumpe mis conversaciones, jamás me pide nada, nunca sugiere que espera de mí nada más que una oportunidad de usar su inglés, recordar nuestra América del Norte, ella que viene del Sur de los Estados Unidos, yo que me crié en Nueva York. Eso es todo: una ocasión para que dos expatriados compartan e intercambien recuerdos.

Fue así como sucedió.

Fue así como el inglés comenzó de nuevo a coquetear con mi mente. Pude sentir la feroz resaca del exilio tirando de mi ser, podía ya sentir el poder de ese lenguaje repudiado, y si ese poder aquí en este lugar es tan colosal ¿qué tentaciones no me va a ofrecer cuando me aventure en el mundo exterior?

Es allá, en esa embajada, aun antes de que el exilio cree una distancia con el país, aun antes de que lo había dejado, donde comienzo una nueva etapa en mi viaje, donde comienzo a conceder que la historia

puede que me esté forzando, contra mi propia voluntad, a hacerme bilingüe, es en aquella embajada donde por primera vez exploro la posibilidad de vivir en dos lenguas, usando cada una de ellas para una comunidad diferente. Es allá donde echo a andar sobre el camino que me lleva a ser ese animal híbrido, esta conciencia que es la mezcla de lenguas antagónicas y que traduce estas palabras tantos años más tarde. No me va a ocurrir de inmediato: voy a aferrarme a mi castellano durante los primeros años de errancia, como otros refugiados almacenan la foto de los padres que van a morir en la lejanía del país original y a los que nunca veremos de nuevo; pero mi otro idioma, mi despreciada personalidad en inglés, nunca va a quedar a mucha distancia, me espera siempre con la misma tenacidad con que el castellano lo hizo durante sus años de exclusión. Va a filtrarse en mi vida ofrendándose, como en la embajada, un servicio al que no me puedo negar: usar mi maestría de su sintaxis y su vocabulario para ayudar a liberar al país latinoamericano que considero mi hogar, usar el inglés para que nunca más tenga que usarlo, poder pasarme el resto de la vida de vuelta en mi país con mi castellano.

Todo comienza en ese momento, allá, cuando seduzco a la esposa del embajador con mi idioma inglés para tener acceso a un teléfono. Cómo va a ser posible, entonces, que deje de utilizar ese idioma en el futuro cuando se presenten situaciones mucho más urgentes, cuando a un amigo en Chile lo hayan

tomado preso, cuando la resistencia necesite fondos para un periódico clandestino, cuando un escritor no tenga qué comer, cuando un periodista extranjero necesite información, cuando un comité por derechos humanos requiera un *report*, cuando un productor de televisión busque a alguien que pueda debatir a los representantes de Pinochet, cuando el *New York Times* me pida un comentario editorial —¿quién soy yo para rechazar el idioma más importante del mundo?—. Y una vez que ha vuelto a colarse en mi vida, una vez que el inglés ha establecido una cabeza de playa, ¿quién va a expulsarlo?

El tiempo está de su lado, la historia está de su lado, y los años pasan y no regresaré a mi patria chilena tan pronto como creía, y llegará un día cuando mi inglés se vuelva enteramente indispensable, una vez que ya haya dejado atrás mis tres años en París y mis cuatro años en Holanda y haya fracasado en mi tentativa de irme a vivir a México, y Pinochet me expulsa por segunda vez de Chile, una vez que me quede, casi en contra de mi voluntad, en los Estados Unidos, es entonces cuando mis dos lenguas han de declarar una tregua después de cuarenta años de pelear empueradamente por la posesión de mi garganta. Pero no se trata de describir acá cómo me hice un bígamo del lenguaje, cómo los compartí o ellos me compartieron a mí, cómo me casé con ambos, rumbo al Norte y deseando el Sur donde ya no vivo, el Sur al que finalmente fui retornando de múltiples maneras y bajo

muchas máscaras, recuperándolo a pesar de Pinochet, mi país que, de nuevo debido a una historia que no pude controlar, yo volvería a perder.

¿De manera que aquí se acaba esta parte de mi vida?

¿En el borde de un futuro bilingüe, a punto de zambullirme en un mundo globalizante y multicultural que me obligará a aceptar, para sobrevivir, que pertenezco a dos culturas, que yo existo en el espacio donde chocan y se encuentran esas dos culturas?

Queda todavía una última torcedura en el camino, una dislocación final que contar.

Todavía tengo que volver a Argentina, mi lugar de nacimiento, el lugar desde el cual partí en 1945 para comenzar este viaje, el lugar que habría sido plenamente mío si mi padre no hubiera tenido que huir.

Es ahí adonde me encamino, sobrevolando la cordillera, hacia el Este, hacia Argentina en esos primeros días de diciembre de 1973, haciendo al revés mi primer viaje cuando volé hacia el Oeste a Chile hace tantos años, rumbo a los Estados Unidos.

Mi familia entera me aguarda en el aeropuerto de Buenos Aires, padre y madre y hermana Eleonora y los primos Leonardo y Nora y mi tío Santiago y mi tía Ida —y, por cierto, Angélica y Rodrigo.

Y la policía argentina.

Me detienen, me interrogan durante un par de horas en sus oficinas centrales, finalmente me sueltan.

—Portáte bien —me dicen—. No te metás en líos.
Les hice caso.

Hubiera sido una maravilla quedarme en Argentina. Mis padres, tan dispuestos a ayudarnos como siempre, se estaban reinstalando en esta mágica ciudad de Buenos Aires que nos encanta; tenía montones de amigos; se habla en castellano; había editoras que se interesaban en publicarme y, lo más crucial, al lado de mi Chile, el sitio ideal para conspirar contra Pinochet. Pero el interrogatorio de la policía me confirmó lo que ya sabía por rumores: Perón, ya presidente, recién vuelto de sus años de destierro en Madrid, se estaba inclinando fuertemente hacia la derecha. Podía ver que, en los meses que sobrevendrían, él se haría la vista gorda mientras los paramilitares y los militares limpiaban el país de subversivos, los mismos activistas que se habían jugado por su retorno, y también podía ver que yo sería una de las víctimas de la masacre. Les avisé a mis amigos argentinos que pensaba que íbamos hacia una calamidad terrible, que su país iba a repetir el modelo de Pinochet, pero ellos lo negaron con vehemencia. Tal como yo no había hecho caso cuando extranjeros me avisaban durante los años allendistas en Santiago, mis amigos argentinos me contestaron lo que yo había respondido antes en Chile: “que no hay peligro, que no conocés el país”.

No iba a esperar a que ellos despertaran a la pesadilla que se aproximaba. Ahora yo podía reconocer a la muerte cuando se te acerca, estaba aprendiendo

velozmente esa lección. Y sabía que tenía que partir de Argentina con mi familia antes de que fuera demasiado tarde.

Claro que para salvarte no basta con reconocer a la muerte antes de que se te venga encima. También te tiene que acompañar la suerte.

No dispongo de documentos: los chilenos no me quieren otorgar un pasaporte y cuando apelo a mi renuncia de nacionalidad anterior, que es, después de todo, irrenunciable, los argentinos me obstruyen el paso. Los burócratas insisten en que no pueden hallar pruebas de que yo haya nacido en Buenos Aires, que es inválido el certificado de nacimiento que les he traído. Todos mis esfuerzos se estrellan contra la indiferencia de un recepcionista, una mirada sarcástica de otro empleado, un bigotudo que ya me ha dicho quince veces que no hay nada que hacerle. Alguien más arriba está bloqueando mi solicitud, alguien me tiene en su lista, alguien no quiere que yo pueda salir del país.

Pasaron varias semanas antes de que el congresal Isidro Odena, viejo amigo de mi papá, pueda conseguirme una entrevista con el comisario de policía de la provincia de Buenos Aires, a ver si él podía darme una mano.

Cuando me hicieron entrar a la vasta oficina, el comisario estaba trabajando detrás de su escritorio, firmando papeles. Hizo un gesto hacia una solitaria e incómoda silla, sin levantar la vista, y siguió, un documento tras otro. Me senté. Cuando terminó, sus ojos

me miraron con tranquilidad. Eso duró un instante. Ninguno de los dos dijo una palabra.

—Me dicen que usted es escritor.

Desde un maletín, extrajo *Moros en la costa*, una novela que se acababa de publicar en Buenos Aires, finalista en el concurso *Sudamericana-La Opinión*. La había escrito en los últimos meses de 1972. De hecho, era mi plan componer una novela enteramente diferente, en que predecía una nación latinoamericana en el futuro cercano gobernada por un dictador al que llamé El Grande. Este personaje había llegado al poder mediante un golpe militar sangriento, convirtiendo su patria en un laboratorio para corporaciones extranjeras. No podía adivinar, por cierto, que mi mente estaba anticipando con precisión pesimista y helada lo que meticulosamente haría el general Pinochet un año más tarde con el país. Y, sin embargo, en alguna zona de mi subconsciente, intuía el porvenir. Cuando, en septiembre de 1972, pedí un permiso de varios meses de la Universidad para escribir aquella ficticia tiranía del mañana, me sentí incapaz de llevar a cabo ese proyecto: rechacé la mera idea de descargar esas imágenes de terror en una página, que un público tuviera que leerlas. Inventar un país gobernado por un ser tan maléfico y todopoderoso como El Grande era admitir que íbamos a perder. Así que traicioné mi visión literaria y me negué a proceder. Desechando mis aprensiones por fraudulentas, insensatas y anti-históricas, dediqué los meses siguientes a *Moros en la*

costa, en la que profetizaba la victoria final del pueblo y la liberación de Chile. De nuevo, como en el caso de Susana la Semilla, la única liberación que logró mi creación fue la mía.

Usé esa novela para presionar a las autoridades chilenas para que me dieran el codiciado y siempre postergado salvoconducto. Le habían informado al funcionario que estaba a cargo de conseguir nuestra salida de la embajada, que iban a dejar que me pudriera en ese edificio hasta que me cansara y saliera. Si me agarraban, le avisaron al funcionario, tenían ganas de juzgarme por subversión a la juventud chilena. (Podía imaginar el proceso, al peor estilo de Perry Mason. ¿Es verdad, señor Dorfman que usted acusa al Pato Donald—inada menos que al Pato Donald!—de ser pernicioso para los niños?) Y quizá me hubiera quedado quién sabe cuánto tiempo más en la embajada, si no le hubiera informado a la esposa del embajador que mi novela estaba a punto de publicarse en Buenos Aires en un par de semanas. Con astucia, ella pasó esa información al funcionario respectivo con la sugerencia (la habíamos conversado) de que se podía aprovechar esa circunstancia para que los chilenos me dejaran partir del país. Que este Dorfman viaje a Argentina, los funcionarios argentinos argumentaron con su contrapartida chilena, según me informó mi dama de la embajada. “Neutralícenlo”, ella dice que dijeron. A nadie le importa un carajo los refugiados: pero un autor premiado al que soldados no dejan salir de una

embajada empieza a cobrar un aura semiheroica. ¿Para qué quieren ustedes promover su libro? Era un argumento absurdo y a la vez lógico y finalmente los chilenos habían visto la luz y me habían dejado partir.

Así que ese engendro de mi imaginación me había ayudado a escapar de mi país adoptivo y ahora quizás iba a impresionar al comisario de policía de Buenos Aires para que él me ayudara a escapar del país en el que yo había nacido.

—Si no le molesta —le dije—, quisiera escribirle una dedicatoria en esta novela.

Estuvo de acuerdo y me miró mientras yo le escribí un par de líneas santamente hipócritas. Recibió el libro de mis manos sin decir una palabra, sin una sonrisa.

Finalmente dijo:

—Voy a leerla.

Esperaba que no fuera cierto. Debí haber sido la primera vez en la vida que quise que alguien *no* me leyera. Que lo tuviera entre manos, que lo admirara, pero ojalá no la abriera, que no ingresara en mi mundo narrativo. No quería que él leyera ese himno al futuro brillante de la revolución ni tampoco que leyera los signos premonitorios de muerte y violencia que habían infiltrado el texto sin que me diera cuenta, que refutaba la asoleada visión de una victoria que, en efecto, no se había llevado a cabo.

No quería que este hombre que tenía mi destino en sus manos pensara que yo era un militante peligroso.

—Es un tantico experimental —le dije, a ver si eso lo descorazonaba. No respondió. Esperando que yo le explicara más—. Es una serie de reseñas bibliográficas —proseguí— de libros por autores que no existen y que yo inventé. Y la realidad de los textos mismos interrumpe las críticas.

—Un tantico experimental —dijo.

—Sí.

—No como su libro sobre el Pato Donald.

Sentí que mi plan se venía al suelo. Mi diatriba sobre Disney me perseguía. Era inútil tratar de esconder quién era yo, fingir que era un escritor argentino un poco confundido que se había metido por despiste en el pantano político del otro lado de los Andes. Era obvio: ese hombre no iba a ayudarme.

Y entonces el comisario de policía me sorprendió. Guardó mi libro cuidadosamente y por primera vez, una sonrisa le cruzó la cara. Y dijo las palabras que había estado esperando oír, que había perdido toda esperanza de oír.

—¿Y qué es exactamente —me preguntó— lo que usted necesita de mí?

Una semana más tarde, me dieron el pasaporte. Justo a tiempo. El día en que partíamos hacia el aeropuerto, Isidro Odena nos informó que el comisario de policía que me salvó la vida había caído en desgracia. Lo habían trasladado a otra provincia. Años más tarde me llegó un rumor de que lo habían echado, incluso muerto. Ciego, como yo, frente al futuro que lo esperaba.

Apenas el avión se levantó en el aire y Buenos Aires quedó atrás, yo tuve que luchar para despojarme de la certeza cansada de que la historia se estaba repitiendo interminablemente, que tal vez el desarraigo era mi destino.

Por segunda vez en la vida, se me forzaba a dejar la ciudad de mi nacimiento, sólo que en esta ocasión era yo el que me fugaba de la muerte y a mi lado estaba sentado un hijo que sufría la pérdida de su país por culpa mía, esta vez era mi mujer quien, como mi madre antes, seguía a su marido al exilio. Tal vez era una fatalidad de familia, tal vez fuera una maldición de la que era imposible evadirse. Dos veces había intentado establecerme en un lugar, dos veces había adoptado un país y una cultura y un lenguaje, y en ambas oportunidades me encontré huyendo, estaba sin un hogar a pesar de todos mis esfuerzos. Y ahora todo iba a recomenzar, una vez más. Con esta diferencia: ya no era un ser inocente. Mi primer acto del exilio en aquel viaje inicial había sido esconder traviesamente mis zapatitos en un hotel de Santiago. De ese niño, no quedaba nada. Un ser mayor y adulterado había pasado por ese hotel, por la plaza a la que daba ese hotel, había pasado por ahí camino a un nuevo destierro, atrapado en un vagón de policía, forzando a mis ojos a que se bebieran ese hueco desgarrado en el balcón de La Moneda, despidiéndome del niño que alguna vez yo había sido, despidiéndome de lo que quedaba

de ese niño adentro mío, despidiéndome del país que ahora me estaba vedado.

Pero no tardaría en volver.

No iba a dejar que esta tristeza me destruyera. No iba a sumirme en ese hoyo negro para siempre. En el avión, en las alturas que sobrevuelan las pampas, me dije que iba a retornar, que nada en el mundo iba a impedir que volviera a mi tierra.

Me estaba consolando con uno de los mitos básicos de la especie, una historia que toda civilización se ha contado desde el principio de los tiempos: hay un lugar y uno solo, al que de veras pertenecemos, un lugar que a menudo no es aquel donde nacimos, un lugar que se parece al paraíso. Paraíso, una palabra que, originalmente, quería decir un jardín amurallado, lleno de fruta. Sentimos la pérdida de esa tierra prometida como una muerte, tal como retornar a ella se entiende como una redención. Yo me juré, allá, sobre América latina, que iba a volver, que, como el hijo de los cuentos de hadas, el varón desterrado de la familia que vuelve a salvar el reino que vive su momento de mayor peligro, yo también iba a retornar de mi destierro.

Era un mito que necesitaba para preservar mi sanidad, para sentirme íntegro, a bordo del avión que me llevaba cada vez más lejos de mis orígenes.

Y sin embargo me tienta, en ese mismo momento, otro mito que también persiste y se repite. Esta historia dice —y de nuevo, no hay nación que no la haya contado— que para crear una nueva sociedad,

para dar comienzo a cualquier proyecto que valga la pena, uno debe dejar el lugar de su nacimiento. No podemos crecer si no rompemos ese lazo que nos ata al pasado, si no aprendemos a abrirnos a lo que es extraño y foráneo y fértil. Todo héroe que funda una nueva civilización invariablemente ha sido expulsado de su hogar. En este mito, la salvación sólo viene del movimiento, al cambiar de lugar.

En un mito, encuentras la inmortalidad por medio de la conexión con el pasado, con los ancestros que murieron. En el otro, derrotas a la muerte creando una nueva dinastía en otro sitio, imaginando las generaciones que están por nacer.

¿Cuál será mi historia?

Y ahí me tienen, sobre las nubes de una América latina donde se extiende la muerte, envenenando las aguas de mi ciudad argentina natal y esperando a las puertas de la ciudad chilena de mis sueños, ahí me tienen casi exactamente veintinueve años después de mi partida de Buenos Aires a los Estados Unidos, ahí estoy al final de este viaje hacia la vida que ha sido también un viaje paralelo hacia la muerte, ahí me tienen con mis dos lenguas y mis dos culturas, ahí me tienen jurando que volveré, ahí me tienen excitado por el mundo que se abre frente a mí y a mi familia, ahí me tienen disputado por esos dos mitos de la existencia humana, el mito que prometía que iba a retornar para siempre y el mito que susurraba que iba a vagar

sin descanso, ahí estoy, sin poder adivinar cuál de los dos contiene la verdad última de mi vida.

No conozco la respuesta en ese momento.

Un círculo de mi vida se termina y otro círculo está a punto de comenzar y la respuesta no está clara, mientras el avión sube y sube y sube hacia el aire turbulento y azul del exilio, rumbo de nuevo al Norte y el Sur comienza a retroceder hacia la memoria, no supe en ese momento tal como no sé ahora que escribo y traduzco estas palabras si ese círculo habrá alguna vez de cerrarse.

Ariel Dorfman

Escritor y activista de los derechos humanos, Ariel Dorfman nació en Buenos Aires el 6 de mayo de 1942. Pasó su infancia en Estados Unidos y se trasladó a Chile en 1954. A lo largo de su trayectoria ha impartido clases en las universidades de La Sorbona, Ámsterdam, Maryland y la de Duke, en Durham.

Estudió Literatura Comparada en la Universidad de Chile, obteniendo un máster en la Universidad de California en Berkeley. Dorfman fue asesor cultural del presidente Salvador Allende y, tras el golpe militar del general Pinochet, se exilió primero a París, después a Ámsterdam y finalmente a Washington.

Es autor de poemas, obras teatrales, novelas y ensayos, siendo estos últimos los que más fama le han reportado. Entre sus títulos se cuentan *Para leer el Pato Donald*, *La muerte y la doncella*, una obra de teatro que fue llevada con éxito al cine, *Moros en la costa*, *La última aventura del llanero solitario*, *Máscaras*, *Konfidenz o terapia*.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

1. **Para Leer en Libertad.** Varios autores.
2. **El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
3. **Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
4. **Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
5. **Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
6. **San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
7. **La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
8. **Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
9. **Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
10. **La lucha contra los gringos: 1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
11. **Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
12. **Testimonios del 68.** Varios autores.
13. **De los cuates pa' la raza.** Varios autores.
14. **Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
15. **Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
16. **Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.
17. **La oveja negra,** de Armando Bartra.
18. **El principio,** de Francisco Pérez Arce.
19. **Hijos del águila,** de Gerardo de la Torre.
20. **Morelos. El machete de la Nación.** Varios autores.
21. **No hay virtud en el servilismo,** de Juan Hernández Luna.
22. **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español,** de Paco Ignacio Taibo I.
23. **Con el puño en alto,** de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
24. **El viento me pertenece un poco** (poemario), de Enrique González Rojo.
25. **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial,** de Luis Hernández Navarro.
26. **Las dos muertes de Juan Escudero,** de Paco Ignacio Taibo II.
27. **Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía.** Varios autores.
28. **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México.** Varios autores.
29. **De los cuates pa' la raza 2.** Varios autores.

30. **El exilio rojo. Cinco autores de lengua alemana en México.** Compilador Paco Ignacio Taibo II.
31. **Siembra de concreto, cosecha de ira,** de Luis Hernández Navarro.
32. **El Retorno,** de Roberto Rico Ramírez.
33. **Irapuato mi amor,** de Paco Ignacio Taibo II.
34. **López Obrador: los comienzos,** de Paco Ignacio Taibo II.
35. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto,** de Emilio Carballido.
36. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20,** de Mario Gill.
37. **¿Por qué votar por AMLO?,** de Guillermo Zamora.
38. **El desafuero: la gran ignominia,** de Héctor Díaz Polanco.
39. **Las muertes de Aurora,** de Gerardo de la Torre.
40. **Si Villa viviera con López anduviera,** de Paco Ignacio Taibo II.
41. **Emiliano y Pancho,** de Pedro Salmerón.
42. **La chispa. Orígenes del Movimiento Urbano Popular en el Valle de México,** de Pedro Moctezuma.
43. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc.** Varios autores.
44. **El bardo y el bandolero,** de Jacinto Barrera Bassols.
45. **Historia de una huelga,** de Francisco Pérez Arce.
46. **Antología Literaria I ADO.** Varios autores.
47. **Antología Literaria II ADO.** Varios autores.
48. **Antología Literaria III ADO.** Varios autores.
49. **Antología Literaria IV ADO.** Varios autores.
50. **Todos somos migrantes.** Varios autores.
51. **Guevara historia,** de Carlos Soria Galvarro.
52. **Vagando entre sombras y otras historias,** de Guillermo Fabela.
53. **Hablar en tiempos oscuros,** de Bertold Brecht.
54. **Fraude 2012.** Varios autores.
55. **Inquilinos del DF,** de Paco Ignacio Taibo II.
56. **Folleto contra la Reforma Laboral,** de Jorge Fernández Souza.
57. **México indómito,** de Fabrizio Mejía Madrid.
58. **68: Gesta, fiesta y protesta,** de Humberto Musacchio.
59. **Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes.** Varios autores.
60. **1968. El mayo de la revolución,** de Armando Bartra.
61. **Tres años leyendo en libertad.** Varios autores.
62. **El viejo y el horno,** de Eduardo Heras León.
63. **El mundo en los ojos de un ciego,** de Paco Ignacio Taibo II.
64. **Más libros, más libres,** de Huidobro (no descargable).
66. **Sin novedad en el frente,** de Erich Maria Remarque.
67. **Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida,** de Jorge Belarmino Fernández.

68. **Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
69. **La revolución de los pintos**, de Jorge Belarmino Fernández.
70. **Memorias de la lucha sandinista Tomo I**, de Mónica Baltodano (no descargable).
71. **Memorias de la lucha sandinista Tomo II**, de Mónica Baltodano (no descargable).
72. **Memorias de la lucha sandinista Tomo III**, de Mónica Baltodano (no descargable).
73. **Memorias de la lucha sandinista Tomo IV**, de Mónica Baltodano (no descargable).
74. **Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
75. **En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.
76. **Piedras rodantes**, de Jorge F. Hernández.
77. **Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX)**, de José C. Valadés.
78. **El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano**, de Martí Batres.
79. **No habrá recreo. Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
80. **Rebeliones**, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
81. **Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013**. Varios autores.
82. **Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños**. Varios autores.
83. **Padrecito Stalin no vuelvas**. Varios autores.
84. **En un descuido de lo imposible**, de Enrique González Rojo.
85. **Tierra Negra**. Cómic (no descargable).
86. **Memorias Chilenas 1973**, de Marc Cooper.
87. **Ese cáncer que llamamos crimen organizado. Antología de relatos sobre el narcotráfico**. Varios autores.
88. **Lázaro Cárdenas: el poder moral**, de José C. Valadés.
89. **Canek**, de Ermilo Abreu.
90. **La línea dura**, de Gerardo de la Torre.
91. **San Isidro fútbol**, de Pino Cacucci.
92. **Niña Mar**, de Francisco Haghenbeck y Tony Sandoval.
93. **Otras historias**. Varios autores.
94. **Tierra de Coyote**. Varios autores.
95. **El muro y el machete**, de Paco Ignacio Taibo II.
96. **Antología Literaria 2a feria en Neza**. Varios autores.
97. **Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana**, de Pedro Salmerón.
98. **Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX**, de Paco Ignacio Taibo II.
99. **Topolobampo**, de José C. Valadés.
100. **De golpe**. Varios autores.
101. **Sobre la luz. Poesía militante**, de Óscar de Pablo.

102. **Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas**, de Luis Hernández Navarro.
103. **Teresa Urrea. La Santa de Cabora**, de Mario Gill.
104. **Memorias de Zapatilla**, de Guillermo Prieto.
105. **Práxedes Guerrero y la otra Revolución posible**, de Jesús Vargas Valdés.
106. **La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza**, de Patricia Galeana.
107. **Espartaco**, de Howard Fast.
108. **Para Leer de Boleto en el Metro** (Segunda temporada 1). Varios autores.
109. **Para Leer de Boleto en el Metro** (Segunda temporada 2). Varios autores.
110. **Los hombres de Panfilov**, de Alejandro Bek.
111. **Diez días que conmovieron al mundo**, de John Reed.
112. **Vietnam heroica**. Varios autores.
113. **Operación masacre**, de Rodolfo Walsh (no descargable).
114. **Cananea**, de Arturo Cano.
115. **Guerrero bronco**, de Armando Bartra.
116. **Misterios de seis a doce**, de Rebeca Murga y Lorenzo Lunar.
117. **La descendencia del mayor Julio Novoa**, de Gerardo de la Torre.
118. **Otras miradas**. Varios autores.
119. **Relatos de impunidad**, de Lorena Amkie.
120. **No sabe a mermelada**, de Carlos Ímaz.
121. **Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico México 1964-1965**, de Ricardo Pozas Horcasitas.
122. **Ciudad Cenzontle**, de José Alfonso Suárez del Real.
123. **Regalos obscenos, lo que no pudo esconder el pacto contra México**. Varios autores.
124. **Con el corazón en su sitio. La historia de los hermanos Cerezo**, de los Hermanos Cerezo.
125. **El pueblo es inmortal**, de Vassili Grossman.
126. **Dos historias**, de Horacio Altuna (no descargable).
127. **Tierra negra 2. Cómic** (no descargable).
128. **El estilo Holtz**, de Paco Ignacio Taibo II.
129. **Julio César Mondragón**. Varios autores.
130. **Abrapalabra**, de Luis Britto.
131. **Los 43 de Ayotzinapa**, de Federico Mastrogiovanni.
132. **Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica**, de Armando Bartra.
133. **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**, de Gisbert Haefs.
134. **Terraza Marlowe**, de Bruno Arpaia.
135. **Juárez. La rebelión interminable**, de Pedro Salmerón.
136. **La gran marcha. Reminiscencias**. Varios autores.
137. **Taxco en lucha**, de Aarón Álvarez.
138. **El capitán sangrefría**, de Óscar de Pablo.

139. **Norman Bethune**, de Eduardo Monteverde.
140. **El poeta cautivo**, de Alfonso Mateo-Sagasta (no descargable).
141. **El hombre de la leica**, de Fermín Goñi.
142. **La balada de Chicago**, de Hans Magnus Enzensberger.
143. **Defendiendo derechos y libertades de los y las capitalinas**, de José Alfonso Suárez del Real.
144. **Las ratas invaden la escena del cuádruple crimen**, de Javier Sinay.
145. **La marca del Zorro**, de Sergio Ramírez.
146. **¿Qué hay que saber sobre la Reforma Educativa?**
147. **La novena ola magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
148. **Banana Gold**, de Carleton Beals.
149. **Libertad es osadía**, de Leonel Manzano.
150. **La jungla**, de Upton Sinclair.
151. **La huelga que vivimos**, de Francisco Pérez Arce.
152. **Un dólar al día**, de Giovanni Porzio.
153. **Queremos todo**, de Nanni Balestrini.
154. **Pinturas de guerra**, de Ángel de la Calle (no descargable).
155. **La cara oculta del Vaticano**, de Sanjuana Martínez (no descargable).
156. **Milpas de la ira**, de Armando Bartra.
157. **Una latinoamericana forma de morir**. Varios autores (no descargable).
158. **Una antología levemente odiosa**, de Roque Dalton.
159. **Biografía del Che**, de Paco Ignacio Taibo II (no descargable).
160. **Pesadilla de último momento**, de Aarón Álvarez.
161. **CEU**, de Martí Batres.
162. **Un corresponsal de guerra mexicano**, de Guillermo Zamora.
163. **Herón Proal**, de Paco Ignacio Taibo II.
164. **Manifiesto comunista**, de Enrique González Rojo.
165. **Más REVUELTAS. Cinco aproximaciones a la vida de Pepe**. Varios autores.
166. **Lo que no fue**, de Kike Ferrari.
167. **Damas del tiempo**, de Pedro Miguel.
168. **Mis gloriosos hermanos**, de Howard Fast.
169. **Iván**, de Vladimir Bogomolov.
170. **Antología de cuentos**, de Raúl Argemí.
171. **Benita**, de Benita Galeana.
172. **Antología de cuentos**, de Juan M. Aguilera y Luis Britto.
173. **La ciudad, la otra**, de Raúl Bautista González, Superbarrio.
174. **La otra revolución rusa, populismo y marxismo en las revueltas campesinas de los siglos XIX y XX**, de Lorena Paz Paredes.
175. **El mundo de Yarek**, de Elia Barceló.
176. **1905**, de León Trotsky.

177. **Los once de la tribu**, de Juan Villoro.
178. **¿Qué hacer antes y después del sismo?**
179. **Romper el silencio**. Varios autores.
180. **Break the silence**. Varios autores.
181. **Caramba y zamba la cosa, el 68 vuelto a contar**, de Francisco Pérez Arce.
182. **Los que deben morir**, de F. Mond.
183. **La muerte tiene permiso y más...**, de Edmundo Valadés.
184. **Para fechas vacías que veremos arder**, de Roberto Fernández Retamar.
185. **Allá en la nopalera**, de Carlos Ímaz.
186. **Historias sorprendentes**. Varios autores.
187. **La revolución magonista. Cronología narrativa**, de Armando Bartra y Jacinto Barrera.
188. **Las bolcheviques**, de Óscar de Pablo.
189. **Cartucho**, de Nellie Campobello.
190. **Cuadernos desde la cárcel**, de Ho Chi Minh.
191. **La frontera**, de Patrick Bard.
192. **La Gran Revolución Francesa (Tomo I)**, de Piotr Kropotkin.
193. **La Gran Revolución Francesa (Tomo 2)**, de Piotr Kropotkin.
194. **No digas que es prieto, di que está mal envuelto**, de Fabrizio Mejía Madrid.
195. **El voto fue unánime: estábamos por la utopía. Memorias del 68**, de Tariq Ali.
196. **Vidas exageradas**, de José Manuel Fajardo.
197. **La desaparición de la nieve**, de Manuel Rivas.
198. **Derrotas que hacen historia. La Comuna de París**, de Armando Bartra.
199. **Los nuevos herederos de Zapata**, de Armando Bartra (no descargable).
200. **Aquí manda la escoba**, de Óscar de Pablo.
201. **Tony Guiteras**, de Paco Ignacio Taibo II (no descargable).
202. **En la guerra de España**, de André Malraux.
203. **Las nuevas luchas campesinas**, de Armando Bartra.
204. **Su hogar es el mundo entero**, de Óscar de Pablo.
205. **Nuestro Gato Culto**, de Paco Ignacio Taibo I.
206. **Tina Modotti**, de Ángel de la Calle (no descargable).
207. **El principio, los primeros cuatro meses**, de Armando Bartra.
208. **Una juventud en Alemania**, de Ernst Toller.
209. **Consuelo Uranga. La Roja**, de Jesús Vargas.
210. **Los peligros profesionales del poder**, de Kristian Rakovsky.
211. **Mujeres (y un hombre transgénero) zapatistas. La otra cara de la Revolución**, de Angélica Noemí Juárez Pérez y Miguel Á. Ramírez Jahuey.
212. **Fátima**, de Jürgen Alberts.
213. **Entre amigos**. Varios autores.

214. **No hay nada más asombroso que la verdad.** Varios autores.
215. **La participación de Israel en la militarización de México.** Varios autores.
216. **Hacia una nueva cartilla ético-política,** de Enrique Dussel.
217. **Un año ya y la cuarta va,** de Armando Bartra.
218. **La conquista de México,** de Vicente Riva Palacio y Manuel Payno.
219. **Crónicas contra la indiferencia,** de Giovanni Porzio.
220. **Desde el corazón de la montaña,** de Luis Hernández Navarro y Abel Jesús Barrera Hernández.
221. **Vigilia Lula Libre. Un movimiento de resistencia y solidaridad,** de Áurea Lopes.
222. **El secreto en mi jardín,** de Fermín Goñi.
223. **Apuntes para mis hijos,** de Benito Juárez.
224. **Un útero es del tamaño de un puño,** de Angélica Freitas.
225. **Feminismo, socialismo y revolución,** de Alexandra Kollontái.
226. **Las sendas abiertas de América Latina.** Varios autores.
227. **La cruel pedagogía del virus,** de Boaventura de Sousa Santos.
228. **Razones para ser anticapitalista,** de David Harvey.
229. **La decena ilustrada (novela gráfica),** de Omar Martínez.
230. **Colosio: sospechosos e incubridores,** de Cuauhtémoc Ruiz.
231. **Marx 200 años: presente, pasado y futuro.** Varios autores.
232. **Hilo negro. Mujeres y Revolución en el Partido Liberal Mexicano,** de Yelitza Ruiz.
233. **Introducción a la economía marxista. ¿Tienes el valor o te vale?,** de Óscar de Pablo.
234. **Howard Fast en México y dos cuentos,** de Howard Fast.
235. **Leona Vicario. Hasta el último suplicio,** de Angélica Noemí Juárez Pérez.
236. **Sterling Hayden. El largo camino del retorno,** de Paco Ignacio Taibo II.
237. **Llegó el coronavirus y mandó a parar. Apuntes desde el encierro. La 4T en el año de la pandemia,** de Armando Bartra.
238. **Docentes de a pie. Enseñar en la pandemia,** de Daliri Oropeza.
239. **La guerra sucia en el magisterio. Biografía de Misael Nuñez Acosta,** de Luis Hernández Navarro.
240. **La esperanza camina. Crónicas de la cuarta transformación en Veracruz.** Varios autores.
241. **Internacionalismo o extinción,** de Noam Chomsky.
242. **Los años de reparación,** de Naomi Klein.
243. **¿Qué vendrá después del capitalismo?,** de Yanis Varoufakis.
244. **Detrás de la barricada,** de Leonel Manzano.
245. **Salvador Allende. 50 años del triunfo de la Unidad Popular.** Varios autores.
246. **A medio camino,** de Armando Bartra.
247. **Una huella,** de Enrique González Rojo.

248. **Ayotzinapa en la memoria. Miradas retrospectivas de nuestras vidas en la Escuela Normal.** Compiladores Léster Giovani Pérez y Pedro Ortíz.
249. **El arte y la vida social. Y otros ensayos,** de Georgi Plejánov.
250. **Épica 2 de agosto,** de Raúl Bautista González.
251. **La vida sin nosotros. La desaparición de personas en México, Chile, Argentina y el Kurdistan; voces de víctimas y especialistas,** de Miguel Alejandro Rivera.
252. **Reforma Eléctrica,** de Ángel Balderas.
253. **Bertolt Brecht: poesía y fragmentos.**
Compilador Paco Ignacio Taibo II.
254. **Mujeres en la revolución,** de Jules Michelet.
255. **Antonio Helguera. Su obra en *La Jornada*,** de Antonio Helguera.
256. **Guevara: instantáneas, flashes y momentos,** de Paco Ignacio Taibo II.
257. **La política como disputa de la esperanza,** de Álvaro García Linera.
258. **¿Todavía es útil el marxismo?,** de Frei Betto.
259. **Ayotzinapa. Horas eternas,** de Paula Mónaco
260. **Paz y rutina,** de Gerardo Horacio Porcayo y Bernardo Fernández BEF.
261. **Elena Poniatowska. Su obra en *La Jornada*,** de Elena Poniatowska.
262. **La peor señora del mundo,** de Francisco Hinojosa (no descargable).
263. **Mujeres, poder y política.** Varias autoras.
264. **El cactus y el olivo: las relaciones de México y España en el siglo XX,** de Lorenzo Meyer.
265. **El fin del principio. Hacia la segunda etapa de la 4T,** de Armando Bartra.
266. **El martillo Bertolt Brecht,** de Paco Ignacio Taibo II.
277. **Café, espías, amantes y nazis,** de Paco Ignacio Taibo II.
278. **Democracia y revolución en Rosa Luxemburg,** de Rosa Luxemburg y Michael Löwy.
279. **Elena Garro: la pérdida del reino,** de Emiliano Ruiz Parra.
280. **Sufragistas: por el derecho de votar y ser votadas.** Varias autoras.
281. **Tati Allende. Una revolucionaria olvidada,** de Marco Álvarez Vergara.
282. **Rumbo al Sur,** de Ariel Dorfman.
283. **El audio libro de los Patita de Perro.**

Descarga todas nuestras publicaciones en:

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.